

**CARLOS BONGCAM WYSS**

## *RETORNO IMPOSIBLE*

**NOVELA**

**1999**

© Carlos Bongcam Wyss, 1999

ISBN 91 970910 1 4

### **Dedicatoria**

*A mis nietos*

### **Agradecimientos**

*A Gertie, mi esposa y colaboradora  
y a todos aquellos  
que me brindaron su confianza*

## INDICE

### Página

1	La Detención	3
2	Valdivianos en Santiago	37
3	El Servicio Militar	51
4	En la Universidad	72
5	En Suecia	94
6	La «Copia Feliz del Edén»	109
7	El Litoral de la Zona Central	133
8	La Provincia de Lanquihue	152
9	La «Perla del Río Rahue»	165
10	La «Perla del Río Calle Calle»	176
11	La «Perla del Río Bío Bío»	192
12	De nuevo en la Capital	200

El autor y sus Obras 218

## LA DETENCIÓN

Bruno Matthei bajó la escalinata de la Escuela de Derecho, en medio de una pequeña y apresurada multitud de estudiantes. En la acera se despidió de sus condiscípulos y apresurando el paso cruzó el río Mapocho por el puente Pío Nono. Desde un cielo sin nubes, un despiadado sol de octubre recalentaba la ciudad de Santiago. La precaria sombra de los árboles del Parque Forestal, protegían los senderos de los rayos del sol. Concentrado en sus pensamientos, el estudiante no reparó en los dos hombres que le seguían. Al pasar frente al Consulado de los Estados Unidos de América, que estaba protegido por dos tanquetas y un bus con Carabineros con cascos de acero, armados hasta los dientes, Bruno no les prestó atención porque habiendo transcurrido más de un año del golpe militar en Chile, el permanente despliegue de fuerzas policiales en la ciudad se había transformado en una rutina.

Siguiendo por un costado del cerro Santa Lucía, Bruno arribó a la Biblioteca Nacional y entró al edificio. Antes de seguir sus pasos, sus perseguidores se detuvieron en la escalinata de acceso mientras uno de ellos hablaba por un «walkie-talkie» y una vez adentro, después de comprobar que el joven estaba devolviendo un libro en una de las salas de lectura, se apostaron en el pasillo.

Bruno salió de la Biblioteca bajando por la escalinata hacia la Alameda Bernardo O'Higgins. Cuando iba caminando por la acera sus perseguidores se le acercaron. Uno de ellos lo tomó firmemente de un brazo y en forma autoritaria, le dijo:

—¡Acompáñenos!

Bruno sintió que desaparecía de golpe el hambre que tenía.

—¿Quiénes son ustedes?

Uno de los aprehensores le mostró una tarjeta forrada en plástico, en la que pudo ver la leyenda «Carabineros de Chile», junto a una fotografía, una firma y un timbre. Aquella credencial le tranquilizó. Al escuchar la clásica frase policial: “¡Vamos, andando!”, Bruno obedeció sin protestar y por un instante tuvo la irreal sensación de estar participando en la filmación de una película.

Cuando entraron en la calle Miraflores, el estudiante aún seguía perplejo. A aquella hora del mediodía la calle estaba casi desierta. Había un par de vehículos estacionados junto a la acera y una pareja caminaba por la acera de enfrente. Los policías con el detenido avanzaron una decena de metros y se detuvieron.

—¡Pásame tus manos!

Bruno obedeció y sus captores le colocaron unas esposas con profesional destreza. Media cuadra más adelante un radiopatrullas de Carabineros frenó al lado del grupo. Los captores subieron al asiento trasero, sentando a Bruno entre ellos.

—¿Por qué me detienen?

—¡Aquí somos nosotros los que preguntamos!

Un policía tomó el portadocumentos de Bruno.

—¿Qué andai trayendo aquí?

—Mis apuntes de clases.

Comenzaron a revisar los papeles que había en el maletín.

—¿Así que estudiante, eh?

Pensando que aquel hecho lo iba a favorecer, el joven confirmó:

—Sí, estudio en la Escuela de Derecho.

—¿Cómo te llamái?

—Bruno Matthei Schultz.

Le extrañó que no se impresionaran en lo más mínimo al escuchar sus apellidos.

—¿Y qué andábai haciendo aquí?

—Iba a tomar locomoción para irme a mi casa.

—¿Dónde vivís?

—En Avenida Simón Bolívar.

—¡Ah! El descubridor de América.

—No, jefe, ese fue Colón.

—¡Dá lo mismo! ¿Cómo se llama tu papá?

—Walter Matthei.

—¿A qué se dedica?

Entonces Bruno les lanzó lo que él creyó iba a ser su carta de triunfo:

—Es industrial.

—¿Industrial?

—Sí, tiene una fábrica de repuestos.

Pero los policías acogieron aquella información con la misma indiferencia con que habían escuchado sus apellidos y que estudiaba en la Escuela de Derecho. ¿Qué estaba sucediendo en

Chile? ¿Así que ser estudiante universitario con apellidos alemanes y tener un padre industrial, no tenía ninguna importancia?

Los aprehensores metieron sin ningún orden los papeles en el portadocumentos y el corpulento, ordenó:

—¡Vamos pa' la Comisaría!

El automóvil arrancó con un fuerte chirrido de fierros. Los implacables rayos del sol caían verticalmente filtrándose a través de la masa semi líquida e irrespirable del smog recalentado. Los escasos transeúntes, que parecían disolverse en las reverberaciones del sol en el aire caliente, caminaban como flotando con la sombra escondida bajo sus pies, sin prestarle atención al automóvil donde llevaban al detenido. A pesar de que no había quedado ningún testigo de su detención, Bruno no se sentía intranquilo porque hasta ese momento tenía la idea de que todo aquello era una lamentable equivocación que pronto sería subsanada.

El vehículo rodeó el Cerro Santa Lucía y cruzó la Alameda hacia el sur. Finalmente se detuvo frente a un edificio pintado de blanco con zócalos verdes: la Sexta Comisaría de Carabineros. Los guardias del cuartel estaban protegidos con chalecos antibalas y voluminosos cascos con viseras de plástico, lo que les daba un aspecto de extraterrestres.

—¡Llegamos! —exclamó el chofer con satisfacción, como si hubiese realizado una gran hazaña.

A tirones bajaron a Bruno y lo introdujeron en la Comisaría. Adentro lo metieron en una pieza desierta.

—¡Párate contra la muralla y separa las piernas!

Bruno obedeció.

—¡Revísalo tú, yo voy a dar el parte!

El policía corpulento salió dando un portazo y el subalterno comenzó a revisarle los bolsillos al detenido.

—¡A ver qué tenís aquí!

A medida que sacaba los objetos, los comentaba:

—Una billetera, el carnet de identidad y un carnet de chofer. ¡Así que sabís manejar, eh! Una fotografía. ¿Es tu novia esta mina? El pelo corto te quedaba mejor que la melena hippie que andái trayendo. Carnet de Estudiante. “Universidad de Chile, Escuela de Derecho”, leyó.

En aquel momento regresó el policía que había ido a dar el parte.

—¡Ya estamos listos! ¡Nos vamos! ¡Sácale las esposas a este gallo!

Antes de salir a la calle, el jefe le advirtió:

—Ahora tenís que portarte bien, cabrito, nada de intentar fugarse. ¡Ya sabís lo que les pasa a los vivos que intentan escapar! Además, yo soy especialista hasta los cien metros. ¡No fallo mi tiro! Vamos a ir como buenos amigos. ¿Está claro?

Llevándolo entre ambos, caminaron hasta la Avenida Bulnes y doblaron hacia el norte. Dos cuadras antes de la Alameda entraron a un edificio de departamentos. En el ascensor subieron al tercer piso. Llamaron a una puerta y entraron a un departamento que había sido transformado en oficinas. A Bruno lo dejaron en una habitación que carecía de ventanas.

—¡Siéntate!

El joven se sentó en una silla de madera, de recto respaldo.

—Tú parecís ser un cabro tranquilo, pero aquí te tenemos que esposar. Hay que cumplir con el reglamento.

—¿Por qué me han detenido?

—Tú te parecís a uno de los que asaltaron la sucursal del Banco de Chile. Tus señas coinciden.

—¡Yo estuve toda la mañana en la Universidad!

—Voy a ver si llegó el encargado del fichero —dijo el policía macizo y salió del cuarto.

—¡No tengo nada que ver con ese asalto! ¡Hay muchos testigos que pueden confirmarlo!

A partir de ese momento, el policía subalterno comenzó a hacer el papel de «el bueno».

—¡Cálmate, cabro! Si no tenís nada que ver con el asalto, te vamos a dejar libre. ¿Querís fumar?

—¿Puedo?

—No está permitido que los detenidos fumen, pero tú me caís bien.

—Gracias.

—Yo tengo amigos en la Universidad. Yo mismo estuve tres años en el Pedagógico.

—¿En el Instituto Pedagógico?

—Sí. Entre el 69 y el 71, mientras estuve infiltrado en el «MIR».

—¿En el «MIR»?

—Sí, era un trabajo institucional que se hacía al margen del gobierno que hubiera. ¡Teníamos infiltrados a todos los partidos de izquierda. ¡Era re'contra fácil! Todos los grupos se peleaban a los recién ingresados a la Universidad. Bastaba con decir “soy de izquierda”, para que todos vinieran a reclutarte. Se podía elegir

donde infiltrarse, pero yo estaba destinado al «MIR» y en el «MIR» me infiltré. ¿Y tú, en qué partido militas?

—Yo no milito en ningún partido.

—Estamos conversando como amigos, cabro. Los testigos del asalto dan tu descripción. Yo te aconsejo que mejor me digái a mí la firme, porque aquí hay otros colegas que son muy re'brutos pa' preguntar. ¿Entendís?

—Sí, pero yo no tengo nada que ver con ese asalto. Estuve toda la mañana en clases en la Universidad.

—¿Y cómo sabís que el asalto fue en la mañana?

—La noticia la dieron por la radio cuando yo estaba en la Universidad.

—¡Mejor será que me digái ahora todo lo que sabís. Porque si no, después te vái a arrepentir!

El policía salió del cuarto. Bruno se sentía tranquilo, porque había estado toda la mañana en la Escuela. Los profesores habían pasado lista. Sería fácil comprobar su asistencia. Prestó atención a los murmullos de la habitación vecina. Eran fragmentos de conversación mezclados con ruidos provenientes de la calle y música popular transmitida por una radio.

El policía fornido regresó al cuarto.

—¡Aún no ha llegado el encargado del fichero!

—¿A qué hora me van a dejar en libertad?

—Después que revisemos el fichero. ¡Así que estái fumando, huevón! ¿No sabís que está prohibido?

Le hizo votar la colilla del cigarrillo y volvió a salir dando un portazo.

Los segundos comenzaron a gotear acompasados, espesos, empujando pesadamente los minutos como si el tiempo fuese un

río de lava que se estaba enfriando. El tiempo parecía estar a punto de dejar de transcurrir. Sólo se escuchaban, amortiguados, los ruidos que llegaban de la pieza vecina, donde la radio seguía funcionando. De vez en cuando se asomaba el policía que hacía de «bueno», para informarle que el responsable del fichero aún no llegaba. Imperturbable, el tiempo ignoraba la creciente impaciencia de Bruno, cuya esperanza de llegar pronto a su casa se iba desvaneciendo. Y el encargado del maldito fichero, no llegaba.

Regresaron los policías.

—Te vamos a vendar la vista, porque en la otra pieza hay unos colegas que quieren conversar contigo.

—¡Te lo advertí! Ahora los brutos van a conversar contigo. Larga la pepa de un viaje y te evitái problemas. ¡Y no te vái a sacar la venda, por na' del mundo!

La venda le había dejado un hueco en un lado de la nariz, por donde podía ver las piernas de sus captores.

—¡Vamos, andando!

Lo llevaron a otra pieza donde había más policías. Bruno avanzó hasta chocar con el borde de una mesa que estaba en el centro de la habitación. Antes de que cerraran la puerta, alguien subió el volumen de la radio de la pieza vecina. En tanto la puerta se cerró, una lluvia de puñetazos se abatió sobre el joven.

—¡Así que este huevón es el asaltante!

—¡Aquí vái a tener que cantar!

—¿Por qué me...?

—¡Cállate, mierda!

Siguieron golpeándolo.

—¿Quiénes fueron los otros asaltantes del banco?  
—¿Quiénes son tus cómplices?  
—¿Cómo te llamái?  
—¡Ay!

Bruno no alcanzaba a contestar.

—¿Cómo te llamái?  
—Bruno...  
—¿Dónde vivís?  
—¡Ay!... en Simón Bolívar...  
—¿No dijiste que vivíai en Colón?  
—¿Dónde trabaja tu padre?  
—En la industria...

Bruno cayó al piso. Lo levantaron, lo tendieron de espaldas sobre la mesa y allí lo golpearon con laques de goma mientras en la habitación vecina la radio tocaba una alegre canción popular.

—¿Quién es tu tío?  
—Herman Matthei.  
—¿Dónde vive?  
—En La Florida... en una parcela...  
—¿Allí hacían entrenamiento militar?  
—Mi tío es partidario de la Junta.  
—Pero tú estái en contra, ¿no?  
—Yo... no me meto... en política.  
—¡Así que no te metís en política!  
—¡Seguro que no!  
—¡Este huevón sólo asalta bancos!  
—¿Cómo se llama tu novia?  
—No tengo novia.  
—¿Y la mina de la foto?

—Es una amiga.  
—¿Cómo se llama?  
—María Cristina.  
—¿A qué se dedica?  
—Estudia en el Pedagógico.  
—¡También es extremista!  
—¡Estas son peores que los hombres!  
—Ella no se mete en nada.  
—¡Pero tú sí!  
—Ya les he dicho...  
—¡Todavía no habís dicho na', mierda!  
—¿Quiénes son tus amigos en la Universidad?  
—Allí no tengo amigos.  
—¡Te pasaste, huevón, ahora no tenís ni amigos!  
—¡Hay que apretarlo otro poco!  
—¿Qué vái a hacer donde Letelier?  
—Estoy haciendo mi práctica.  
—¡Ese abogado es un tonto útil de los marxistas!

Sin preguntas, lo continuaron golpeando. Sólo se escuchaban los golpes en el cuerpo del estudiante, sus quejidos de dolor y los restos de música provenientes de la pieza del lado. Cuando los torturadores descansaron, Bruno comprobó con terror que la venda de sus ojos se había subido un poco y que por la base de la nariz podía ver a los policías parados a sus pies, en el extremo de la mesa. Eran los mismos que le habían detenido.

Apoyándole en el cuello el frío cañón de un arma corta, un torturador le dijo:

—¿Sentís mi revólver? Si te querís matar, te lo paso.  
—¡Qué se va a querer matar este cobarde!  
—¡Vamos a tener que matarlo nosotros!  
—¿Querís morir, Bruno?

—¿O preferís decirnos quiénes te acompañaron en el asalto?  
—Ustedes saben... que yo no fuí...  
—Sabimos cosas. ¡Más de las que te imaginái!  
—¿Conocís al «Gordo»?

Aquella pregunta sorprendió a Bruno. «El Gordo» había sido detenido. ¿Qué más sabían aquellos policías? Aún no salía de su estupor, cuando se escuchó a sí mismo respondiendo:

—¿De qué gordo me hablan?  
—¡De tu enlace, huevón!  
—No sé nada...

Un policía le dio una fuerte cachetada.

—¡Estái mintiendo, huevón!  
—¡Se te acabó el tiempo!  
—¡Larga la firme, desgraciado!

Siguieron castigándolo sin reparar en qué parte del cuerpo lo golpeaban. Una seguidilla de fuertes lacazos en la cabeza, le hizo perder el conocimiento.

—¡Parece que este huevón se desmayó!  
—Se nos pasó la mano.  
—Llamen al doctor.

El médico le tomó el pulso y le auscultó el corazón.

—Sólo está desmayado. Cuando vuelva en sí, lo podrán seguir interrogando. Pero no le peguen más en la cabeza, golpéenle aquí en el hígado y aquí en los riñones.

—Descansemos —dijo el jefe y salió junto al médico y dos subalternos.

Al abrirse la puerta entró el sonido de la radio de la pieza vecina, al máximo de su volumen. Junto a Bruno quedó el policía «bueno». Al cabo de unos minutos, el joven volvió en sí.

—¿Cómo te trataron mis colegas? Parece que te dieron duro. ¡Yo te lo advertí! Sería mejor que me dijérai la firme.

—He dicho... la verdad.

—Pero ellos no te creen.

—No tengo nada que ver... con ese asalto.

Unos momentos más tarde regresó otro policía. En tanto habló, Bruno supo que se trataba del cara aindiada.

—Ustedes se reúnen. ¡Estamos informados!

—Yo no estoy en ningún grupo.

—¡Tú eras dirigente! ¡Eres socialista!

—Yo soy independiente, por eso el Decano me quitó el cargo de dirigente. Si hubiera sido socialista me habría expulsado.

El policía no reparó en aquella respuesta.

—Sabimos que estái metido en política y que tenís reuniones en la Universidad.

—Nos reunimos para estudiar.

—¡Muy bien! Van a regresar mis colegas y ahora sí que lo vái a pasar mal!

Se hizo un silencio en el que sólo se escuchaba, amortiguado, el ritmo popular de la radio. De pronto regresaron los policías que habían salido a descansar.

—¿Por última vez! ¿Vái a decir quiénes asaltaron el banco?  
—Yo no he asaltado ningún banco.  
—¿Quiénes fueron?  
—No sé quiénes fueron.

Lo comenzaron a golpear.

—¿Quiénes están en el partido?  
—Yo soy independiente.  
—¡Claro! Y yo soy Juan XXIII.  
—¡Este desgraciado no va a entender nunca!

A causa de los golpes, Bruno volvió a perder la conciencia.

—¡Se volvió a desmayar!  
—¡Llévenselo y sáquenle una foto!

Al salir los torturadores de la habitación, dejaron la puerta abierta. Cuando Bruno estaba volviendo en sí, oyó que en la radio decían que eran las nueve de la noche. Poco después regresó el policía «bueno».

—Resulta que no estábai en el kardex.  
—Entonces, ¿me dejarán en libertad?  
—¡Después de la foto!  
—¿Qué foto?  
—La foto pa'l kardex.

Le sacaron las esposas y la venda de los ojos. El joven pudo ver a los policías que estaban en la pieza, pero a éstos pareció no importarles. Confuso aún por la paliza recibida, Bruno tampoco reparó en el siniestro significado de aquel detalle.

—¡Vamos! El vehículo nos está esperando.

En la calle caminaron hasta el estacionamiento de vehículos del Ministerio de Defensa. Allí les esperaba una camioneta de doble cabina.

—¡Tiéndete en el piso! ¡Boca abajo!

El joven obedeció y los policías le colocaron las esposas con las manos a la espalda. Entonces Bruno se dio cuenta de que no llevaba su portadocumentos, pero no se preocupó pensando que iban a regresar a las oficinas después de la foto.

—¿Qué hora es?

—Cerca de las diez.

Los policías se acomodaron en sus asientos y la camioneta salió a la Alameda, donde giró al poniente. Frente a la Estación Central, el vehículo abandonó la Alameda, que en aquel sector estaba intransitable debido a las obras de construcción del Metro, y entró a la Avenida Ecuador, la arteria que en aquellos días se utilizaba para salir al oeste de la ciudad.

A esa altura del viaje, a Bruno ya le estaba pareciendo raro que para sacarle una simple foto lo llevaran tan lejos y, además, tendido en el piso de la camioneta. Sintió miedo. Al término de la Avenida Ecuador, el vehículo pasó dando barquinazos sobre un empalme de tierra con el camino pavimentado y luego siguió hacia Pudahuel.

Después de recorrer algunos kilómetros salieron a un camino de tierra. Salvo los faros del vehículo, la oscuridad era total. Bruno estuvo paralizado por el terror, hasta que el vehículo se detuvo.

—¡Llegamos!

—¡Abajo todos y apaga las luces!

El joven vio que se encontraban fuera de la ciudad, en un despoblado. Sin explicarse el motivo, el miedo había desaparecido.

—¡Camina!

Llevaron a Bruno a la orilla del camino, al borde de un barranco por cuyo fondo pasaba una corriente de agua que había sido canalizada. Allí le quitaron las esposas mientras lo apuntaban con sus armas.

—¡Esta es tu última oportunidad! ¿Quién es el contacto?

—No lo sé.

—¿Conoces a Rebeca Aldunate?

—Sí, es una compañera de curso en la Facultad.

Bruno contestó abiertamente porque sabía que a Rebeca no iban a hacerle daño. Había sido su novia durante el primer año en la Universidad, pero ella ahora era de «Patria y Libertad», una organización terrorista con gran influencia en los militares y estaba haciendo su práctica profesional en Carabineros.

—¡Tú la agrediste al salir de clases!

Bruno recordó el incidente: había tropezado con ella en las escaleras de la Escuela, a la joven se le cayeron los libros y él, dándole excusas, se los había recogido.

—¡No es efectivo! Tropecé con ella en la escalera, le pedí disculpas y todo quedó arreglado.

—¡Reconoces la agresión!

—¡No hubo agresión! ¡Fue algo completamente casual! ¡Un incidente sin importancia!

—¡Te traigo este «regalo» de parte de ella!

Bruno sintió un impacto en el estómago. Como si lo hubieran golpeado con una correa de barbero. Cayó a tierra y allí sintió más impactos de disparos. Quedó inmóvil.

—¡Tírenlo al río!

Un policía lo empujó con el pié, haciéndolo rodar al fondo del barranco, pero su cuerpo se detuvo al borde de la corriente.

—¡No cayó al agua!

—¡Baja y empújalo!

Un policía bajó por la inclinada pendiente, llegando al lado de Bruno junto a una pequeña avalancha de tierra y piedras sueltas. De arriba gritaron:

—¡Mándale un tunazo!

—¡Remátalo!

El policía le apuntó a la cabeza y disparó. Bruno sintió que el proyectil le quemaba el cráneo. El hombre lo empujó con un pié.

—¡Al agua, mierda!

Cuando el policía le empujó, Bruno, que había quedado con un brazo dentro de la corriente, tratando de que el verdugo no se percatara le ayudó un poco y cayó al agua, siendo arrastrado por la corriente.

—¡Ya se fue!

—¡Sube, rápido!

Provocando un nuevo desmoronamiento de piedras, el policía subió por la pendiente.

Manteniéndose a flote sin hacer ruido, Bruno se dejó llevar un trecho por la corriente. Cuando se sintió protegido por la oscuridad, se agarró a unos matorrales que crecían a la orilla. Desde allí oyó que cerraban las puertas del vehículo, ponían en marcha el motor y la camioneta se alejaba. Permaneció unos minutos en el río, hasta que sólo escuchó el rumor de las aguas. Cogiéndose de las matas, con gran dificultad salió a tierra firme. En la orilla descansó unos minutos antes de ascender el barranco. Resbalando en las piedras sueltas y tomando continuos descansos, a punto de desmayarse llegó al camino, donde no se veía nada en la oscuridad. “Debo alejarme de aquí”, pensó, “porque si regresan y me encuentran, me van a rematar.” Descubrió unas lucecillas a lo lejos. Creyendo que eran de una vivienda campesina, decidió ir a pedir ayuda. Iba pensando que en su casa estarían intranquilos porque aún no había regresado. Entonces recordó que Sofía, su hermana, le había dicho: “He tenido un sueño terrible. Soñé que unos hombres te disparaban. Bruno, no te metas en líos.” Él le había respondido que no estaba metido en nada, pero su hermana le había insistido: “¡Debes tener cuidado!”

“Sabía que Rebeca se había disgustado cuando terminamos, pero no me imaginaba que me odiara tanto”, iba pensando Bruno mientras caminaba hacia las luces lejanas. “¿Habrán escuchado los disparos los campesinos? Les diré que me asaltaron.”

A medida que se acercaba a su meta, le aumentaba el mareo y las heridas le empezaron a doler. Cuando se hubo acercado lo suficiente, comprobó que las luces no eran de una casa campesina, sino una rancho provisoria de obreros camineros.

Se sentía desfallecer. Sólo la ropa empapada de agua parecía mantener unidas todas las piezas de su cuerpo. Llegó hasta la modesta vivienda y golpeó en la puerta. Ésta se abrió y un hombre asomó su cabeza. Bruno le dijo:

—¡Necesito ayuda!  
—¿Qué le pasó?  
—Me asaltaron. ¿Me puede ayudar?  
—¡Pase, joven!

Al verlo, la mujer exclamó:

—¡Jesús! ¡Viene todo ensangrentado!  
—Tome asiento.

Ella le pasó una toalla.

—¡Tome, joven, séquese el pelo!  
—¡Voy llamar por teléfono a la ambulancia!  
—¿Podría avisar a mi casa?  
—Déme el número.

Bruno se lo dictó.

—Por favor: avísele a mi papá. Se llama Walter.  
—¡Ya estamos con el toque encima! —advirtió la mujer.  
—¡Voy y vuelvo! —exclamó el obrero y se fue a la carrera.  
—Señora: ¿No tendría una aspirina?  
—No, joven, no tenemos. ¿Le sirvo un tecito?

Bruno bebió unos sorbos de té.

—Señora, ¿me puedo tender en el piso?

—Acomódese aquí en la cama.

Ayudado por la mujer, Bruno se acostó y comenzó a temblar. La mujer lo cubrió con una frazada. Acongojada, ella se retorció las manos. Aliviado por su mirada y el calor de la frazada, Bruno se sintió más tranquilo. Transcurridos unos minutos, regresó el obrero.

—¡La ambulancia viene en camino! ¡También le avisé a su papá!

—¡Muchas gracias!

—No hay de qué, joven. No se preocupe.

Permanecieron en silencio.

—¿Así que le asaltaron? ¿Los reconoció?

—No, señora, eran unos desconocidos.

—Bien seguido están asaltando por estos lados. Por las noches se oyen disparos ¡Usted es el primero que sale vivo del río!

—¡Cállate, mujer! ¡Cállate!

Nuevamente se hizo el silencio. Al parecer las cosas habían quedado claras. Unos minutos después, a lo lejos se oyó una sirena que rápidamente se fue acercando. El obrero salió al camino y la sirena calló cuando la ambulancia se detuvo a su lado. Las luces intermitentes quedaron funcionando, mientras un enfermero y el chofer se bajaban del vehículo.

—¿Dónde está el herido?

—Adentro de la casa.

El enfermero examinó a Bruno.

—¡Estas son heridas de bala!

—¿Son muy graves?

—¡Agradezca que está vivo! ¿Qué le pasó?  
—Me asaltaron.

Los de la ambulancia bajaron una camilla y en ella acostaron a Bruno. Una vez arriba del vehículo conectaron la sirena y partieron. En pocos minutos llegaron a la Asistencia Pública, bajaron la camilla con el herido y luego de recorrer de prisa un corto pasillo, entraron a una pieza repleta de artefactos médicos, que de inmediato se llenó de enfermeras.

—¡Hay que sacarle la ropa!

Antes de que llegara el médico de turno entró un Carabinero a preguntarle sus datos personales y las circunstancias en que había recibido los disparos. Confuso aún por lo que le había sucedido y sin pensar en las posibles consecuencias, Bruno le dio su nombre y dirección, afirmando que lo habían asaltado unos desconocidos. Lo mismo le dijo a los detectives que fueron a interrogarlo.

Al médico, el enfermero le informó:

—Doctor: este joven está herido a bala.

Dirigiéndose a Bruno, el médico le preguntó:

—¿Puedes hablar?

—¡Sí, doctor!

—¿Qué te pasó?

—Fuí asaltado.

—¿Cuándo?

—Una hora atrás, más o menos.

—Vamos a ver.

El médico lo examinaba, dictándole a una enfermera.

—Presión: 80 con 40. ¡Hum!

—Pulso: 140.

—Este joven está en shock. ¡Enfermera: hay que inyectarle suero fisiológico: mil centímetros cúbicos, goteo muy rápido! ¡Hay que hacerle una transfusión de sangre: un litro en el otro brazo, goteo muy rápido!

—¿Cómo te sientes?

—Me siento mareado.

—Veamos las heridas.

Comenzó a describirlas para que la enfermera anotara.

—En la región supraclavicular izquierda hay una herida de bala con salida de proyectil.

—¿Puedes mover el brazo izquierdo?

—Sí.

—Parece que la bala no comprometió el hueso. En la región interescapular hay una segunda herida de bala. Habrá que hacer una radiografía para determinar el curso de este proyectil.

Levantándole el brazo derecho, comprobó:

—Hay una tercera herida de bala en el hueco axilar derecho.

—¿Puedes mover el brazo?

—Sí, pero me duele.

—¡Ah, te duele! ¿Tienes dificultad al respirar?

—No.

—Respira sin problemas.

Luego, alzando un poco la voz, dictó:

—No hay compromiso pulmonar ni cardíaco. El corazón y los pulmones funcionan normalmente.

Con la ayuda de las enfermeras, tendió a Bruno de espaldas.

—Veamos esta herida en el abdomen. Es una herida de bala en el hipocondrio izquierdo. No hay reacción peritoneal, no parece que el bazo esté comprometido. ¿Te duele el estómago?

—Un poco.

—Sólo un poco.

Después de palparle el cuerpo, el médico volvió a dictar:

—En el hipocondrio derecho hay un cuerpo extraño. Ubicación superficial. Parece ser una bala. Habrá que extraerla. Hay que controlar si hay hemorragia interna.

A continuación le examinó el cuello y la cabeza.

—Aquí hay otra herida. Es una herida de bala rasante en el cuero cabelludo, sin compromiso del cráneo.

El médico terminó su examen, anunciando:

—Vamos a extraer esta bala alojada superficialmente. Luego habrá que tomarle radiografías para ver qué vamos a hacer.

Le administró un anestésico local y le extrajo la bala alojada en el costado derecho. Conectado a sendas botellas de suero y de sangre, el joven estuvo en observación durante toda la noche.

A la mañana siguiente, poco después del toque de queda, el padre de Bruno llegó a la Asistencia Pública y entró a la oficina del médico de guardia.

—¡Buenos días, doctor! Soy Walter Matthei. Mi hijo Bruno, se encuentra aquí.

—¡Buenos días, señor! Tome asiento. Efectivamente, anoche trajeron a su hijo. Le voy a informar con detalle de su estado, porque es conveniente que usted lo sepa. El joven recibió cuatro impactos de bala en diversos sitios del cuerpo que, al parecer no comprometieron ningún órgano interno: un tiro rasante en la cabeza le causó una herida superficial; una segunda bala de poco calibre le penetró por la espalda y salió por su axila derecha, sin dañar el pulmón; un tercer proyectil le atravesó limpiamente el hombro derecho y salió sin comprometerle ningún hueso, y una cuarta bala, que le penetró por el costado izquierdo a la altura del vientre, fue desviada por una costilla, yéndose a alojar superficialmente en el lado derecho. Anoche mismo se la extrajimos. No ha habido hemorragia interna. Con las transfusiones de sangre ya recuperó la presión y ahora tiene el pulso casi normal. Gracias a su vitalidad y una suerte extraordinaria, ¡su hijo se ha salvado por milagro!

Walter Matthei escuchaba desconcertado. Sólo atinó a decir:

—Siempre ha sido deportista.

El médico lo miró sorprendido. Luego, haciéndose cargo del estado de ánimo de su interlocutor, le dijo:

—Le vamos a suspender las transfusiones. Y en tanto veamos las radiografías le daremos de alta para que usted se lo lleve inmediatamente de aquí.

—¡Muchas gracias, doctor! ¡Lo llevaré a una clínica hasta que se recupere!

—A su hijo, señor Matthei, yo le recomendaría un viaje, un rápido cambio de aires. Este tipo de incidentes suelen tener recaídas fatales.

Walter le dio efusivas gracias al médico, sin entender de momento el sentido de sus palabras, y fue a ver a Bruno. Éste se encontraba acostado en una pequeña sala de la sección de urgencia, conectado por medio de tubos de plástico a una botella con suero y una bolsa de sangre.

Conteniendo la emoción que le produjo ver al único hijo hombre que le quedaba tendido en una cama de hospital, pálido y con el semblante descompuesto, le preguntó:

—¿Cómo te sientes, hijo?

—Bien, papá.

—¿Puedes caminar?

—Creo que sí.

—¿Cómo ocurrió el asalto?

—No fue un asalto, papá.

—¿Qué fue lo que te ocurrió?

—Me detuvieron Carabineros de civil.

—¿Estás seguro, hijo?

—Sí, papá, ellos me balearon.

—Entonces la situación es muy grave. Por eso el médico ha insistido en que te saque pronto de aquí.

—Tienes que hacerlo, papá. Ellos saben que estoy aquí.

—¿Cómo?

—Anoche cometí la torpeza de darle mis datos personales al Carabinero de guardia y también a los detectives que me interrogaron.

Las radiografías mostraron que los disparos no le habían comprometido ningún órgano vital, por lo que el médico le dio el

alta. Walter Matthei llevó a su hijo a la clínica privada donde trabajaba un médico de la familia, su primo Helmuth.

—Hay que ingresarlo con otro nombre, Helmuth.

—Pero, ¿por qué?

—Su vida está en peligro. Tienes que confiar, en mí.

Luego de unos minutos en silencio, Helmuth dijo:

—Bien, pero si se presentan complicaciones, se tendrá que ir de inmediato.

Las heridas del joven se recuperaron rápidamente. Antes de una semana, los vendajes fueron reemplazados por simples parches de gasas pegados con tela adhesiva. Cuando ya estaban por sacarle los puntos para darlo de alta, los diarios de Santiago publicaron la noticia de que había habido un enfrentamiento de las fuerzas de orden con los asaltantes de un banco, que uno de éstos había resultado herido y que, después de ser atendido en la Asistencia Pública, huía armado. A continuación, sin nombrarlo, entregaban una detallada descripción física de Bruno, agregando que la policía tenía información acerca de las personas que le estaban brindando ayuda.

Aquella mañana Walter llegó temprano a la fábrica y unos momentos después recibió una llamada telefónica de la clínica. Era su primo Helmuth.

—¿Walter: leíste los diarios? Tienes que venir de inmediato.

Hasta el día anterior, Walter había tratado de averiguar qué ocurría con su hijo, para lo cual se había entrevistado con sus parientes vinculados a las Fuerzas Armadas. Todos ellos, después de afirmar que no sabían nada, le habían recomendado que Bruno se

presentara a las autoridades que lo andaban buscando. “El que nada hace, nada teme,” le decían. Sin embargo, con la experiencia de lo que le había ocurrido a su hijo Hans, el hermano mayor de Bruno, Walter intuía que aquello era precisamente lo que su hijo no debía hacer. En busca de ayuda, él y su hermano Herman habían recurrido a sus mejores amigos. Pero casi todos ellos, con diversos pretextos, habían rehusado ayudar. Herman se había entrevistado con el abogado Letelier en el Comité de Cooperación para la Paz, organismo que habían creado las iglesias para atender a los perseguidos políticos y luchar por los derechos humanos. Letelier estaba enterado de lo ocurrido a Hans Matthei porque Bruno estaba haciendo la práctica en su oficina. El jurisconsulto le había informado que las Embajadas de los países europeos ya no recibían más refugiados porque, al no tener convenios vigentes con Chile, no tenían derecho a conceder asilo a los chilenos perseguidos, y que todas las Embajadas de los países latinoamericanos estaban bajo estricta vigilancia. Letelier le había aconsejado que fuera a conversar con el Nuncio Apostólico, el representante del Papa en Chile, quien también tenía categoría diplomática. Pero el día en que los diarios dieron la noticia del presunto enfrentamiento, Herman aún no había ido a la Nunciatura. Aunque la necesidad de sacar al joven de la clínica y llevarlo a un escondite había sido una preocupación diaria, la súbita difusión del presunto enfrentamiento les tomó de sorpresa.

—Iré en tan pronto pueda.

—Tienes que venir ahora mismo.

—Dáme una hora de plazo, debo hacer unas llamadas.

Walter fue a la oficina de su hermano, cerró la puerta a sus espaldas y le explicó el giro que había tomado la situación.

—Alguien que no sea de la familia tiene que ir a buscarlo a la clínica. Ellos tienen nuestros nombres y direcciones y es seguro que nos vigilan.

—Tienes razón. Veré quién nos pueda ayudar.

Herman fue a llamar desde un teléfono público de un centro comercial. Regresó media hora después.

—Está solucionada la primera parte. Una amiga de mi mujer lo irá a buscar. Pero aún no encuentro dónde llevarlo.

Afortunadamente, la señora que sacó a Bruno de la clínica lo llevó a su casa, solucionando de momento el problema.

—Sólo por unos días, Herman, porque todos mis familiares son partidarios de la Junta y si descubren que Bruno está conmigo, no dudarán en denunciarme.

A partir de aquel momento se dedicaron a buscar un lugar seguro donde esconder a Bruno. Pudieron comprobar que la ciudad estaba plagada de soplones dedicados a llamar por teléfono a los cuarteles para denunciar todo aquello que les parecía sospechoso. Toda denuncia que conducía a la captura de algún disidente buscado era recompensada en dinero efectivo. Las Embajadas estaban rigurosamente resguardadas.

Para entrevistarse con Herman en forma segura, el Secretario del Nuncio simuló una confesión en una iglesia del centro de Santiago. Aunque los Matthei eran luteranos, Herman experimentó una extraña sensación al entrar al templo católico y en el confesionario le describió al sacerdote el problema que afectaba a su sobrino y recibió la seguridad de que su caso sería presentado a Su Eminencia el Nuncio.

—Mañana le tendré una respuesta. Como sospecho que nuestros teléfonos están intervenidos, cuando llame usted dirá que es Daniel, un periodista que ha solicitado una entrevista al Nuncio.

Al día siguiente, el Secretario le comunicó a Herman que el Nuncio había salido del país, llamado por el Papa con urgencia y que estaría de regreso dentro de una semana. Terminó diciéndole:

—Antes de partir, Su Eminencia se mostró muy interesado en concederle la entrevista que usted le solicita.

Para la familia Matthei, aquella semana de espera fue de enorme tensión. Pudieron comprobar que todos eran vigilados por policías de civil. Las fuerzas represivas del régimen militar querían evitar que se les escapara con vida aquella víctima frustrada, aquel testigo directo de las atrocidades que estaban cometiendo. Algunas personas tuvieron a Bruno en sus casas hasta que el Nuncio regresó de Roma. Al día siguiente de la llegada del representante papal, desde un teléfono público Herman llamó a la Nunciatura y pidió hablar con el Secretario. Temiendo que el sacerdote le hubiese olvidado, le dijo:

—Buenos días, padre. Soy Daniel, el periodista que desea entrevistar al Nuncio. ¿Se acuerda de mí?

—Sí, por supuesto. Su Eminencia ha accedido a concederle la entrevista, especialmente después de haber conversado con Su Santidad el Papa. ¿Podría usted venir mañana antes del mediodía?

Herman regresó a la fábrica con la noticia y de inmediato comenzaron a preparar con su hermano el traslado de Bruno a la Nunciatura.

A la mañana siguiente, Walter salió como de costumbre de su casa y dejó su automóvil en el estacionamiento habitual que utilizaba cuando iba a su banco. Allí cambió un cheque y después subió a una micro que lo llevó al Mercado Municipal donde recorrió los puestos de frutas y verduras ubicados en el interior del recinto y luego de asegurarse de que no era seguido salió a la calle y abordó un taxi. Pagó con anticipación la carrera y se bajó en la Avenida Providencia, a la altura de Los Leones. Retrocedió a pie por la misma Avenida y se subió al automóvil de un amigo que le esperaba en una calle perpendicular. El vehículo partió, mientras Walter abrazaba a su hijo.

—Vamos a la Nunciatura, Bruno. Nos están esperando.

El automóvil recorrió sin prisa diversas calles de la ciudad, pasando dos veces delante de la Nunciatura. Cuando el lugar estuvo sin vigilancia policial, el vehículo se detuvo. Walter ayudó a su hijo a bajar y ambos entraron al edificio. Un sacerdote les salió al encuentro.

—Buenos días. ¿En qué puedo servirles?

—Buenos días. Soy Walter Matthei y éste es mi hijo.

—¡Mucho gusto! Les estaba aguardando. Adelante y tomen asiento. Le iré a avisar a su Eminencia que ustedes han llegado.

El Secretario del Nuncio desapareció a través de una puerta y regresó al cabo de unos momentos.

—Pasen por aquí. Monseñor les está esperando.

El Nuncio les saludó cordialmente y a Bruno, le dijo:

—Hábleme con entera confianza, hijo.

Los sacerdotes escucharon impresionados el relato de Bruno, quien les refirió en detalle todas las peripecias vividas a partir del momento en que había sido detenido por los Carabineros de Chile: los lugares a los cuales fue llevado; el interrogatorio y las torturas a que fue sometido; el viaje nocturno a Pudahuel; los disparos a quemarropa; la caída al río, y la ayuda recibida. Al término del relato, agregó:

—Les puedo mostrar las heridas.

—¡No, no es necesario! —exclamaron los sacerdotes.

—He recibido instrucciones del Santo Padre, en relación a los hechos terribles que están ocurriendo hoy en Chile. Él está muy bien informado. Yo le voy a dar asilo. Luego informaré a Roma para que se hagan las gestiones que sean necesarias a fin de que usted pueda salir del país.

Bruno quedó asilado en la Nunciatura, donde fue visitado por su madre, su hermana y María Cristina. La joven se horrorizó ante lo ocurrido y prorrumpió en llanto cuando supo que su novio tendría que salir del país. Al despedirse, María Cristina le dijo:

—Voy a conversar con mis padres.

Transcurrieron dos semanas. Al comienzo de la tercera, el Secretario de la Nunciatura le informó a Bruno que Suecia le había otorgado asilo. De su viaje a Europa estaba ocupado el «CIME», el Comité Intergubernamental para las Migraciones Europeas,.

El día anterior a su partida, se fueron a despedir de Bruno sus padres, su hermana Sofía y su tío Herman. Ningún otro miembro de la familia apareció. Todos los Matthei vinculados a las Fuerzas Armadas, los latifundistas, con la sola excepción del tío Edwin que vivía en Osorno, los tíos y primos empresarios, profesionales y

funcionarios, opinaban unánimemente que Bruno era un traidor a la patria, la oveja negra de la familia.

También lo fue a ver su novia, María Cristina. La joven estaba triste y desconcertada: su familia se oponía resueltamente a que continuase su relación con Bruno, a quien consideraban un terrorista. En la conversación que ella había sostenido con sus padres, éstos habían sido tajantes: ella era menor de edad y a Europa no viajaría. La joven le confesó a Bruno que carecía de fuerzas para separarse de su familia, debido al gran apego que sentía por ella. Había pasado muy malos momentos, pero con la ayuda del confesor familiar, finalmente tomó una decisión. Aquella visita tenía como objetivo ir a romper su noviazgo, deseándole toda la suerte del mundo y decirle adiós.

A media mañana, Bruno llegó al aeropuerto de Pudahuel en compañía del Secretario del Nuncio Apostólico y otros dos curas católicos. Hasta la misma escalerilla del avión fue escoltado por el Secretario del Nuncio y un funcionario internacional del «CIME», que lo despidieron efusivamente, deseándole suerte y buen viaje.

Tras despegar de la pista del aeropuerto y describir un amplio arco tomando altura, el avión se internó en la cordillera de los Andes rumbo hacia la República Argentina. Las cadenas de cerros, hasta donde alcanzaba la vista, se veían totalmente cubiertas de nieve. En aquellos momentos, los sentimientos de Bruno eran muy confusos.

## DE VALDIVIA A LA CAPITAL

A mediados del año 1950, unos meses después de haber arribado a Santiago desde Valdivia, los hermanos Matthei ya habían instalado su taller mecánico en un destartalado galpón ubicado en un terreno aledaño a la Avenida Fermín Vivaceta, diez cuadras al norte del río Mapocho. En aquel proyecto metalmecánico depositaron sus sueños y sus esperanzas e invirtieron su trabajo y todo el capital que les había repartido su madre, después del fallecimiento del padre.

La partida de Walter y Herman Matthei de la «Perla del Río Calle Calle», se debió a que en aquella Provincia del sur del país no tenía visos de prosperar un taller como el suyo y, también, a que su madre y el resto de sus hermanos, a la muerte del padre se habían negado a vender el fundo y hacer la partición del total de la herencia, como lo habían exigido ambos hermanos. La parte de la herencia recibida provino de la venta de algunas de las propiedades inmuebles que la familia tenía en la ciudad de Valdivia, por lo que el dinero no había sido demasiado.

La prosperidad del taller mecánico se produjo en la década de los años sesenta, gracias a la torpe política del gobierno de turno que arrasó con los tranvías eléctricos de Santiago y Valparaíso y, en vez de electrificar los ferrocarriles del Estado, impulsó la competencia de los vehículos con motores de combustión interna construyendo a lo largo del territorio nacional la Carretera Panamericana, que se hizo con préstamos de la «Alianza Para el Progreso», y abriendo el país a la importación indiscriminada de buses, camiones y automóviles. El aumento inconmensurable de los vehículos con motor favoreció en forma directa a los hermanos valdivianos. Como producto de este auge, el taller de repuestos se

transformó en la fábrica metalmecánica «Matthei y Compañía Limitada».

Las familias Matthei y Schultz procedían de emigrantes alemanes y eran relativamente numerosos. Los descendientes más apegados a las labores del campo habían extendido sus propiedades agrícolas por las provincias del sur de Chile, mientras que aquellos que cursaron con éxito los estudios universitarios habían ido a ejercer como profesionales a las grandes ciudades, incluyendo Santiago. También había parientes quienes, luego de fracasar en sus intentos por ingresar a las Universidades o en los estudios elegidos, habían seguido la carrera de las armas.

Walter Matthei recién había cumplido veintitrés años de edad cuando contrajo matrimonio con la bella Marta Schultz, quien a la sazón tenía dieciocho años y acababa de terminar los estudios secundarios en un Colegio de monjas de Valdivia. Los hijos de la pareja fueron tres: Hans, Bruno y Sofía. El primero nació en Valdivia en 1949 y los dos menores en Santiago. Entre los varones hubo dos años de diferencia, mientras que la pequeña Sofía nació tres años después de Bruno.

Durante la década de los años cincuenta, los Matthei Schultz estuvieron viviendo en una casa de la Avenida Francia. Aquel fue el duro período en el que los hermanos Matthei luchaban por sacar adelante su taller mecánico.

Las abuelas paterna y materna de Bruno vivían en Valdivia. Esta circunstancia le permitía ir con sus hermanos y sus padres a la región de los lagos durante las vacaciones de verano. Aquellas vacaciones serían inolvidables.

Herman Matthei poseía grandes dotes de mecánico y hombre de empresa y era siete años menor que Walter. Llegó soltero a Santiago y, por haber dedicado la mayor parte de su tiempo y de sus energías a los negocios, mantuvo por muchos años su condición de celibato. De su virilidad sólo sabían las asiladas de «La Carlina», a las que visitaba cuando se sentía agobiado por “los malos pensamientos”. Junto a su sagacidad comercial, Herman había desarrollado un cinismo práctico. Comparando sus gastos con los que tenía su hermano Walter, sostenía que le salía más económico ir a putas que mantener una amante o una mujer propia.

Lo cierto era que, a pesar de que el taller mecánico en aquellos años no entregaba demasiados beneficios, sus ahorros no cesaban de crecer, lo que al cabo de los años le permitiría extender sus inversiones al negocio de las micros y, después, a los camiones de transporte.

Hans Matthei era un niño buenmozo, delgado, colorín y mimado por su madre, quien al parecer intuía el trágico fin de su vida. El muchacho era muy inteligente y dejó una impronta de genialidad en el colegio, que a Bruno le habría de resultar casi agobiante, pese a ser él tan capaz como su hermano. En lo que nunca Bruno pudo superar a Hans fue en talento y dotes artísticas.

Pero como una diferencia de dos años es muy importante al comienzo de la vida, nadie le exigía al hermano menor que fuese como el primogénito, aunque todo el mundo se percataba de las diferencias. Hans pasó por la escuela primaria como un cometa, dejando a las profesoras prendadas de su amabilidad, simpatía y juvenil belleza.

Cuando Bruno comenzó a su vez a estudiar en la escuela era ya muchachito rubio y larguirucho que, al igual que su hermano mayor, no necesitaba que le explicaran las cosas dos veces para entenderlas. Las profesoras no hacían ningún esfuerzo por ocultar sus preferencias por aquel niño ordenado, atento e inteligente.

Navegando cómodamente en la estela de prestigio dejada por su hermano, Bruno aprobó sin ningún esfuerzo los seis años de la escuela básica y luego siguió el camino de su hermano al Liceo Experimental Gabriela Mistral a cursar las Humanidades.

A Bruno, el liceo le impactó positivamente, no tanto por ser experimental, sino porque era mixto. La bulliciosa y mítica mitad femenina del mundo se puso a su alcance de forma completamente natural.

El rubio y crespo pelo de Bruno, su alta y delgada figura, sus modales educados, su atrayente timidez y, sobre todo, el claro y profundo color azul de sus ojos, produjeron en las muchachas del colegio una verdadera conmoción. Pero él no les dió demasiada importancia debido a su natural carácter tímido y porque todavía no había descubierto los exitantes y atrayentes dones y peligros del sexo opuesto, sabiamente ocultos por la belleza y aparente debilidad femeninas.

Un sábado por la tarde, cuando Bruno y algunos de sus amigos se encontraban en la plazuela del barrio, un muchacho llegó a todo correr con la terrible noticia: Poncho estaba muerto, se había disparado un tiro. Los muchachos corrieron a la casa del amigo. La puerta de calle se encontraba abierta y la madre de Poncho, deshecha en lágrimas y semi desmayada de dolor, estaba tendida en un sofá mientras unas vecinas trataban inutilmente de

consolarla. Alguien le indicó a Bruno el segundo piso y éste subió corriendo por la escalera. El precoz y desventurado suicida yacía de espaldas sobre su cama, completamente vestido. Para entrar en la negrura insondable de la muerte se había puesto su mejor traje, una immaculada camisa y corbata, arreglándose como para ir a una fiesta. Estaba cuidadosamente peinado a la gomina, como era su costumbre, y su agraciado rostro se veía tranquilo. Realmente parecía dormir. Aunque la extrema palidez de su cara perfilaba y endurecía sus rasgos. Parecía mayor de los trece años que aquel mismo día había cumplido. En la blanca camisa, a la altura del corazón, un negro agujero apenas manchado de sangre mostraba el lugar por donde había penetrado la bala. Sobre el velador, un pequeño revolver calibre veintidós, que alguien había dejado allí como al descuido, reposaba haciéndose el inocente, como si no hubiese tenido nada que ver con la desgracia recién consumada. Sus amigos nunca supieron la razón por la que Poncho se había suicidado, porque la carta que éste le dejó a su madre, ninguno de ellos pudo leerla. Aquel atildado muchacho, hijo único de una pareja de personas mayores, incapaces por eso de procrear otro hijo, fue el primer muerto entre los amigos de Bruno.

En el año 1964, al regresar Bruno al liceo a mediados de marzo, encontró que había ocurrido un hecho inesperado y extraordinario. Silvia, que se había ido de vacaciones sin pena ni gloria en el mes de diciembre del año anterior, como una insignificante muchachita, regresó convertida en un apetitoso durazno. Traía turgentes los pechos y algo redondeadas las caderas. Fue un verdadero milagro. De modo que Bruno se sintió feliz cuando se dio cuenta de que aquella hermosa jovencita, que parecía haber sido tocada por la varita mágica de su hada madrina, sólo tenía ojos para él.

Sin saber quién tomó la iniciativa, iniciaron un inocente noviazgo que terminó a fines de aquel mismo año cuando la familia de Silvia se trasladó a vivir a Antofagasta y ellos dejaron de verse.

Las siguientes vacaciones de verano Bruno las pasó en el fundo de su tío Erwin Mathei, uno de los hermanos de su padre, ubicado en la Provincia de Osorno, en la ribera norte del lago Llanquihue. Cuando regresó al Liceo se enteró de que casi todas las niñas de su curso suspiraban por él.

Durante aquel año Bruno pololeó una tras otra, pero sin ningún entusiasmo, con varias jovencitas del colegio, no logrando superar la amargura del fracaso de su primera inocente experiencia de amor.

Fue entonces cuando una alumna del cuarto curso, dos años mayor que él, la bella, exuberante y formidable Susana entró en su vida como una locomotora lujuriosa. Se trataba de una joven de diecisiete años del mismo alto de Bruno, con aspecto deportivo y aire desenvuelto. Su cuerpo era esbelto y plenamente desarrollado. Tenía hermosas piernas, la tez blanca, los ojos verdes y el pelo rojo y ondulado. Sus progenitores se habían divorciado y ella vivía con su padre en una vieja casona de la Avenida Independencia. Debido a su trabajo como representante de una empresa importadora de electrodomésticos, el padre de la joven viajaba constantemente por el país, dejando a su hija en compañía de una sirvienta. Susana gozaba de una amplia libertad. Ella inició a Bruno en el excitante juego de las caricias íntimas, a través de las cuales el joven perdió su virginidad. Susana se había enamorado y Bruno le correspondía con pasión.

La casa donde vivía Susana procedía de los tiempos de la Colonia. El padre de la joven la había heredado de sus progenitores y éstos, a su vez, de los suyos. Aquella propiedad familiar se remontaba a

los albores de la Independencia de Chile. La casona tenía un techo de pesadas tejas de barro cocido y gruesas murallas de adobe. Las habitaciones formaban un rectángulo que dejaba un patio interior descubierto con el cual éstas se comunicaban. Todas las piezas de los lados más largos del rectángulo tenían una puerta que daba a un corredor exterior embaldosado con piedras lajas, abierto y techado.

Por las noches, la vivienda y sus habitantes eran custodiados por dos enormes perros pastores alemanes que durante el día permanecían encerrados en un corral interior cerrado con malla de alambre. En los atardeceres la sirvienta soltaba a los canes y éstos se adueñaban del extenso patio de la casa que estaba protegido de la calle por una alta pandereta de ladrillos que había reemplazado la verja de hierro forjado original.

La primera ocasión en que Bruno se encontró solo frente a frente con los perros se debió a un descuido de la sirvienta, que los había soltado cuando éste aún estaba dentro de la casa. Bruno salió solo al jardín mientras Susana regresaba al interior de la casa en busca de un libro olvidado. Los canes, que acostumbraban a atacar a los extraños saltando sobre ellos sin aviso, aparecieron amenazantes frente a Bruno. Éste se sorprendió al verlos de improviso, pero no sintió miedo. Aquellos animales le recordaron los perros junto a los cuales había pasado sus últimas vacaciones en Valdivia. Mirándolos a los ojos, les habló con firmeza y cariño. Los canes no dejaban de gruñir ni de enseñarle sus colmillos, pero no lo atacaron. Al ver su actitud, Bruno les seguía hablando. En aquel momento salió Susana y al ver a los perros frente al joven quedó muda. Cuando pudo reaccionar, ya los canes estaban saltando alrededor del muchacho y moviendo sus rabos.

En una oportunidad Bruno le preguntó a su amante por qué su padre no había dicho nada cuando los sorprendió juntos en el

dormitorio. Susana le respondió que su padre tenía miedo que ella se fuese a vivir con su madre y lo abandonara.

Dos años duró aquella apasionada relación que terminó en forma inesperada. Susana ingresó a la Universidad y allí conoció a un estudiante mayor que ella y simplemente terminó con Bruno.

Por segunda vez en su vida, Bruno sufrió una pena de amor, que fue mucho más dolorosa que la primera. El pecho lo sentía permanentemente oprimido y por las noches no podía dormir. Sufrió ataques de celos que a duras penas podía reprimir. Para ir al liceo evitaba pasar por delante de la casa de Susana, por temor a verla junto a su nuevo amante. Las demás jovencitas del colegio seguían revoloteando a su alrededor, pero a él le tenían totalmente sin cuidado. Ni siquiera las miraba.

Viéndolo tan deprimido, al cumplir Bruno los diecisiete años de edad en septiembre de 1968, su tío Herman quiso celebrarlo en la para él mejor forma de celebrar los acontecimientos importantes en la vida de los hombres: lo llevó al prostíbulo de «La Carlina».

Herman, que no estaba al tanto de la vida sentimental de su sobrino, pensaba iniciarlo en la vida sexual a la usanza tradicional en el Chile de aquella época: llevándolo a una casa de putas.

Bruno no estaba interesado en las prostitutas, aunque sentía la misma curiosidad de sus amigos que en sus conversaciones generalmente se referían a la famosa cabrona y sus míticas asiladas. Simplemente aceptó la invitación de su tío, quien atribuyó su falta de entusiasmo al nerviosismo propio de todo principiante en el tema.

Los primeros momentos en el prostíbulo fueron realmente decepcionantes para Bruno, pues las «niñas» de «La Carlina» que estaban en el salón eran todas mujeres viejas, pasadas en el peso y pintarrajeadas. Ninguna de ellas se asemejaba ni de lejos a la escultural Susana. Bruno no regresó a la calle de inmediato para no desairar a su tío quien, sintiéndose en su casa, ya había pedido una botella de pisco. De la cual dos prostitutas comenzaron a beber. Bruno no estaba acostumbrado a beber alcohol, por lo que el licor le hizo efecto enseguida. Pronto estuvo borracho. Entonces desde la calle entraron tres mujeres jóvenes que llegaban a trabajar. En la semioscuridad del salón, a Bruno le pareció que una de ellas tenía cierto parecido con Susana, le dio un vuelco el corazón y la sacó a bailar. La muchacha era tan alta como Susana, aunque su cuerpo no era duro y flexible como el de aquella. Dentro de su borrachera, al joven le pareció estar bailando con su ex amante y por eso no puso reparos cuando la prostituta, después de conversar brevemente con el tío Herman, lo condujo a su pieza. Ella misma le ayudó a desnudarse y cariñosamente lo recostó en el lecho. Luego la mujer se desvistió y se acostó a su lado, colmándolo de caricias. Las expertas manos y suaves piernas despertaron el deseo en el joven, que se tendió sobre la joven. El brusco cambio de posición en la cama y el afán por penetrar a la mujer, le produjo súbitas náuseas. Sin poder evitarlo, comenzó a vomitar. La asilada se levantó con presteza y sin enojarse lo ayudó a desocupar su estómago en una bacinica que sacó de debajo de la cama. Después abrió un ventanuco para que la habitación se ventilara, limpió el piso, se lavó las manos y regresó junto a Bruno. Cuando éste se repuso de su malestar, volvieron a comenzar desde el punto en que habían quedado. Un par de horas más tarde, la joven ayudó a vestirse al muchacho y lo condujo de regreso al salón donde lo estaba esperando el tío Herman. Al despedirse, para sorpresa de Bruno, la asilada le dijo:

—Nunca había estado con alguien con unos ojos tan lindos como los tuyos.

Bruno comenzó a pololear con María Cristina y la vida volvió a su cauce normal. María Cristina era una joven y agraciada morena, compañera de curso de Sofía en el Liceo Experimental. A partir de entonces, para todos los efectos familiares y sociales, María Cristina fue su novia oficial.

La muchacha era ferviente católica y las relaciones sexuales prematrimoniales no figuraban en su conducta, por lo que Bruno se desahogaba fuera del noviazgo. Sin que le remordiera para nada la conciencia, siempre encontró muchachas no creyentes, o creyentes pero no fanáticas, dispuestas a gozar con él de las delicias del himeneo. También tuvo algunos enredos con mujeres divorciadas, separadas o casadas alegremente infieles.

El joven jamás se percató de que María Cristina adivinaba su conducta. Aquella hipocresía aceptada por todos formaba parte del discreto juego de la doble moral de la sociedad chilena de aquella época. La joven novia evitaba pensar en las escapadas de Bruno porque le molestaban y herían su orgullo, pero en su fuero interno se sentía aliviada ya que de esa forma el joven no le pedía a ella hacer aquello que su cuerpo también le exigía, pero que estaba vedado por su religión.

Hans, el hermano mayor de Bruno, egresó con distinciones de la Enseñanza Media e ingresó a la Universidad de Chile a estudiar Ingeniería. En 1969, cuando estaba cursando con éxito el segundo año en la Facultad, en la fiesta de su vigésimo cumpleaños su

padre lo sorprendió besándose con un compañero de la Universidad, con el que pasaba la mayor parte del tiempo.

Walter perdió el dominio de sí mismo y se abalanzó sobre los jóvenes, golpeándolos a ambos. La oportuna llegada de Marta, Bruno y el tío Herman evitó que la sangre llegara al río, pero no pudieron impedir que el padre expulsara inmediatamente a su hijo de la casa. En la mente de Walter no cabía la posibilidad, ni menos la certeza, de tener un hijo homosexual. Aquello lo sintió como una ofensa a su familia y fue un rudo golpe a su orgullo.

A Hans no le quedó más remedio que irse de la casa paterna. Para sobrevivir desempeñó diversos trabajos temporales pero debió abandonar los estudios en la Facultad. Gracias a la ayuda económica clandestina de su madre, con la cual siguió viéndose a escondidas del resto de la familia, Hans pudo arrendarse una pieza en una residencial de la calle Catedral. Durante un buen tiempo, Bruno perdió de vista a su hermano.

La residencial estaba instalada en una vieja casa de dos pisos de murallas de tabiques de vigas y reglas de madera, rellenos de barro con paja y enlucidos con yeso. Desde la calle se subía un par de peldaños por una escala de piedra de la entrada principal. Después de atravesar un pequeño rellano se llegaba a un salón en cuyo techo, de la altura de los dos pisos, había media docena de claraboyas de vidrio por las cuales penetraba, amarillenta y atenuada por el polvo acumulado, la difusa luz del día. El largo pasillo que llevaba a la cocina, el comedor y los servicios higiénicos habilitados en el fondo de la vivienda, estaba flanqueado por las puertas de las piezas que la arrendataria del inmueble subarrendaba a estudiantes y personas solas, a las cuales les estaba prohibido recibir visitas en su habitación. Con la salvedad del espacio ocupado por el salón de la entrada, en el segundo piso se reproducía la distribución del pasillo y las piezas

del primero. En las habitaciones del frontis del piso bajo, que junto a las del piso superior eran las únicas que tenían ventanas, vivía la dueña de la residencial, junto a una hija semiparalítica y su marido, un viejo completamente inútil. Las dos habitaciones a la calle del segundo piso eran las más caras de la residencial. En una de ellas vivía un profesor de liceo, solterón empedernido, que le gustaba jugar al ajedrez y en la otra una vieja reumática y cascarrabias, que veía la suerte con los naipes, y su gato. El resto de las habitaciones de la casa carecía de ventanas y se mal ventilaban a través de un tragaluz rectangular con celosías de madera ubicado sobre la puerta, que se podía abrir inclinando sus hojas hacia adentro. La única fuente de iluminación de aquellas piezas era una solitaria ampolleta colgada en el extremo de un cable eléctrico pendiente del techo. Los residentes tenían prohibido preparar alimentos en sus piezas, pero podían escuchar la radio a bajo volumen. Si querían servirse una taza de té a deshora tenían que ir a buscar agua caliente a la cocina de la residencial. Para lavar y planchar la ropa, pagando extra, la dueña de la residencial les facilitaba el lavadero de la casa y les permitía usar de una plancha eléctrica de su propiedad. La ropa se podía tender a secar en los cordeles que para tal efecto había en un patio diminuto. La dueña de la residencial le proporcionaba a sus huéspedes desayuno, almuerzo y cena, cuyo valor estaba incluido en el arriendo de las piezas. Estas comidas se servían a horas fijas en el comedor de la casa.

El problema que más irritaba a Hans era el uso de los dos baños por las mañanas. Todos los huéspedes se levantaban casi al mismo tiempo y hacían una larga cola ante la puerta de los escusados, que además del inodoro sólo tenían un lavamanos. Cada cual tenía que hacer sus necesidades y lavarse la cara y los dientes de prisa, apremiado por las protestas de los que esperaban en la cola. Comprensiblemente, todos tenían que ir a sus respectivas obligaciones y nadie quería llegar tarde. Hans le encontró una

solución a aquel problema, levantándose mucho más temprano que el resto.

### 3

## **EL SERVICIO MILITAR**

En diciembre del año 1969, Bruno rindió la Prueba de Aptitud Académica para entrar a la Universidad pero, en cambio, en abril del año siguiente ingresó al Ejército a cumplir el Servicio Militar Obligatorio por un año.

Su padre se oponía a ello con el argumento de que para un joven inteligente como él, hacer el Servicio Militar durante un año era la forma más absurda de perder el tiempo, que a lo sumo se podía aceptar hacerlo durante tres meses como estudiante. Pero Bruno se empeinó. En parte por contradecir a su padre, del cual se había distanciado a causa del problema surgido con su hermano Hans y en parte porque le atraía la idea de salir durante un año de la casa paterna, donde había pasado toda su vida.

Bruno quería hacer el Servicio Militar en el Regimiento de Coraceros de Viña del Mar, donde los milicos andaban a caballo, lo que a él le parecía excitante y divertido. Además, varios amigos del Liceo, que tenían padres tan autoritarios como el suyo, estaban entusiasmados con la aventura de hacer juntos el Servicio Militar. En el fondo, todos los muchachos querían escapar de aquella forma de las reglas hogareñas impuestas por sus progenitores.

En aquel tiempo, muchas personas creían que el Servicio Militar mejoraba la personalidad de los jóvenes desarrollando una serie de cualidades como la disciplina, el sentido del deber y del honor, y, lo más importante, que proporcionaba una formación militar, aunque esto último nadie sabía explicar en qué consistía, ni que sirviera para algo.

En concreto, a Bruno le fallaron dos de sus previsiones más importantes. Primera: ninguno de sus amigos quedó en el Servicio Militar porque a unos los dejó fuera el sorteo que hicieron los milicos ante el exceso de contingente y a los otros sus padres consiguieron eximirlos llamando por teléfono a algún amigo influyente. Y, segunda: a él lo destinaron al Regimiento Buin, que tenía sus cuarteles en la misma ciudad de Santiago, al poniente del cerro San Cristóbal.

El día en que los conscriptos se presentaron a reconocer cuartel, los Cabos los recibieron casi amablemente. Los hicieron formar en el patio, les pasaron lista y marchando, aunque sin ninguna marcialidad, los llevaron a los dormitorios. Allí los reclutas dejaron sus pertenencias en unos armarios individuales que cerraron con los candados que les habían dicho anteriormente que llevaran consigo.

En el pañol les dieron el uniforme de trabajo: pantalones y camisa de tosca mezclilla, gorra de género, calcetines y un par de bototos. En los dormitorios se cambiaron la ropa y vestidos con su nueva tenida salieron al patio, donde los Cabos los dividieron en escuadras de acuerdo a su altura. En seguida apareció un Sargento y se acabó de golpe toda la amabilidad.

—¡Conscriptos! —gritó el Sargento—. ¡Ahora son ustedes Soldados de la Patria! ¡Hasta ayer, ustedes eran civiles inútiles, pero aquí los vamos a transformar en soldados, en hombres! ¡Para

eso, lo primero que tienen que hacer es aprender a cuadrarse!  
¿Entendido?

Atónitos, los reclutas se miraban entre ellos y se escuchó un murmullo en la formación.

—¡En la fila nadie habla! —gritó el Sargento.

De inmediato se hizo el silencio. En el rostro de los jóvenes se veía reflejada la sorpresa y el susto producido por la amenazante actitud del Sargento.

—¡Cuando se les pregunte algo, sólo tienen que contestar: «sí o no, mi Sargento»! ¿Entendido?

—¡Sí, mi Sargento! —respondió en forma desordenada y titubeante la formación.

—¡Deben responder todos a una y con voz de hombre!

¿Entendido?

—¡Sí, mi Sargento!

—Esto está mejor. ¡Pero todavía les falta mucho! ¡Ahora van a ir a cortarse el pelo!

El Sargento dio media vuelta, los Cabos tomaron el mando y comenzaron a ladrarles. De aquella forma abrupta y sin ningún respeto por las susceptibilidades individuales, el nuevo contingente de reclutas quedó incorporado al Ejército. Trotando los llevaron a los peluqueros quienes les dejaron las cabezas rapadas como cepillos. Debido a aquel singular corte de pelo, el pueblo llamaba «pelados» a los conscriptos.

Al día siguiente, después del frugal desayuno, los Cabos comenzaron a darles la «Instrucción Militar», que consistía en formar, marchar y obedecer las voces de mando en su lugar y en movimiento. Los conscriptos que se equivocaban, pagaban al

contado con flexiones, tiburones, sapitos, punta y codo y la calle del medio. Las «flexiones» consistían en flexionar los brazos tendido de bruces en el suelo apoyándose sólo en las palmas de las manos y en las puntas de los pies. Los «tiburones» eran saltos que se daban en la misma posición anterior, golpeando las palmas y los pies mientras se estaba en el aire y luego amortiguar la caída con las manos. Después de hacer algunos tiburones, al perder la rapidez y la fuerza de los brazos, la mayoría de los conscriptos terminaba estrellando la cara en el suelo. Pero todos debían completar la cantidad de tiburones ordenados a fin de evitar las patadas que los Cabos les daban a los que no podían continuar. Los «sapitos» eran saltos que se daban en cuclillas, con las manos tomadas en la espalda. A veces este castigo se endurecía obligando al castigado a llevar el fusil atravesado en la parte trasera de las piernas entre los mulos y las pantorrillas. El «punta y codo» era un ejercicio que consistía en arrastrarse de bruces por el suelo usando para ello sólo los codos y las puntas de los pies. La «calle del medio» era el castigo más brutal y consistía en una doble fila de conscriptos por entre las cuales debía pasar a la carrera el castigado, mientras sus camaradas le daban puñetes a medida que iba pasando. A los conscriptos que no pegaban o lo hacían sin fuerza, los Cabos, que controlaban atentos aquellos castigos, los hacían pasar a su vez por la calle del medio. Con estos duros métodos, en pocos días los conscriptos habían aprendido a no tenerse miramientos entre ellos.

También era muy común que los Cabos castigaran a toda la escuadra por los errores de un solo recluta. La finalidad de estas medidas era indisponer a todos los conscriptos con el compañero incompetente. Una forma muy «sui géneris» de crear el espíritu de cuerpo.

Mientras los Cabos intentaban transformar a los reclutas en autómatas, haciéndoles obedecer sus órdenes sin reflexionar, los

Sargentos trataban de inculcarles lo que ellos llamaban «Doctrina Militar».

—Los militares nos distinguimos de los civiles por muchas cosas. La más importante de todas ellas, es la disciplina. En el Ejército las órdenes se cumplen. Por eso aquí todo anda como un reloj. ¿No es cierto?

—¡Sí, mi Sargento! —contestaban los jóvenes, que ya habían aprendido a decirle siempre sí a los Sargentos.

—¡Aquí no hay asambleas, como en los sindicatos!

—¡Sí, mi Sargento!

—¡Aquí, si un superior da una orden, primero se cumple la orden y después se pregunta!

—¡Sí, mi Sargento!

—¡Aunque ustedes mismos, muy pronto se van a dar cuenta que más vale no preguntar! ¿Entendido?

—¡Sí, mi Sargento!

Durante las primeras semanas, desde temprano por la mañana hasta la tarde, mantuvieron a los conscriptos trotando y marchando. A fuerza de flexiones, tiburones, sapitos, punta y codo y calles del medio, éstos terminaron por aprender los giros y las evoluciones.

El día en que los reclutas fueron capaces de distinguir sin equivocarse entre la izquierda y la derecha, pasaron a lo que ellos llamaban «Instrucción Comando». Había un terreno de entrenamiento con una doble pista llena de obstáculos. Allí los conscriptos tenían que correr por encima de unos troncos; pasar a la carrera por el canto de unas vigas colocadas sobre caballetes, a un metro y medio del suelo; arrastrarse por la tierra debajo de unos alambres de púas tendidos a baja altura; subir unas escaleras de cuerdas adosadas a un muro y saltar al otro lado; subir corriendo por la falda del cerro y luego regresar a la carrera. Todo aquello cargando el equipo de combate, incluido el fusil. Los primeros dos

meses estuvieron entrenando todas las mañanas, haciendo competencias entre las escuadras. Aquellos ejercicios eran muy duros. Los conscriptos terminaban agotados.

Después de almorzar les hacían clases de «Teoría», que consistía en el significado de los parches en los uniformes, las estrellas y las demás insignias con que se distinguían los grados y la antigüedad y la escala jerárquica dentro del Ejército. Debido al sofocante calor que hacía en las salas, los reclutas se quedaban dormidos en las clases. El Sargento instructor de «Teoría» del grupo de Bruno, se pasaba todo el rato lanzándoles pedazos de tiza a los dormidos. Al recibir el bombardeo en la cabeza, éstos despertaban por algunos instantes, pero luego, debido a la relajación provocada por el bochorno reinante, se volvían a dormir. Los que no lograban mantenerse despiertos, eran enviados a meter la cabeza en el chorro de agua de un grifo que había en el patio.

Un día les enseñaron la música y les entregaron la letra del himno del Regimiento. Les dieron veinticuatro horas para aprendérselo de memoria. A partir de aquel momento, por todos los rincones del cuartel se escuchó a los conscriptos ensayar los versos de aquella marcha, hasta que pudieron cantarla sin equivocarse.

A continuación comenzó la «Instrucción de Armamento». A los conscriptos les enseñaron a armar y desarmar el fusil y a disparar con él. El funcionamiento de las ametralladoras pesadas y de los cañones lo aprendieron sólo en forma teórica, pues no llegaron a disparar con aquellas armas. La «Instrucción de Armamento» fue muy superficial, sólo para que los reclutas tuvieran un conocimiento general. Por estar ellos de paso en el Ejército, los oficiales no se atrevían a enseñarles todos los secretos porque tenían desconfianza. Temían que una vez licenciados, los conscriptos contaran aquellas cosas. Los instructores les

aseguraban de que en caso de guerra, aquellas prácticas superficiales les iban servir de base para la instrucción verdadera.

Cierta mañana, el conscripto Mateluna, de quien Bruno se había hecho amigo, llegó atrasado a la formación. Como castigo, el Sargento lo hizo hacer diez tiburones. Cuando comenzaron las evoluciones, nervioso aún por el castigo recibido y los insultos del Sargento, Mateluna hizo un giro equivocado. El Sargento ordenó el alto a la compañía y al infractor le gritó:

—¡A ver tú! ¡Un paso al frente!

Mateluna dio un paso al frente.

—¡Tú, ven aquí! —le ordenó a Bruno.

Saliendo de la formación, Bruno se fue a cuadrar frente al Sargento:

—¡A su orden, mi Sargento!

—¡Pégale un puñete a este huevón!

El joven se acercó a su amigo y con la mano abierta le dio un suave golpe en la cara. El Sargento se enojó y le dio a Bruno un puñetazo en la barbilla, que le hizo crujir las quijadas, gritándole:

—¡Aprende a pegar, huevón!

Luego le asestó un puñete en la cara a Mateluna, que lo dejó de rodillas en el suelo.

—¡Así se pega! —gritó el Sargento.

A Bruno le zumbaban los oídos y todo le daba vueltas. El Sargento se le acercó, de modo que al hablar su pestilente saliva le salpicase el rostro.

—¿Estái enojao? —le gritó.

Él deseaba apartarlo de un puñetazo pero, conteniéndose a duras penas, le respondió:

—No, mi Sargento.

Pero ante la impotencia y la humillación no pudo evitar que algunas lágrimas de indignación le corrieran por la cara. Al verlo en ese estado y dándose cuenta de que a pesar de las lágrimas a Bruno le salían llamas por los ojos, el Sargento volvió a colocar su alcoholizado rostro junto su cara, gritándole:

—¿Estái enojao?

—¡No, mi Sargento! —replicó el joven, controlando a duras penas su rabia.

Dijo que no estaba enojado, porque intuyó que de lo contrario el Sargento lo iba a provocar dándole otro puñetazo. Anduvo una semana con la cara hinchada y la mandíbula adolorida y sin poder masticar por no pegarle a su amigo. De aquella forma aprendió que los soldados no podían enojarse ante los abusos de sus superiores, ni sentir dolor, ni tener amigos, ni sentimientos; que debían comportarse como si fueran superhombres, porque el que mostraba flaquezas lo pasaba muy mal en el Ejército.

Bruno se daba cuenta de que con aquellos malos tratos y humillaciones, lo que querían los militares era anularlos como individuos, despojarlos de sus personalidades, acabar con todo

espíritu de crítica, meterles en sus cerebros el reflejo condicionado de la obediencia automática, para transformarlos en máquinas. Por lo demás, los Sargentos lo decían abiertamente: querían anular en los reclutas todo aquello que consideraban «vicios civiles», para transformarlos en «milicos», deshumanizado estado que ellos consideraban «superior». Bruno terminó dándose cuenta de que todas aquellas irracionales manifestaciones de fuerza bruta arrancaban de un profundo y claro sentimiento de inferioridad.

Sólo un Sargento era un hombre normal, que no se tomaba en serio la disciplina del Ejército. Por alguna razón, la brutalidad que reinaba en la Institución no lo había conseguido quebrar. Era el único que dejaba a los conscriptos hacer las guardias tranquilos, que no andaba espíándolos para sorprenderlos en falta. Cuando en su ronda nocturna sorprendía a un recluta de guardia cabeceando, lo despertaba sin escándalo. En cierta ocasión, este Sargento encontró a Bruno durmiendo en la posta. Aprovechando aquella circunstancia le sacó el fusil de entre las rodillas y lo fue a esconder. Luego regresó y despertó al muchacho.

—¡Conscripto! ¿Dónde dejó su fusil?

Bruno casi se desmayó de terror, porque sabía que perder el arma estando de guardia, era un asunto muy grave.

—¡Te tengo que llevar a la guardia! —le dijo el Sargento—. Si has perdido el fusil te tenemos que hacer un sumario. ¡Ésto te va a costar varios años de cárcel!

Camino a la guardia, Bruno iba desesperado, a punto de llorar. De pronto, el Sargento le dijo:

—¿Te das cuenta de la gravedad de tu falta?

Abatido, Bruno no le respondió.

—Si estuviéramos en guerra, te tendríamos que fusilar.

Al pasar junto a unos tarros para la basura, el Sargento miró adentro de uno de ellos y dijo: “¿No será tu fusil éste que está aquí?” Y sacando el fusil del tarro, se lo entregó.

—¡Que ésto no te vuelva a suceder nunca más, pelado de mierda!

A Bruno le volvió el alma al cuerpo. Reconociendo que se había escapado de un buen lío y que el susto que el Sargento le había hecho pasar se lo tenía bien merecido, no pudo evitar que las lágrimas de agradecimiento le corrieran por el rostro.

No tuvo la misma suerte Mateluna, el conscripto físicamente más débil de la escuadra de Bruno. Este recluta se destacó, desde el comienzo, por el ingenio con que discurría rápidas respuestas en justificación de sus errores y los graciosos sobrenombres que le puso a los Cabos y los Sargentos. De esta última habilidad, para su desgracia, tampoco pudieron escapar sus compañeros, algunos de los cuales se molestaron con los acertados apodos que les colocó. Al Sargento más bruto del Regimiento, le apodó «La Burra». Este Suboficial se había destacado, desde el comienzo, por la grosería y prepotencia con que trataba a los conscriptos. Era «barrero», es decir, tenía abiertas preferencias por ciertos reclutas y además estimulaba el soplónaje entre ellos. En torno al Sargento se formó un grupo de aduladores que obtenían pequeñas granjerías como librarse de realizar las tareas más pesadas y odiosas: limpiar con las manos los excusados, pelar papas en la cocina y, sobre todo, hacer guardias nocturnas.

A los conscriptos preferidos del Sargento, Mateluna los bautizó «Burritos». Todo el mundo los conocía por aquel apodo. Hasta los oficiales les decían a gritos: “¡A ver tú: «Burrito González»!, o bien, “¡Ven aquí «Burrito Garrido»!” A los Cabos que estaban bajo el mando de «La Burra», todos los cuales habían comenzado su carrera militar como «Burritos», les puso el apodo de «Burros».

Con estos apodos, aquellos milicos se transformaron en el hazmerreír del Regimiento. En un comienzo ninguno de ellos pudo averiguar quién había sido el ingenioso culpable de tal atentado a su orgullo militar. Pero llegó el fatal día en que uno de los burritos confirmó sus sospechas y luego de obtener el nombre de Mateluna de boca de un lenguaraz, aquellos que nunca faltan, corrió a comunicárselo al Sargento. «La Burra» juró vengarse y le dio instrucciones a sus «Burros» de apretarle los tornillos a Mateluna. A partir de aquel día, toda la compañía, y especialmente la escuadra de Bruno, fue testigo del acoso que comenzó a sufrir aquel conscripto.

El «Burro» a cargo de la escuadra provocaba a Mateluna y cada vez que éste se equivocaba o le faltaban las fuerzas para terminar junto con los demás, los abusivos ejercicios que le exigía el Cabo, el joven era sometido a crueles castigos, que cada vez se hicieron más sádicos.

Una semana después de iniciada la campaña en contra de Mateluna, éste se encontraba al límite de sus fuerzas debido a las flexiones, tiburones, punta y codo, sapitos y carreras adicionales portando todo el equipo. Entonces el Cabo lo hizo pasar por la calle del medio. Mateluna pasó entre la doble fila de conscriptos pero ninguno de ellos lo golpeó. El Cabo se puso furioso. Amenazó a la escuadra con los castigos del infierno si no lo golpeaban e hizo pasar al muchacho por segunda vez. A punto de desmayarse, el recluta pasó sin recibir ningún castigo. Casi al final

de la calle del medio tropezó, cayó y sus compañeros le ayudaron a levantarse.

Atraído por los furiosos gritos del Cabo llegó «La Burra» quien, al enterarse de lo sucedido, castigó a toda la escuadra con tres días de arresto y le ordenó a otro Cabo que formara con su escuadra una nueva calle para pasar a Mateluna por el medio. Algo recuperado, el conscripto intentó pasar corriendo pero lo hizo en cámara lenta. Sólo lo golpearon los tres «Burritos» que había en la formación. El resto de los conscriptos se abstuvo de castigarlo. Fuera de sí, el Sargento le ordenó a los Cabos presentes formar una calle del medio y tomando a Mateluna del cuello lo lanzó en medio de los Cabos. Éstos recibieron al muchacho como perros furiosos, castigándolo incluso cuando ya el joven estaba inconsciente.

Terminada aquella exhibición de firmeza militar, «La Burra» y algunos de los «Burros» se retiraron del lugar, sin prestarle atención a Mateluna que permanecía inmóvil en el suelo. El Cabo que había sido el responsable de todo aquel barullo se acercó al muchacho y, dándole una patada, le gritó:

—¡Levántate, Huevón!

Mateluna no se movió. Un conscripto se acercó al caído y lo examinó.

—¡Está inconsciente, mi Cabo! —gritó.

El Cabo le echó un vistazo y ordenó:

—¡Llévenlo a la enfermería!

De la enfermería del Regimiento lo trasladaron al Hospital Militar, donde no pudieron volverlo a la vida. Lo único que le permitieron

hacer a la madre de Mateluna, fue acompañar el cadáver de su hijo al Cementerio General. Nadie le informó de las circunstancias de la muerte de su hijo, con la intención de echarle tierra al asunto. «La Burra» y su cuadrilla de aduladores siguieron en sus actividades como si nada hubiese ocurrido, incluso ufanándose de aquel suceso.

El mismo día en que los conscriptos salieron con licencia a la calle, Bruno fue a visitar a la madre de Mateluna en su modesta vivienda y le contó lo que había ocurrido en el Regimiento.

—¡Nadie me devolverá a mi hijo!

—Es cierto que él no podrá revivir, pero usted tenía derecho a conocer la verdad. Además yo creo que se debe castigar a los culpables.

—¿Qué puedo hacer?

—¿Por qué no consulta a un abogado?

—No tenemos dinero. Somos muy pobres.

—En el Colegio de Abogados le pueden dar ayuda gratuita. Yo creo que los milicos tendrían que darle una indemnización.

La madre de Mateluna fue al Colegio de Abogados en busca de asistencia jurídica. Algunas semanas más tarde un juez ordenó la exhumación del cadáver para hacerle una autopsia. Entonces la prensa denunció el hecho y algunos parlamentarios de la oposición interpellaron al gobierno. Un gran revuelo conmovió al Regimiento. «La Burra», los «Burros» y los «Burritos» trataron de averiguar cómo se había filtrado la información sobre la muerte del conscripto, pero tuvieron que quedarse quietos cuando el Alto Mando del Ejército, presionado por el escándalo que se había producido, ordenó la apertura de un sumario interno. El Fiscal Militar interrogó a todos los que participaron en aquel suceso y días después corrió la voz de que «La Burra» y algunos de sus «Burros» estaban bajo arresto a la espera de ser dados de baja del

Ejército. La madre del conscripto Mateluna se tuvo que conformar con la indemnización que le dió el Gobierno y dentro del Regimiento todo quedó listo para continuar.

Cierto día los Sargentos anunciaron que saldrían de maniobras, que habría un simulacro de guerra. A partir de aquel instante, todos se dedicaron a poner en orden su equipo de combate. El día anterior al inicio de las maniobras, a cada uno de los conscriptos les entregaron una bolsita con alimentos que contenía un pan, parecido a un pan de pascua, una especie de queque y una barra de chocolate. En forma perentoria, el Sargento les dijo:

—Este alimento les tiene que durar diez días. Para que les alcance, tendrán que empezar a comer cuando ya no aguanten más el hambre. De lo contrario, no les va a alcanzar. ¡Y más comida no van a recibir! ¿Está claro?

—¡Sí, mi Sargento!

—¡Combatiremos contra los «rojos», ellos serán nuestros enemigos! ¡Como soldados chilenos, nosotros vamos a defender la patria! ¿Entendido?

—¡Sí, mi Sargento!

Desde el primer día en el Ejército, los Sargentos habían estado diciéndole a los reclutas que los comunistas eran los «rojos», quienes querían transformar a Chile en un satélite de Rusia; que los marxistas eran extremistas que se infiltraban en los sindicatos para dividir a los chilenos propiciando la lucha de clases y que ésta era una idea foránea, completamente ajena a la realidad nacional.

Según el Sargento, en las maniobras de guerra que iban a efectuarse, el papel de los rojos lo iban a desempeñar los soldados del Regimiento Tacna.

—Ellos serán los rojos, los enemigos. Nosotros seremos los chilenos.

Tiempo después, los conscriptos se enteraron de que a los reclutas del Regimiento Tacna, les habían dicho que los rojos, sus enemigos, eran los soldados del Regimiento Buin y que los chilenos eran ellos.

En la madrugada del día indicado, una columna de camiones militares cargados de soldados salió del Regimiento rumbo al Campo de Maniobras de Peldehue, lugar situado pocos kilómetros al norte de Santiago, en un sector de la precordillera al que Bruno y sus amigos del barrio solían ir de excursión. Más allá del pueblo de Colina la columna se internó entre los cerros, donde acamparon. Durante tres días estuvieron haciendo guardias día y noche porque, según les decían, en cualquier momento el enemigo iba a atacar. Durante las noches cambiaban de posición y sólo les daban agua para beber. Al finalizar el segundo día, Bruno no soportó más el hambre y empezó a comerse el pan de pascua, que era muy duro y tenía un gusto extraño.

Un día al amanecer, cuando ya los conscriptos estaban aburridos con el hambre, el frío de las noches, el excesivo calor del día y la inactividad, sorpresivamente fueron atacados. Ambos bandos usaban balas de fogueo y, salvo aquel detalle, el resto parecía una guerra de verdad. Al día siguiente las balas de salva se acabaron, sin duda mucho antes de lo planeado. Entonces los oficiales dieron por finalizadas las maniobras. Éstas terminaron en empate, con igual número de camiones descompuestos por cada lado. Los conscriptos recibieron con grandes muestras de alegría el término de la guerra, ya que todos habían agotado los alimentos de la bolsita y estaban pasando hambre. La sed no les había hecho sufrir

demasiado, gracias a la corta ración diaria de agua. Al regreso, en el Regimiento volvió la normalidad.

Una noche, después de haber hecho la guardia nocturna del primer turno, Bruno se acostó en su litera pensando sólo en descansar. Pero no durmió demasiado porque tuvo una pesadilla y despertó sollozando. Había soñado que en el patio del Regimiento, él y los conscriptos de su escuadra hacían bajar de los camiones militares, golpeándolos con las culatas de sus fusiles, a un grupo de civiles que traían prisioneros, a los que obligaban a tenderse boca abajo en el suelo. Les obligaban pasar corriendo sobre los presos que se quejaban de dolor, pero nadie se atrevía a desobedecer a los Oficiales. Después les ordenaban disparar sobre aquellos hombres. Algunos se retorcían con los impactos, mientras otros quedaban inmóviles. En medio de aquella balacera, Bruno despertó llorando. Aunque pudo comprobar que había sido una pesadilla, le fue imposible volver a conciliar el sueño.

Durante el período posterior a las maniobras, los Sargentos se dedicaron a resaltar la importancia que según ellos tenía el uniforme, con el propósito de que algunos conscriptos se quedaran como soldados de planta.

—Ustedes son uniformados y como tales tienen prioridad frente a los civiles. Cuando vayan al cine o al estadio, no se pongan en la cola. Vayan directamente a la boletería, digan “con permiso” y compren su entrada. Los uniformados no deben hacer cola.

Los reclutas pensaban que el Sargento estaba bromeando, porque todos ellos sabían que las cosas no se daban así en la sociedad. Si a un milico se le hubiera ocurrido pasar a llevar una cola para comprar entradas al estadio, la gente habría protestado y lo habrían tapado a garabatos. Pero el Sargento insistía:

—Los uniformados tenemos prioridad en todas las cosas de la vida cotidiana. Estamos en primer plano.

Los conscriptos se reían por lo bajo, sin saber si el Sargento estaba bromeando o si realmente creía que aquellas cosas sucedían en la realidad.

Las maniobras habían finalizado unas semanas antes de las elecciones presidenciales del año 1970. Aunque sólo los Oficiales tenían derecho a voto, los Sargentos y los Cabos comentaban abiertamente que el candidato de las fuerzas de derecha, el señor Alessandri, sería el ganador. El día de las elecciones, como era tradicional en el país, las Fuerzas Armadas tuvieron la misión de asegurar el orden y la normalidad del proceso. Durante aquel día, a la compañía de Bruno le correspondió estar apostada en el local de un liceo de la Avenida Recoleta, transformado en local receptor de sufragios. La elección transcurrió en absoluta calma, sin que ocurriera ningún incidente. Al cumplír las ocho horas reglamentarias, las mesas se cerraban y se daba comienzo al recuento de los votos. Una vez terminado el escrutinio de todas las mesas y cerrado el local de los comicios, la compañía de Bruno fue recogida por un camión militar y llevada al Regimiento. Los conscriptos llegaron cansados y todos se acostaron inmediatamente después de la cena. Al día siguiente se enteraron del resultado de la elección: había ganado Salvador Allende.

A fines del mes de octubre, el Regimiento fue acuartelado. Los conscriptos no recibieron ninguna información de lo que estaba ocurriendo en el país. Pero el ambiente era muy tenso y los reclutas se hacían todo tipo de conjeturas. Días después se supo que un grupo de civiles de extrema derecha, complotados con algunos militares, había asesinado al Comandante en Jefe del Ejército, que

se oponía a dar un golpe de estado para impedir que Salvador Allende fuese investido como Presidente de Chile. No obstante, el Presidente Electo asumió el mando de la nación en la fecha prevista: el 4 de noviembre de 1970.

Sin alterarse por aquellos trágicos acontecimientos que conmovían al país, los Sargentos proseguían con su campaña de captación de futuros soldados de planta.

—Los civiles son indisciplinados y sin disciplina nada puede funcionar. Hace falta alguien con autoridad que ordene lo que hay que hacer. Aquí en el Ejército, este problema está resuelto porque aquí funciona la verticalidad del mando, aquí mandan nuestros superiores y a ellos obedecemos. Por eso aquí todo funciona como un reloj. Estamos orgullosos de nuestra disciplina prusiana.

Los conscriptos sabían muy bien, por haberla sufrido en carne propia, en qué consistía la disciplina prusiana de la que estaban tan orgullosos los Sargentos. Algunos reclutas comentaban que a los milicos de planta les habían lavado el cerebro, metiéndoles en la cabeza la idea de que había que obedecer sin chistar a cualquiera que llevara galones en el uniforme.

—Por eso hemos vencido en todas las guerras.

Aquellos Sargentos ignoraban que las inmensas riquezas provenientes del salitre y de las minas de cobre que los chilenos de uniforme, a costa de su sangre, les habían arrebatado a los pueblos vecinos, habían ido a parar a manos de las empresas extranjeras que estuvieron detrás de aquella guerra. Aquel aspecto de la historia no se enseñaba, ni jamás se enseñaría, en las escuelas de Chile.

—Nadie debe emborracharse de uniforme, ni andar con guaguas en brazos, porque eso desentona. ¡Debemos honrar el uniforme!

A pesar de la intensa campaña de captación desplegada por los Sargentos, a la hora de la licenciatura del Ejército, en marzo de 1971, sólo media docena de jóvenes campesinos sin instrucción, provenientes de familias muy pobres, decidieron quedarse como soldados de planta. Otros tantos ingresaron al Cuerpo de Carabineros. Bruno salió de las filas con el grado de Sargento de Reserva, convencido de haber perdido un año y encontrándole, aunque tardíamente, toda la razón a su padre. La instrucción militar recibida había sido muy elemental. Para eso habría bastado con un mes de adiestramiento.

## 4

### **EN LA UNIVERSIDAD**

Antes de salir del Servicio Militar, Bruno rindió por segunda vez la Prueba de Aptitud Académica y en marzo del año 1971 ingresó a la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile.

En aquellos días su hermano Hans se preparaba a reiniciar sus estudios universitarios. Por intermedio de su madre, a la que veía con regularidad, su padre le había ofrecido ayuda económica para que pudiera terminar una carrera. Hans se había matriculado en la Universidad Técnica del Estado, porque había decidido estudiar ingeniería química.

Con asombro, Bruno descubrió que el éxito como estudiante de Derecho se lograba memorizando al pie de la letra los códigos y las materias que los profesores dictaban en sus clases y sustentando las teorías de éstos, sus apreciaciones y sus puntos de vista. Su excelente memoria, su puntual asistencia a las clases donde tomaba completos apuntes taquigráficos que después pasaba en limpio, le ayudaron a integrarse sin problemas al sistema de estudios imperante. Él mismo se sorprendió de la facilidad con que aprobó todas las primeras pruebas con distinciones. Pronto se extendió su fama de buen alumno, la que unida a su atrayente personalidad le hizo muy popular y apreciado entre sus compañeros y profesores.

Tal vez como una reacción al período de conscripción en el Ejército, en que debió usar el pelo cortado casi al rape, Bruno no volvió a cortarse su rubio y ondulado cabello, dejándolo crecer libremente. En pocos meses desarrolló una descomunal melena que peinaba al estilo afro, la que le sentaba muy bien.

Tal como había ocurrido en el liceo, en la Universidad la mayoría de las jóvenes se sentían atraídas por Bruno. Éste, que continuaba su relación amorosa con María Cristina, su novia pura, católica e intocable, comenzó a ser asediado por Rebeca, una hermosa joven de su misma edad, perteneciente a una adinerada familia santiaguina con un apellido de rancio abolengo. Rebeca tenía, además del estilo desenfadado y prepotente de los aristócratas chilenos, una contundente experiencia en el amor.

En lo único en que coincidían los chilenos poderosos con los humildes, era en que la virginidad de las mujeres no les preocupaba en lo más mínimo. Este era un valor defendido, con éxito relativo y escaso, sólo por las madres de las capas medias de la sociedad.

La ardiente Rebeca se enamoró a primera vista de la luminosa y azul mirada de Bruno y luego quedó enloquecida con su fogocidad en la cama y las técnicas amorosas que éste había aprendido de Susana. siempre se interpuso entre los jóvenes la relación de Bruno con María Cristina, que éste jamás le ocultó a su joven amante universitaria, y la situación política que vivía el país.

A Bruno le parecía que se necesitaba rescatar con urgencia las riquezas nacionales de manos de las empresas foráneas y llevar adelante el proyecto de justicia social que proponía el Presidente Salvador Allende y por eso se inclinaba a apoyarlo. Rebeca, en cambio, reaccionando de acuerdo con su claro sentido de clase, estuvo desde el principio ciegamente en contra de la Unidad Popular. A medida que pasaban los meses, aquella relación en la que Rebeca siempre llevó la iniciativa, se hizo insostenible y se rompió antes del término del año, el mismo día en que Bruno aceptó ser candidato a dirigente del Centro de Alumnos de la Escuela. A raíz de aquellas elecciones, a las que el joven se presentó como independiente con el apoyo de los estudiantes de izquierda, Rebeca le dio un ultimátum:

—¡Los «upelientos» o yo!

Bruno le respondió aceptando la candidatura. Fue elegido por abrumadora mayoría y Rebeca no volvió a mirarse en sus límpidos y azules ojos.

El año 1971 estuvo pletórico de acontecimientos que incidieron en la vida política y social del país: en las elecciones municipales del mes de abril, los partidos de izquierda alcanzaron la mitad de los sufragios, mientras los opositores lograron el cuarenta y ocho por

ciento de los votos; se redistribuyó el ingreso nacional en favor de los trabajadores, lo que le dio un gran impulso a la producción, que alcanzó ese año un crecimiento del ocho por ciento del producto geográfico bruto; se puso en marcha la Ley de Reforma Agraria aprobada durante el gobierno demócrata cristiano anterior, pese a la decidida oposición de los terratenientes (Los parientes de Bruno que eran dueños de fundos en el sur de Chile, se contaban entre los más furiosos); la reforma constitucional que permitió la nacionalización de los yacimientos de cobre fue aprobada con el voto unánime de todas las fuerzas políticas representadas en el Parlamento; mediante la compra de acciones, el Estado adquirió el dominio de la mayor parte de los bancos; con el fin de asegurar el desarrollo industrial se comenzó a crear el sector estatal de la economía bajo la dirección de la Corporación de Fomento a la Producción, y en noviembre de aquel año Fidel Castro visitó el país (Su presencia produjo alegría entre los trabajadores y repudio en los sectores reaccionarios de la sociedad chilena).

A raíz de la política, Bruno no solamente tuvo problemas con Rebeca. También entró en conflicto con su padre, que estaba en contra de Allende, y con su tío Herman quien, como dueño de micros y de camiones, era un decidido simpatizante del Partido Nacional. La familia de María Cristina, su novia, era demócrata cristiana, por lo que las preferencias políticas de Bruno no afectaron la relación entre ellos, por lo menos al comienzo del período allendista.

El tío Herman encontró de improviso la mujer de su vida. La joven se llamaba Angélica Fernández, era veinte años menor que él y tenía una larga e interminable parentela desparramada por todo el país. En su familia, establecida en Chile desde la Colonia, había de

todo: camioneros, empleados de cuello y corbata, dueños de minas, comerciantes, profesores primarios y de liceo, curas, secretarias, mecánicos, enfermeras, vendedores viajeros, carabineros, dueños de fundos, alcohólicos, pintores, torneros, marineros, abogados, matronas, militares, regidores, un diputado, un periodista y un par de médicos.

Don Nicanor, el padre de Angélica atendía personalmente el almacén de comestibles de su propiedad, establecimiento que le permitía mantener con decoro a su familia y educar a sus cuatro hijas. Angélica, la mayor, era la preferida de su padre. Cuando don Nicanor se enteró por su mujer que la niña de sus ojos estaba embarazada, preguntó por el nombre del autor del desaguisado y luego entró a su dormitorio donde calmadamente cargó su revólver con seis pesadas balas de plomo, se sacó el guardapolvos y en mangas de camisa se dirigió a la fábrica metalmecánica «Matthei y Compañía Limitada», ubicada en las cercanías de su negocio.

Pero el tío Herman no se encontraba en la fábrica, porque en aquella época se ocupaba tanto de sus micros y camiones como de los fierros. Walter Matthei recibió a don Nicanor en su oficina y de aquel modo se enteró del motivo de aquella inesperada y amenazante visita. Haciendo uso de todo su tacto, que no tenía mucho, Walter logró calmar al ofendido prometiéndole interponer sus buenos oficios. El caso se presentaba muy complicado porque don Nicanor dejó establecido desde el principio que su familia era católica, apostólica y romana, por lo que no se podía ni mencionar siquiera la palabra aborto y que su futuro nieto iba a nacer con un padre conocido y legal, por la razón o la fuerza, o llegaría a este mundo como huerfanito. En tanto se retiró el furibundo y seguro futuro abuelo, Walter llamó por teléfono a su hermano.

—Se acaba de ir don Nicanor, Herman. Vino en tu busca hecho una fiera. Me dijo que su hija Angélica está embarazada y que tú eres el padre de su futuro nieto.

—¿Eso dijo?

—Eso.

—Está bien, esta noche hablaremos.

—Es con el almacenero con quien tienes que hablar, Herman. Lo único que yo le prometí fue que iba a ponerte al tanto de lo que pasa. Tú te metiste en este lío y tú tienes que ver cómo salir de él.

Angélica era una preciosa y apetecible muchacha y Herman había sido el primer hombre que la había penetrado, de eso él estaba completamente seguro. Para él aquella aventura amorosa había sido un caso excepcional, ya que las únicas mujeres que frecuentaba eran las alegres y desaprensivas putas de «La Carlina». Durante toda la tarde estuvo dándole vueltas al asunto y al anochecer fue directamente al almacén de don Nicanor. Cuando éste lo vio entrar al negocio se sorprendió e hizo ademán de ir a la trastienda en busca del revólver, pero la firme voz de Herman lo detuvo en seco.

—Don Nicanor: vengo a pedirle la mano de su hija.

Los estudios de Hans en la Universidad Técnica, iban viento en popa. Los cursos aprobados en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Chile le habían dado una sólida formación matemática, por lo que sus resultados al fin de los dos primeros semestres, habían sido brillantes.

Bruno había tomado la costumbre de visitar a su hermano de vez en cuando en la residencial de la calle Catedral. Por eso estaba enterado de sus coincidencias políticas. Aunque ambos se sentían

atraídos por el Programa de la Unidad Popular, ninguno de los dos se había afiliado a ningún partido político.

En su Universidad, Hans participaba en las actividades del Centro de Alumnos y también en los trabajos voluntarios que éstos llevaban a cabo en las regiones menos desarrolladas del país.

Bruno jamás le preguntó a su hermano por sus problemas personales, en señal de respeto a su condición de homosexual. Por su parte, Hans sobrellevaba aquel aspecto de su vida con absoluta discreción, dejando fuera de esa zona íntima a todos sus parientes y conocidos.

Walter Mathei sufría en silencio aquello que para él era una tragedia y una vergüenza familiar y no había vuelto a referirse al asunto. Se remitía a cumplir rigurosamente con su compromiso de ayuda económica a Hans, del mismo modo cómo lo hacía con Bruno y Sofía, sus otros dos hijos.

En las vacaciones del verano de 1972 la Federación de Estudiantes de Chile organizó trabajos voluntarios en todo el país, en los que participaron miles de estudiantes. En el curso del mes de enero, Bruno ayudó a levantar una escuela en la zona sur del país. Una vez de regreso a clases, Bruno fue elegido miembro de la directiva de la Federación de Estudiantes de Chile y como tal comenzó a participar más directamente en la contienda política que sacudía al país.

Durante los meses siguientes, alentados por la intervención encubierta del Gobierno de los Estados Unidos de América en los asuntos internos de Chile, las fuerzas opositoras al gobierno de Salvador Allende presentaban una tenaz resistencia al desarrollo

político progresista del país, utilizando el Parlamento, donde tenían mayoría; el Poder Judicial, de tendencia claramente reaccionaria, y los Gremios Patronales y los Colegios Profesionales para poner obstáculos, boicotear la economía y desnaturalizar las reglas del juego democrático.

La situación política se había ido poniendo al rojo. El bloqueo económico a Chile, decretado por los Estados Unidos, había comenzado a producir sus dañinos efectos. El primer intento organizado de paralización del país fue el «Paro de Octubre» de los patrones, que abortó debido a la firmeza del pueblo chileno, encabezado por los trabajadores, que evitó el quiebre de la economía mediante trabajos voluntarios.

Mientras Bruno y su hermano Hans participaban como estudiantes en los trabajos voluntarios distribuyendo los productos entre la población, su tío Herman boicoteaba al país paralizando sus microbuses y sus camiones. Al mismo tiempo, en el sur del país, sus tíos latifundistas cortaban la Carretera Panamericana secundados por los campesinos demócrata cristianos de los asentamientos de la Reforma Agraria.

Los problemas que Bruno tenía con su padre y su tío Herman estuvieron a punto de dejar de ser teóricos ante la posibilidad concreta de la «toma» de la industria por sus trabajadores. Esta amenaza no se materializó porque la empresa era pequeña y sus dueños tuvieron el buen criterio de no plegarse al paro de los patrones.

En enero de 1973, un grupo de jóvenes de la Federación de Estudiantes de Chile, estuvo haciendo trabajos voluntarios en el sector de San Juan de la Costa, en la Provincia de Osorno. Bruno, que conocía aquella zona desde su niñez, fue de la partida.

En marzo se efectuó una elección para renovar la totalidad de los diputados y la mitad de los senadores en ejercicio. Las fuerzas políticas de derecha, unidas a los demócratacristianos, pretendían conseguir los dos tercios de los parlamentarios para destituir al Presidente Allende mediante una acusación constitucional. El resultado de la elección fue un notable éxito para la Unidad Popular, que aumentó el porcentaje de sus votos a cerca del cuarenta y cinco por ciento. Viendo cerrado el camino legal para destituir al Presidente, el gobierno de los Estados Unidos de América dio luz verde a los preparativos de un golpe militar en su contra.

También en marzo de aquel año, María Cristina ingresó al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y Sofía Matthei se matriculó en la Escuela de Bellas Artes de la misma Universidad. Sofía quería ser pintora, mientras que María Cristina deseaba ser profesora de Inglés.

Los terroristas de «Patria y Libertad» dieron comienzo a una ola de atentados con explosivos. Volaron algunas torres de alta tensión eléctrica, gasoductos y puentes, intentando crear el caos en el país. Al mismo tiempo se infiltraban en las Fuerzas Armadas para impulsar a éstas a derrocar el gobierno legal.

A fines del mes de junio, un Comandante de tanques salió a la calle con su unidad y se fue a cañonear el Palacio de La Moneda. A las diez de la mañana, Bruno escuchó por la radio al Presidente

Allende quien, muy tranquilo, decía: “En este momento me dirijo a La Moneda, con mi guardia personal y de Carabineros y con el general Prats.” Y agregaba: “Voy a dar distintos puntos de reunión donde la gente debe esperar instrucciones para el caso en que sea necesario. ¡Si llega la hora, armas tendrá el pueblo!”

Uno de los puntos fue Vicuña Mackenna con Avenida Matta. Bruno se dirigió allá de inmediato. Como a las once de la mañana sólo había pequeños grupos en aquel sector. No llegó la masa de gente que él había esperado ver. Desde allí se fue caminando al centro. Cada vez que se oían disparos, la gente se escondía en los portales. En la calle Bandera con Moneda había un cordón de Carabineros. Para ese entonces, los tanques se habían retirado de La Moneda y andaban dando vueltas por la ciudad.

Entre las tropas del Regimiento Buin que llegaron a rodear el sector iba un trabajador, con una pistola en la mano, dándole instrucciones a los soldados que llevaban un brazalete blanco. Les decía: “¡Compañero, córrase para acá, cúbrase compañero!” Y los milicos le hacían caso. Los soldados venían desde el río Mapocho y este obrero les había salido al encuentro.

En la calle Moneda pudo ver a un milico que desde arriba de un jeep le disparó a los periodistas de la televisión. El que portaba la filmadora cayó al suelo. Por la noche Bruno vio en el noticiero de la televisión la película filmada por aquel reportero, hasta el instante mismo de su muerte.

A la una de la tarde, todas las niñas bien que estaban en la Universidad Católica, entreteniéndose a los huelguistas del cobre, salieron arrancando para sus casas, llevándose sus guitarras y sus ponchos tejidos de lana. Cuando los huelguistas vieron que había fracasado el tancazo y que el gobierno tenía dominada la situación,

terminaron su huelga. Ese mismo día desalojaron la Casa Central de la Universidad Católica y regresaron a Rancagua.

A fines del mes de julio, las fuerzas opositoras a Salvador Allende, con el apoyo del gobierno de los Estados Unidos de América, iniciaron la ofensiva final con un nuevo paro de los camioneros.

Los esfuerzos de los sectores golpistas se centraron en el Comandante en Jefe del Ejército, un general respetuoso de la Constitución y de las leyes de la República, quien personalmente había hecho abortar el golpe de los tanquistas. Cuando lograron que éste dimitiera, quedó abierto el camino al golpe militar.

El día once de septiembre Bruno salió de su casa a las ocho de la mañana camino a la Universidad. Aquella mañana su hermana Sofía no se levantó temprano porque tenía clases por la tarde. Cuando viajaba en la micro, Bruno escuchó comentar a la gente que había movimientos militares extraños. Al parecer, la Marina de Guerra se había alzado contra el Presidente Allende. Bruno se bajó del vehículo en la Plaza Baquedano y se dirigió al Puente Pío Nono. En el puente se encontró con Gustavo, un estudiante del Partido Socialista, que venía en sentido contrario.

—¿Qué sucede, Gustavo?

—Las Fuerzas Armadas se han sublevado y le están pidiendo la renuncia al Presidente. No vayas a la Escuela porque allí están los «Patria y Libertad».

—¿Y qué instrucciones tienes?

—Ninguna.

—¿Por qué no llamas al Comité Central de tu Partido?

Se detuvieron en una cabina telefónica donde Gustavo estuvo algunos minutos marcando los números de las oficinas del Partido, pero nadie respondió a sus llamadas.

—¿Qué hacemos?

—Vamos a ver qué está pasando.

Fueron hacia el centro de Santiago por el Parque Forestal. De pasada vieron que el Consulado de los Estados Unidos estaba protegido por una impresionante guardia de militares, apostados entre los árboles con fusiles automáticos y ametralladoras y dos tanquetas de Carabineros. Camino al cerro Santa Lucía se cruzaron con decenas de preocupados transeúntes que se alejaban de prisa del centro de la ciudad. Cuando iban por el costado del cerro escucharon una intensa balacera proveniente del sector donde estaba el Palacio de La Moneda. Desde la calle Mac Iver hacia el poniente, en la Alameda Bernardo O'Higgins no se veía a nadie. Un fuerte viento arrastraba los papeles de diarios y por la amplia Avenida se extendía una niebla de humo cubriéndolo todo. Había amanecido nublado y estaba entre que llovía y no llovía. Era un día pesado, cargado de electricidad. Aquel ambiente de guerra le produjo a Bruno una dolorosa mezcla de impotencia y zozobra, una sensación horrible. Ambos jóvenes estuvieron en aquel lugar hasta que unos aviones de la Fuerza Aérea comenzaron a hacer vuelos razantes sobre la ciudad.

—¿Y ahora, qué hacemos?

—Creo que debemos irnos a nuestras casas a esperar y ver qué sucede.

Bruno caminó de prisa por la Alameda en dirección a la cordillera. Al pasar frente a las Torres de San Borja se le ocurrió visitar a su

amigo Raúl. El departamento de éste estaba en el último piso de una de aquellas torres y desde allí se podía ver el centro de la ciudad, especialmente el sector del Palacio de La Moneda donde la balacera era más intensa. Aquejado de un fuerte resfrío, Raúl no había salido de su departamento. Por una de esas casualidades que a veces suceden en la vida, Raúl tenía dos pares de anteojos de larga vista. Con ellos pudieron ver, a través de las lágrimas, el bombardeo de La Moneda. Desde el primer cohete, hasta el último. Los aviones eran dos. Antes de bombardear pasaron varias veces sobre La Moneda en vuelo rasante, al parecer ajustando la puntería. Luego se acercaron a baja altura desde el norte de la Estación Mapocho. Al pasar sobre ésta inclinaron un poco la nariz, dispararon los cohetes y después se elevaron en un ángulo muy pronunciado. Con el estruendo de las explosiones, el centro de Santiago se estremecía. Pasaron una y otra vez, hasta quedarse sin cohetes. Después dispararon con sus cañones. Se veían caer las cápsulas vacías. Fue un espectáculo espantoso. Quince minutos terribles: desde las doce, hasta las doce y cuarto. Al término de aquel bombardeo increíble, ambos amigos estaban llorando. Bruno se imaginaba la masacre causada en La Moneda por los cohetes y el incendio. Cuando todo hubo terminado, permanecieron largo rato en silencio. Les trajo de regreso a la realidad la radio que transmitía los amenazantes bandos y proclamas de los militares golpistas. Así se enteraron de que la casa presidencial de la Avenida Tomás Moro también había sido bombardeada.

—Me parece que será mejor que te vayas para tu casa, Bruno. Este edificio va a ser allanado por los milicos, pues aquí vive un buen número de dirigentes de la Unidad Popular, que son conocidos.

—Tú eres uno de ellos, Raúl. ¿Qué vas a hacer?

—Yo no he hecho nada contrario a la ley, no tengo por qué temer. Sólo soy un profesional que desempeña un cargo público.

Se despidieron y Bruno salió a la calle. Jamás volvió a ver a Raúl. Éste fue detenido y desapareció sin dejar rastros. En la Avenida Vicuña Mackenna se unió a la muchedumbre que huía hacia los barrios periféricos de la ciudad. Verdaderos racimos humanos viajaban colgados de los vehículos. Eran las dos de la tarde y el toque de queda comenzaría a las tres. Tenía tiempo suficiente para llegar a su casa.

La madre de Bruno estaba muy preocupada, porque tenía un mal presentimiento. El mismo día once de septiembre, la Universidad Técnica del Estado había sido asaltada por los Carabineros, quienes se habían llevado detenidos al Rector y a todos los profesores y alumnos que encontraron en el edificio. En tanto se levantó el toque de queda, Bruno y su madre fueron a la residencial donde vivía Hans, donde les dijeron que el joven había salido como de costumbre el día del golpe militar y que aún no había regresado.

En la Comisaría de Carabineros del sector de la Universidad Técnica les informaron que los universitarios detenidos estaban en el Estadio Chile. Entonces comenzó para ellos una desesperada y angustiada búsqueda. En el Estadio Chile, el nombre de Hans Matthei no figuraba en la lista de los detenidos que allí estaban y también lo negaron en el Estadio Nacional. Después de mucho insistir, en este campo de concentración les aseguraron que el joven jamás había llegado a aquel lugar. Al enterarse de que en el allanamiento de la Universidad Técnica había habido muchos heridos, comenzaron a recorrer los hospitales. Sintiéndose culpable y desesperado, Walter se había incorporado a la búsqueda de su hijo. Lo propio había hecho desde el comienzo el tío Herman. De nada valieron los familiares militares. Nadie sabía nada o nadie

quería decir nada para no involucrarse. “Si me involucro, me comprometo”, le dijo un alto Oficial a Herman.

Corrían rumores de que todos los días aparecían cadáveres de personas acribilladas a balazos en el Canal San Carlos, en el río Mapocho y en las calles de Santiago y que la morgue de Santiago estaba llena de muertos sin identificar, a los que se les estaba enterrando en fosas comunes. Bruno le dijo a su padre que debían ir a la morgue a ver si estaba su hermano. Al principio Walter se opuso, pero el joven lo convenció con el argumento de que si su hermano no estaba en aquel lugar, quedarían tranquilos para seguir buscándolo en los lugares de detención, donde negaban la presencia de los presos que aún estaban interrogando.

A la mañana siguiente fueron a la Avenida La Paz, a pocos metros de la entrada del Cementerio General, donde se encontraba el edificio del Instituto Médico Legal. Después de ser identificados les permitieron entrar al recinto, donde encontraron un espectáculo dantesco: había cadáveres hasta en los pasillos del primer piso. Reprimiendo a duras penas sus impresiones, recorrieron las salas repletas de muertos, todos con heridas de proyectiles. En el sótano, donde había un par de mesas para hacer autopsias, decenas de cuerpos yacían en el suelo ocupando todo el piso. En un alejado rincón, junto a otros muertos, había un cadáver acribillado que tenía el pelo rojo. Bruno le examinó el rostro desfigurado por los disparos y horrorizado reconoció a su hermano.

—Es Hans, papá.

—¡Dios mío! ¿Qué le vamos a decir a tu madre?

El día 18 de septiembre, el diario «La Tercera de la Hora» publicó una entrevista exclusiva al Jefe de los golpistas. En ella el General

hizo una declaración sorprendente, sobre todo tomando en cuenta la despiadada represión que en aquellos días se abatía sobre los trabajadores del país:

—“Estamos satisfechos por la forma cómo se ha llevado adelante este movimiento militar, porque los cálculos eran más o menos unos cinco días de lucha, y se redujo a veinticuatro horas. Fue una sorpresa para nosotros.”

En otro acápite de la entrevista, el General afirmó:

—“Nosotros queremos la paz y la tranquilidad. Sin embargo los extremistas, que son extranjeros en su mayoría, están agitando y están viendo la forma de producir delitos y causar el caos.”

El diario también publicó una entrevista al recién nombrado Director General de Investigaciones, un militar quien, bajo el lema: «Todo en menos de veinticuatro horas», declaraba una “lucha total y a muerte contra la delincuencia”. Poco tiempo después, bajo el titular “Extremistas tendrán que construir caminos”, el rotativo informaba que se instaurarían los «trabajos forzados» en el país y que el Director de Investigaciones había declarado: “Se utilizarán los delincuentes que pretenden crear el caos en el país, para la construcción de caminos de penetración en zonas apartadas, abriendo nuevas rutas en el territorio nacional.” Algunas de estas «partidas de delincuentes» fueron las que iniciaron la construcción de la Carretera Austral, al sur de Puerto Montt, la que después sería bautizada con el nombre del General sedicioso que presidía la Junta.

En forma muy destacada, con foto y todo, el diario «La Tercera» también publicó el pronunciamiento del Rector de la Universidad

de Chile, quien había sido elegido de acuerdo a los Principios de la Reforma Universitaria, mediante elecciones democráticas. En su comunicado, el Rector expresó:

—“La tarea de pacificación y reconstrucción nacional señaladas por la Junta Militar de Gobierno, como «objetivo fundamental», no admite dilación y requiere del apoyo y cooperación más decididos de todos los chilenos.

—“El gobierno de Allende no vaciló en convertir el país en un gigantesco arsenal entregado a grupos paramilitares dependientes de los partidos de la Unidad Popular, y cuyas filas se engrosaron con miles de extremistas extranjeros.

—“De la capacidad del país para enfrentar con éxito el desafío de esta hora, depende ahora el plazo en que sea posible cumplir con los objetivos propuestos, para devolver el poder de decisión al pueblo soberano y retornar a la institucionalidad democrática, que ha sido legítimo orgullo de Chile a través de la historia.”

En cuanto a la normalización de las actividades académicas, el Rector informaba que el Comité Directivo Superior, el órgano colegiado de dirección de la Universidad, sesionaría a fin de resolver una serie de situaciones de “acefalía de cargos” en algunas de las Sedes universitarias de provincias. Al Rector demócrata cristiano de nada le sirvió haberse pronunciado en respaldo de los militares en un intento por conservar el cargo, ya que pocos días después los generales golpistas decidieron destituir a todos los rectores de las universidades, y nombrar en su reemplazo «Rectores-Delegados» de la Junta Militar de Gobierno. Al mismo tiempo, un «Delegado del Comandante en Jefe del Ejército» al frente de la «Caravana de la Muerte», un grupo de oficiales escogidos por su sadismo, recorría el país ejecutando presos políticos reclusos en las cárceles.

Nombrado por los generales, a la Universidad de Chile llegó un Oficial de Ejército a ocupar el cargo de «Rector-Delegado». De inmediato y «manu militari» procedió a expulsar de la institución a todos los profesores y estudiantes simpatizantes de la Unidad Popular, a fin de “facilitar la unidad de criterio en la dirección de la enseñanza superior para la mejor consecución de la restauración de la chilenidad, la justicia y la institucionalidad quebrantadas y de permitir que la evolución y el progreso del país se encauzaran vigorosamente por los caminos que la dinámica de los tiempos exigían a Chile en el concierto de la comunidad internacional de que formaba parte”, tal como lo exigía el primer Decreto Ley de la Junta de los generales que habían derribado al gobierno legítimo.

Con patriótico entusiasmo, respaldado por la fuerza de las armas, el Decano de la Facultad de Derecho procedió a expulsar a todos los profesores y estudiantes que habían simpatizado con el Gobierno legítimo depuesto. Sin mediar explicación, los mejores maestros fueron despojados de sus cátedras y centenares de estudiantes perdieron sus estudios.

Bruno Matthei fue afortunado, en parte debido a su apellido y en parte al hecho de haber sido elegido dirigente estudiantil en calidad de independiente: el Decano lo destituyó de su cargo de dirigente pero conservó su calidad de alumno.

Las perturbaciones que sufrieron los estudios a causa de las drásticas medidas tomadas en contra de los profesores que habían simpatizado con la Unidad Popular, repercutieron en los exámenes de fines de año. Éstos fueron excepcionalmente sencillos. Tal como en los años anteriores, Bruno aprobó con distinciones todas las asignaturas.

En marzo del año 1974, Bruno continuó sus estudios en la Escuela de Derecho. Otro tanto hicieron su hermana Sofía en la Escuela de Bellas Artes y su novia María Cristina en el Intituto Pedagógico, establecimientos universitarios que habían sido depurados de los profesores y alumnos de izquierda o ex partidarios del gobierno derrocado.

Los altos funcionarios del gobierno depuesto, así como los dirigentes de los partidos de la Unidad Popular, se habían asilado en las Embajadas extranjeras, estaban detenidos o se encontraban desaparecidos. Muy pocos dirigentes estaban en la clandestinidad. Los jóvenes de izquierda, que no habían sido alcanzados por la represión, contemplaban con angustia los acontecimientos que se desarrollaban ante sus ojos, sin que ellos pudieran hacer nada. Las estructuras partidarias habían sido arrasadas.

En los sectores poblacionales y universitarios, algunos jóvenes comenzaron a retomar los contactos en forma clandestina. Cierta día, al salir de clases, Bruno fue abordado por un estudiante del Instituto Pedagógico. Caminando por el Parque Forestal, el joven le informó que se estaba tratando de organizar una red clandestina de estudiantes socialistas. Bruno le hizo ver sus temores ante la brutal represión, pero no se negó a considerar el asunto porque su eventual participación en la resistencia la sentía como una forma de responder al asesinato de su hermano. Con el pseudónimo de «El Gordo» aquel compañero sería su contacto con la organización clandestina.

Transcurrieron tres meses y el contacto no regresó. Cierta día Bruno se subió a una micro para dirigirse a su casa y arriba del vehículo una muchacha se sentó a su lado. Sin decir una palabra la joven le tomó una mano, le puso en ella un trozo de papel y se bajó

en el paradero siguiente. Cuando Bruno estuvo cerca de su casa extendió el papelito y leyó: “Cayó «El Gordo», espera contacto.”

Los padres de Bruno no se habían repuesto del golpe sufrido con la trágica muerte de su hijo mayor. Walter sufría depresiones y se sentía culpable y Marta no dejaba de sollozar. Por su parte, Bruno se sentía intranquilo. Un día de aquellos, tomándole las manos, Sofía le dijo:

—He tenido un sueño terrible. Soñé que unos hombres te disparaban. Bruno, no te metas en líos.

—Yo no estoy metido en nada.

—¡Debes tener cuidado, hermanito!

En cumplimiento del plan de estudios de la carrera de derecho, los alumnos del cuarto año debían hacer una práctica profesional. Bruno comenzó a hacer la suya en el estudio de David Letelier, un abogado de gran prestigio dentro de la profesión. Entonces se enteró de que Rebeca, su ex novia, estaba haciendo la suya en la Dirección General de Carabineros de Chile.

Cierto día, después que el profesor terminó su clase cerrando ceremoniosamente el libro que tenía sobre la mesa, los alumnos, contagiados por las solemnes maneras del académico, comenzaron a abandonar en calma la sala de clases. Pero a medida que salían al pasillo, iban perdiendo su fingida compostura y sin más se unían a la bulliciosa masa de estudiantes que apresuradamente caminaba hacia las escaleras. Entre ellos destacaba la alta figura de Bruno, coronada por su rubia y rizada melena peinada al estilo afro.

Faltando algunos peldaños para llegar a la planta baja, Bruno chocó con Rebeca, cuyos libros y cuadernos, a causa de lo

imprevisto del impacto, se desparramaron por los escalones. Consternado, el joven se detuvo a recogerlos y, disculpándose ante la muchacha, se los entregó. La joven lo miró con disgusto, aunque no pudo ocultar la turbación que le produjo la profunda y azul mirada del joven. Bruno reanudó de prisa su camino convencido de que Rebeca había aceptado sus excusas y dando por superado el incidente. Cuando volvió la mirada, antes de cruzar las puertas del vestíbulo de la Escuela de Derecho y salir bajo la lluvia, no pudo ver el odio que despedían los ojos de Rebeca.

## 5

### EN SUECIA

El avión con destino a Europa aterrizó en Buenos Aires, donde una avalancha de turistas argentinos repletó con sus bultos de mano en exceso todos los casilleros libres para el equipaje, sin respetar sus respectivas ubicaciones. Luego la aeronave voló hasta Río de Janeiro. Allí cambiaron la tripulación y subieron los encargados de hacer la travesía del océano Atlántico. Después de la medianoche aterrizaron en un país africano a reabastecerse de combustible y a la mañana siguiente arribaron a Amsterdam. Allí los pasajeros con destino a Suecia abordaron un avión más pequeño que los llevó hasta Arlanda, el aeropuerto internacional de Estocolmo. Siguiendo los pasos de los demás viajeros, Bruno llegó hasta las ventanillas donde revisaban los pasaportes. En tanto el funcionario vio su nombre en el documento, hizo uso del teléfono y enseguida apareció una mujer.

—¿Bruno Matthei?

—Sí.

—Bienvenido a Suecia. Me llamo Eva. Sígueme, por favor.

La funcionaria lo llevó a una oficina en la cual había dos policías de uniforme sentados ante sus escritorios. Uno de ellos examinó su pasaporte y le preguntó cómo había sido el viaje. Luego de llenar un formulario, le estrechó la mano.

—¡Bienvenido a Suecia!

Bruno no podía creer que aquel uniformado era un policía. A la salida del aeropuerto, Eva y Bruno subieron a un bus que los llevó a Estocolmo. Durante el viaje, ella le explicó que lo llevaba a un hotel. Allí pasaría la noche y que al día siguiente lo iría a buscar para embarcarlo en un tren con destino al pueblo de Alvesta. Aquella noche Bruno durmió en forma sobresaltada. En varias ocasiones despertó empapado en sudor a causa de las pesadillas. Al no poder conciliar el sueño permaneció tendido en la cama hasta las nueve de la mañana, cuando sonó el teléfono.

—Soy Eva. ¿Cómo dormiste?

—Más o menos.

—¿Te has levantado?

—Todavía no. Dáme unos minutos.

Bruno tomó una ducha y se vistió de prisa. Luego bajó a la recepción, donde Eva le dijo:

—El tren sale al mediodía. Tenemos tiempo suficiente para tomar desayuno.

Bruno creyó que iban a desayunar en el hotel, pero ella le explicó que lo harían en la estación. El desayuno que ofrecía el restaurante

de la estación, a un precio fijo, era a destajo, con un servicio de libre elección y sin limitaciones. Había jugos de distintas frutas; yogures de varios tipos; huevos duros y semiduros; mermeladas diversas; mantequilla y margarina; queso compacto y con agujeros; rebanadas de jamón y carne asada; pan blando y duro, blanco y negro; panecillos, bollos y galletas; leche de dos clases y café o té. Después de desayunar como guerrero vikingo, Bruno subió al tren que lo llevaría al Campamento para Refugiados de Alvesta. Allí iba a recibir sus primeras lecciones de sueco, mientras se le encontraba una ubicación en el mercado de trabajo. Eva le informó que en la estación le estarían esperando.

Un inspector le revisó y marcó el boleto pocos minutos después de partir el tren y nunca más, durante todo el trayecto, lo volvió a controlar. A Bruno le extrañó este comportamiento, porque en Chile revisaban los boletos después de todas las estaciones importantes. Durante el viaje se entretuvo mirando el colorido paisaje otoñal que el convoy ferroviario iba atravesando hasta que, arrullado por el suave traqueteo de las ruedas de acero, se quedó dormido.

Un par de horas más tarde lo despertó la sed, interrumpiendo la pesadilla que estaba soñando. Fue al carro comedor y con el dinero que Eva le había entregado compró una bebida. Regresó a su asiento y siguió contemplando la campiña, muy parecida a los campos del sur de Chile, y a ratos, dormitando. Sólo tenía una preocupación: no seguir de largo. Finalmente no tuvo problemas, porque antes de llegar al pueblo de Alvesta, el conductor del tren pasó anunciándolo.

Al bajarse del tren, Bruno vio acercarse a dos hombres. Uno de ellos portaba un letrero con su nombre. Se identificó y los suecos, después de darle la bienvenida, en un vehículo lo llevaron al Campamento. Este consistía en una serie de barracas colocadas

formando un rectángulo. Lo dejaron en una pieza con dos camas, un escritorio y libreros adosados a las paredes. Los funcionarios se despidieron y se fueron. El tiempo comenzó a pasar lentamente. Cuando Bruno ya había comenzado a sospechar que lo habían abandonado, llamaron a su puerta. Era un joven español que trabajaba como intérprete en el campamento.

—¡Hola! Me llamo Manuel. Tienes que ir a la oficina donde deben registrar tus datos. Después te explicaré cómo funciona el Campamento. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Aunque las piezas tenían dos camas, por el hecho de que el Campamento no estaba completo, casi todos los refugiados disponían de dormitorios individuales. En un espacioso comedor, la gente recibía tres comidas diarias con un sistema de autoservicio. De lunes a viernes, en horarios de mañana y tarde, recibían clases de sueco en una escuelita cercana, habilitada sólo para ellos. Por cada día de asistencia a clases eran recompensados con cinco coronas, dinero que se les entregaba cada dos semanas. Después de cenar, algunos jugaban al ping pong o al ajedrez; otros iban de paseo al pueblo cercano o miraban la televisión. Para los que lo deseaban, había un sauna.

Alvesta es un pueblo pequeño cercano a la ciudad de Växjö, que se levanta en el corazón de la zona de las cristalerías más afamadas del país. Por qué las autoridades habían instalado el Campamento en Alvesta, nunca se supo. Algunos decían que había sido por su ubicación, alejada de las grandes ciudades del país y cerca de nada.

Los refugiados procedentes de Chile, Argentina y Bolivia, estaban organizados. Existía una especie de Consejo de Ancianos y se

hacían reuniones generales cada vez que era necesario. Unos días después de su arribo, los dirigentes llamaron a Bruno a su presencia. Era un trámite de rutina que tenía por objeto conocer a las personas que llegaban al Campamento. Al joven le dio confianza la forma en que lo recibieron y por eso, sin tapujos, les contó la causa por la que se había visto obligado a salir al exilio. Los dirigentes quedaron muy impresionados cuando él les mostró las cicatrices que los impactos de las balas le habían dejado en su cuerpo.

En aquellos días se preparaba una reunión de la Comisión Internacional que investigaba los crímenes de la Junta Militar en Chile, que se realizaría en México. Los dirigentes de los exiliados le pidieron a Bruno que entregara por escrito su testimonio, a fin de presentarlo a los organizadores de aquella reunión, quienes tendrían que decidir acerca de la participación del joven como testigo.

Al comenzar a describir su experiencia en Santiago de Chile, Bruno sufrió una crisis. Las pesadillas, que no lo dejaban dormir, se hicieron más nítidas. En sueños volvía a revivir la detención, los interrogatorios, las torturas y el intento de asesinato en manos de los policías chilenos. Escribía su testimonio en una antigua máquina de escribir, pero no avanzaba. Pensando en renunciar a terminarlo, fue a conversar con los dirigentes.

—No puedo escribir mi relato. Las pesadillas no me dejan dormir. Lo siento.

—Lo que te sucede es normal.

—Piensa en que es necesario denunciar lo que te ha ocurrido para impedir que crímenes semejantes se sigan cometiendo.

—Te servirá de catarsis. Seguramente no desaparecerán las pesadillas, pero te sentirás mejor.

—No avanzo nada escribiendo a máquina.

—Pues, no importa. Escríbelo a mano.

Haciendo un gran esfuerzo, Bruno reinició su trabajo y al terminar su relato quedó con la sensación de haberse sacado un peso de encima. Unos días después, al Campamento de Alvesta llegó un joven provisto de una cámara cinematográfica con la misión de filmar el testimonio de Bruno. La película quedó lista aquella misma noche.

Bruno comenzó a asistir a las clases de sueco en forma regular, aunque tenía grandes dificultades para concentrarse. Hubo períodos en que regresaban las pesadillas y caía en estados de depresión. Pero el Campamento, organizado años atrás para recibir a los emigrantes europeos que llegaban a Suecia en busca de trabajo, no estaba preparado para atender a las víctimas de las torturas ni a los exiliados políticos escapados de una dictadura bestial, como la chilena.

A mediados del mes de febrero de 1975, Bruno se entrevistó con el responsable laboral del Campamento quien, en armonía con sus intereses y conocimientos, tenía que buscarle una ubicación ocupacional o inscribirlo en un curso de capacitación profesional de los que en aquella época impartían los Centros de Enseñanza del Mercado de Trabajo, los «AMU-Center». Se decidieron por esta última alternativa y Bruno se trasladó a Estocolmo para seguir un curso de tornería.

Birger Jarl fue el fundador de la ciudad de Estocolmo, la Capital del Reino de Suecia, lo que habría ocurrido a mediados del siglo trece, aunque las primeras fuentes escritas de la existencia de la ciudad datan de 1270. Estocolmo es una ciudad que se comenzó a construir en el lugar donde las aguas del lago Mälaren desembocan

en el mar Báltico. En el presente, navegando por los canales de Estocolmo bajo sus puentes se goza de una vista magnífica y sorprendente de la ciudad. El agua domina en Estocolmo. No son aguas muertas, estancadas y pestilentes, sino aguas limpias, vivas, no contaminadas y siempre en movimiento. De ellas los pescadores deportivos sacan salmones a sólo unas decenas de metros de la Estación Central, a un costado del Ayuntamiento, detrás del Palacio Real y al lado del Parlamento, vale decir, en pleno centro de la ciudad.

En relación a la pureza de las aguas, el orgullo de los suecos es bien merecido pues en el año 1800 esta ciudad era una de las más insalubres de Europa. A partir de entonces, gracias a una moderna planificación del casco urbano y al tratamiento de las aguas servidas y de los desechos, la calidad del agua potable y la salubridad pública inició un proceso de mejoría constante.

El otoño llega en septiembre a Estocolmo, incendiando el paisaje. Antes de desprenderse de los árboles con las primeras heladas, las hojas cambian el verde por infinidad de tonos rojos y amarillos. Después de aquella inimitable muestra de imaginación pictórica, la oscuridad se abate sobre el paisaje. Los días se acortan y las sombras de la noche se apropian de la mayor parte de las horas. Las primeras nevadas suelen caer a fines de noviembre produciendo un efecto iluminador: las luces del alumbrado público se reflejan en la blancura de la nieve haciendo retroceder un poco la oscuridad de las calles, senderos y plazas. Pero rara vez esta nieve dura hasta fines de diciembre. A pesar de que este fenómeno data de los años recientes, los habitantes de Estocolmo parecen ya estar habituados a celebrar las Navidades sin nieve.

El trece de diciembre, en pleno dominio de la oscuridad y por contraste con ésta, en las escuelas, centros de trabajo, hogares de ancianos y hospitales, los suecos celebran la fiesta de la luz,

eligiendo a una bella joven como Lucía. Vestida con una túnica blanca, con un lazo rojo a la cintura y tocada con una corona de luces, Lucía encabeza un grupo de hermosas jovencitas vestidas como ella, aunque sin corona, eventualmente acompañadas por algunos rojos duendes del bosque, que cantando una canción con la melodía de la Barcarola napolitana hace un recorrido por sus efímeros dominios de aquel día hasta llegar a un local donde todos los miembros de la comunidad en cuestión le esperan para escuchar las canciones tradicionales de aquella fiesta, interpretadas por Lucía y sus acompañantes, y servirse un desayuno especial donde no puede faltar el café, ni los panecillos dulces de azafrán, ni las galletas de especias. Los adultos beben «glögg», un tipo de ponche dulce sazonado con especias que se sirve caliente y acompañado con almendras y uvas pasas.

Esta fiesta recoge una tradición sueca procedente de la Edad Media, en la que se debía ingerir siete desayunos antes de la salida del sol al amanecer de esa noche en que también se mataba un cerdo. A comienzos de 1700, aquella celebración se trasladó al 13 de diciembre, fecha de la misa en honor a Santa Lucía de Siracusa, adoptándose el traje blanco tradicional y cambiando su nombre a «lussebrud», novia de luz. Esta fiesta se mantuvo viva en diversas regiones de Suecia, especialmente entre los estudiantes, de ahí el éxito de la versión moderna actual que arranca del año 1927, fecha en que un diario de Estocolmo organizó por primera vez un desfile en honor a Lucía con las características que ha mantenido hasta la actualidad. Al día siguiente de la fiesta de los Premios Nobel, que se realiza en el salón de honor de la Municipalidad de Estocolmo, un coro de jovencitas encabezadas por una bella Lucía despierta a cada uno de los premiados, en su cuarto de hotel, llevándoles el desayuno tradicional.

En Estocolmo, el verdadero invierno aparece en el mes de enero, cuando los edificios y las calles se vuelven a cubrir de nieve y los

frentes fríos que se descuelgan del polo norte traen temperaturas de veinte grados Celsius bajo cero. Entonces los paisajes invernales parecen haber sido compuestos con millones de tarjetas de Navidad, de aquellas en las que la nieve cubre y adorna los caminos, las casas y los árboles. Pareciera que el frío del invierno ha terminado por influir en el carácter de los suecos. Tal vez a causa del hielo, en Suecia no existe la costumbre de las visitas imprevistas. Los encuentros con los parientes y amigos deben ser avisados y convenidos con anticipación, de ahí el gran auge del teléfono en estas latitudes. En razón de las bajas temperaturas del invierno, los horarios de los buses y trenes, que circulan temperados, son respetados por los conductores porque nadie en Estocolmo puede darse el lujo de esperar a la intemperie el paso de los vehículos de locomoción colectiva, en pleno invierno, más de unos pocos minutos.

Los exiliados latinoamericanos se fueron acostumbrando al frío y muchos han aprendido a disfrutar del invierno. Algunos comenzaron a patinar sobre el hielo y, gracias a los viajes que organizan las escuelas a las que asisten sus hijos, hubo quienes han aprendido a esquiar. Con el paso de los años, la mayoría se ha identificado con los suecos que escapan del país a disfrutar del sol en las costas del Mar Mediterráneo.

A fines del mes de marzo la primavera llega a Estocolmo, los crocos asoman tímidamente sobre la nieve y florecen las primulas. Pero respecto del tiempo en esta ciudad todo puede suceder. Hasta es posible que llegue el verano, lo que no siempre ocurre. Los suecos, que aman el país donde han nacido, no pueden sino tomar a broma la tradicional lluvia que cae justo en los momentos en que se preparan a cantar y bailar alrededor del árbol de mayo adornado entre todos y que levantan el día del solsticio de verano. Del verano se dice que se sabe cuándo llega, pero no cuándo se ha ido.

En el «AMU-Center» Bruno se encontró con algunos asilados provenientes de Chile que había conocido a su paso por el Campamento de Alvesta. Unos estaban estudiando tornería, fresa o soldadura, y otros asistían a clases de sueco, que eran el preámbulo a los cursos técnicos que allí se impartían. Bruno ingresó a las clases de sueco, que tomó con gran entusiasmo. Pero ocurrió que prácticamente todas las semanas cambiaban las profesoras porque unas salían de vacaciones, otras se cambiaban de trabajo, otras se enfermaban y otras, simplemente, se aburrían y se mandaban a cambiar. Las sucesivas nuevas profesoras comenzaban de cero. Al cabo del primer semestre, los alumnos habían aprendido a decir sólo un par de frases.

En el curso del semestre siguiente, Bruno se relacionó con los chilenos que trabajaban en la solidaridad con el pueblo de Chile y comenzó a colaborar con ellos.

Luego de conversar con exiliados que tenían experiencia en el tema, Bruno postuló a la Universidad de Estocolmo para estudiar sueco, y fue aceptado. Al mismo tiempo estaba haciendo gestiones para el reconocimiento de sus estudios universitarios de leyes, pero un refugiado chileno que era abogado lo convenció de que lo que él había estudiado en Chile, tenía poca aplicación en Suecia. Esto lo decidió a estudiar economía.

Durante el tiempo como estudiante en la Universidad de Estocolmo Bruno tuvo relaciones amorosas con varias muchachas suecas, al estilo de la juventud del país, vale decir, intensas y completas pero cortas, muy cortas. Las estudiantes que él conoció no tenían ningún interés por mantener relaciones durables con sus

novios ocasionales, de modo que entraron y salieron de su vida, casi sin dejar rastros. Esto le provocó un sentimiento de insatisfacción que le produjo algunas depresiones, las que superó aferrándose a los estudios y con la ayuda del psicólogo del Servicio de Salud Estudiantil de la Universidad.

En el último semestre de la carrera, Bruno comenzó a salir con Karin, una compañera de la Universidad. La joven era una belleza sueca típica: rubia, ojos azules, delgada, alta y esbelta. De modales desenvueltos e ideas claras, entre las cuales los agresivos prejuicios feministas de la anterior generación de mujeres suecas habían cedido paso a la seguridad que les daba el sentirse con los mismos derechos que los hombres, aunque aquello no se hubiese materializado todavía en la igualdad de los sueldos, ni en las oportunidades de acceso a los trabajos directivos y de mando. Escarmentado por sus anteriores experiencias amorosas, desde el comienzo Bruno no se hizo ninguna ilusión, aunque en aquella historia de amor había ciertos detalles que la hacían diferente.

En forma totalmente sorpresiva, un día Karin le informó que había quedado embarazada. Cediendo a un impulso irrefrenable, Bruno le propuso matrimonio. La joven tomó aquella proposición con mucha calma y sólo después de pensarlo algunas semanas, finalmente aceptó. Luego viajaron a la ciudad de Sundsvall, donde Karin le presentó a sus padres. Ellos eran profesionales con buena situación económica y acogieron a su futuro yerno con mucha familiaridad. El matrimonio se celebró con una sencilla ceremonia íntima y por problemas derivados de los estudios, no hicieron un viaje de luna de miel. Bruno le dijo a Karin que se lo quedaba debiendo.

Por desgraciada Karin tuvo complicaciones con el embarazo y perdió el hijo. No obstante, aquel irreparable suceso no rompió el matrimonio, al contrario, aquella inesperada desgracia terminó por

unirlos más profundamente, aunque tuvieron que esperar algunos años antes de intentar de nuevo tener descendencia. Terminados sus estudios ambos consiguieron trabajo e iniciaron sus carreras profesionales.

La primera disputa entre ellos ocurrió poco después de cumplir dos años de casados y fue a causa de un detalle que a Bruno le tenía sin cuidado: las salpicaduras de orines alrededor del inodoro. Al principio, Karin había realizado una campaña indirecta, colocando en el baño un letrero, que decía: «¡Acércate: es más corto de lo que tú crees!» Bruno se acercó todo lo que pudo, pero las salpicaduras no desaparecieron. Evidentemente, el problema no radicaba en la distancia. Karin reclamaba cada vez que hacía el aseo del baño y Bruno comenzó a sentirse presionado. Incluso llegó a sentir temor cuando tenía ganas de orinar porque, no obstante sus esfuerzos, las salpicaduras seguían.

—¡Esto tiene que terminar, Bruno!

—No veo cómo.

—Tendrás que sentarte en la taza.

—¿Sentarme como las mujeres?

—No hay otra forma.

Pasó una semana sin que se tocara el tema. Hasta que Karin volvió a mencionarlo.

—Los hombres que se sientan a orinar, evitan el cáncer a la próstata.

—No lo creo.

—Lo dice esta revista.

Bruno pensó que quizás era cierto. Además, ¿qué perdería sentándose a orinar? Si sus amigos se enteraban iba a ser objeto de sus burlas. Pero cada día se descubrían cosas nuevas. A lo mejor le podía alargar la vida a su próstata. Algún tiempo después, cuando

él ya se había acostumbrado a orinar sentado, sin quererlo oyó la conversación de dos compañeras de trabajo.

—¿Se acabaron las salpicaduras en el baño?

—Sí. Él ya no salpica.

—¿Lograste que se sentara a orinar?

—Sí. Lo convencí con el cuento de la próstata.

Superado aquel primer desajuste en la vida conyugal y estabilizada la situación de sus respectivos trabajos, a la pareja se le abrió el camino para la llegada del primer hijo. El segundo embarazo de Karin se desarrolló de forma normal y llegada la hora nació un hermoso niño que bautizaron Victor. Bruno acompañó a su mujer en todo el período final de la maternidad, incluyendo los cincuenta minutos en la sala de partos, hasta el nacimiento de la criatura.

Decenas de matrimonios chilenos naufragaron en el exilio. La gran mayoría de los hombres, por diversas causas, no pudo superar el trauma del desarraigo ni el rompimiento de la estructura de dominación masculina que primaba en sus matrimonios. Por regla general, al casarse las chilenas se habían transformado en dueñas de casa sin ingresos propios, lo que las había colocado en una situación de dependencia económica respecto de sus maridos. Ésto, unido al tradicional machismo imperante en la sociedad chilena, llevaba a muchas de ellas a una situación de sometimiento. Una vez en Suecia, las mujeres se encontraron con la posibilidad real de independizarse económicamente de los hombres y muchas de ellas se rebelaron contra las conductas machistas de sus esposos. Aquellos que se entusiasmaron con alguna rubia sueca, por esa causa tuvieron que irse de sus casas. Los que trataron de seguir viviendo como en Chile, manteniendo sometidas a sus mujeres y a sus hijos, terminaron siendo echados a la calle. En los hechos las

chilenas, solas o con el apoyo de las autoridades suecas, iniciaron un proceso no declarado de reivindicación y liberación femenina.

Entre los varones suecos pronto se difundieron los innegables atributos de las mujeres chilenas en los que sus ex maridos, por falta de comparación o por ceguera, no repararon: amor, fidelidad, ternura, paciencia y buena mano para preparar la comida. Los suecos que tuvieron la suerte de emparejarse con una mujer chilena se cuentan, según ellos mismos y con justa razón, entre los hombres más felizmente casados del país. Y la mayoría de las chilenas en su nueva situación, también están contentas.

El reverso de la medalla fue la gran cantidad de fracasos matrimoniales entre los chilenos que eligieron vivir con mujeres suecas.

## 6

### **LA «COPIA FELIZ DEL EDÉN»**

A través de la ventanilla del avión se veían las montañas de la cordillera de los Andes desprovistas de nieves eternas por efecto del largo período de sequía provocado por «El Niño».

El aspecto con que Bruno regresaba a su patria junto a su esposa, después de veinte y cuatro años de exilio, no conservaba ningún parecido con el del joven estudiante universitario que a fines de 1974 había salido del país. Su rubio y ondulado cabello, corto y perfectamente peinado, hacía juego con sus anteojos montados en

finos marcos de metal. Los años se habían llevado su melena estilo afro de principios de los años setenta.

Desde la instauración en Chile de la Democracia Protegida, diseñada a su medida por la derecha chilena en los últimos años de la dictadura militar, Bruno había sentido deseos de visitar su país. Finalmente, el sorpresivo delicado estado de salud de su padre lo había impulsado a tomar el avión, en enero de 1998, y viajar al reencuentro con sus raíces que habían quedado enterradas en el pasado. Gracias a su suegra, que se quedó al cuidado de su hijo, Bruno pudo viajar acompañado de Karin, su mujer.

Durante la noche el avión hizo sin contratiempos la travesía del océano Atlántico, aterrizando en Sao Pablo en pleno amanecer. Al mediodía descendieron en Montevideo, la capital de Uruguay. Desde el pequeño aeropuerto de Cerro Moreno, donde ninguno de los pasajeros en tránsito pudo abandonar la aeronave, despegaron bajo la lluvia. Mientras cruzaban el Río de la Plata rumbo a Buenos Aires, el avión se metió de lleno en una colosal tormenta eléctrica, típica de la zona en aquella época del año, según informaron por los altavoces. Cuando empezaron a oírse los terroríficos truenos, las aeromozas fueron de prisa a sus asientos, se colocaron los cinturones de seguridad y permanecieron en silencio mientras el enorme aparato caía una y otra vez en los vacíos de aire, iluminado por los cegadores relámpagos.

La impresionante combinación de estruendos, estallidos de luces y violentas sacudidas provocadas por los fortísimos golpes del viento huracanado, hizo que muchos pasajeros se pusieran a llorar, mientras un aterrado coro de mujeres italianas rezaba en alta voz. Al ver la cara de espanto de Karin, Bruno le tomó una mano y le hizo un gesto con la boca que él creyó fue una sonrisa tranquilizadora.

En el aeropuerto de Buenos Aires desembarcó la mayoría de los pasajeros procedentes de Europa, pero el avión se volvió a repletar con chilenos pertenecientes al pequeño grupo que estaba recibiendo la mayor parte de los ingresos que se quedaban en el país. Nuevamente en el aire, después de servir el almuerzo con amabilidad y rapidez, las azafatas ofrecieron a la venta, cansadas y sin ningún entusiasmo, las mercancías que quedaban. Cuando las jóvenes llegaron donde Bruno éste quiso comprar unos presentes, pero se encontró con la sorpresa de que todos los licores de marca ya se habían agotado. Delante de ellos, un chileno de mediana edad, que blandía con estudiada insolencia una dorada tarjeta de crédito, y sus regordetas hijas, agotaron los últimos frascos de perfumes disponibles. Bruno y su esposa se tuvieron que conformar con un par de cajitas con muestras de perfumes que compraron justo antes de que las azafatas regresaran apresuradamente a sus asientos, porque ya habían terminado de cruzar la cordillera de los Andes y el avión se disponía a aterrizar.

Luego de planear sobre las cadenas de cerros que forman los valles transversales al norte de Santiago, el avión aterrizó en el aeropuerto de Pudahuel. Bruno sabía que aquel terminal aéreo ya no llevaba aquel nombre, sino el de un aviador militar, pero él lo seguía llamando Pudahuel porque, además de ser el topónimo indígena original y de sonarle mejor, aquel nombre le traía a la memoria imborrables recuerdos. En el salón de espera del aeropuerto les aguardaba el tío Herman. Después de abrazarlo Bruno se lo presentó a su esposa.

—¿Cómo está el papá?

—Sigue en la unidad de cuidados intensivos de la clínica, pero de momento su vida está fuera de peligro. Ya pasó lo peor, su estado se ha estabilizado y además está en buenas manos.

Después de subir las maletas al automóvil, salieron rumbo a Santiago.

—¿Qué ruta seguimos? Nos vamos por la Alameda Bernardo O'Higgins o por la Circunvalación Américo Vespucio.

—¿Cuál es la diferencia?

—Yendo por la Alameda tendremos que pasar por el centro de Santiago y si tomamos Américo Vespucio nos iremos por detrás del cerro Renca para luego de cruzar el cerro San Cristóbal bajar directamente hasta la casa de tus padres. Esta ruta es la más rápida, pero no veríamos los adelantos que hay en el centro de la ciudad.

Deseando llegar pronto a la casa paterna, Bruno prefirió el camino más rápido, por lo que al salir del sector del aeropuerto, el vehículo dobló hacia el norte por la Circunvalación Américo Vespucio. A la derecha de la carretera se veía la mole del cerro Renca. Más adelante pasaron por detrás de la Puntilla de Ruiz, la elevación siamés del cerro Renca aunque de menor tamaño, que su propietaria le había donado a los militares en agradecimiento por haber salvado a la patria. Destacando contra el celeste y límpido cielo, en la cima de aquel cerro se veían unas instalaciones de telecomunicaciones militares. Pero lo que más le impresionó a Bruno fue ver las abruptas laderas de aquellos cerros totalmente desprovistas de vegetación.

El automóvil avanzó por la Circunvalación Américo Vespucio hasta sobrepasar el camino a Quilicura y la Carretera Panamericana norte por la que, según decían orgullosos los chilenos, se podía llegar hasta Alaska. Atravesaron el barrio de Conchalí, los campos de Huechuraba y ascendieron el cerro San Cristóbal por el sector de La Pirámide hasta alcanzar un punto desde el cual se divisaba la cercana y siempre impresionante

cordillera de los Andes, a cuyos pies se extendían los barrios Vitacura y Las Condes, que a aquella hora del día estaban cubiertos por una espesa e inmóvil neblina de smog. Salvo el intercambio de frases convencionales de buena crianza acerca del vuelo y otros detalles sin importancia, la mayor parte del trayecto lo hicieron en silencio.

Más adelante el auto abandonó la cuidada Avenida Américo Vespucio y entró a la Avenida Simón Bolívar, donde estaba la casa de los padres de Bruno. En el antejardín de la casa paterna los viajeros fueron recibidos por una veintena de parientes, algunos a quienes Bruno aún no conocía y otros a los que ya había olvidado casi por completo. El grupo familiar estaba presidido por su madre y su hermana.

En todos aquellos años de destierro, Marta, su madre, había viajado a Suecia a reunirse con su hijo y su nieto en tres ocasiones, pero Bruno no había tenido oportunidad de ver a su padre, ni a su hermana ni a ningún otro pariente chileno. Debido a lo anterior, aquel encuentro con su hermana Sofía, sus sobrinos, su cuñado, sus primos y sus tíos, fue muy emotivo.

Aunque le advirtieron que a lo mejor no lo iban a dejar verlo, quiso ir de inmediato a la clínica donde estaba su padre. Luego de ducharse, Bruno y Karin subieron al coche del tío Herman y partieron. Les tomó veinte minutos llegar al lugar donde Walter Matthei libraba su personal batalla contra la muerte. Fueron recibidos por el médico de turno quien, al enterarse de que habían viajado desde Suecia únicamente para ver al anciano, les autorizó a entrar a su pieza con la recomendación de permanecer allí sólo unos minutos y no hacerlo hablar.

En silencio se acercaron al lecho del enfermo quien, no obstante los tubos que tenía en las narices, parecía dormir. Al tiempo de

tomarle una mano, Bruno se inclinó y lo besó en la frente. El enfermo se movió inquieto.

—Soy Bruno, papá.

El anciano abrió cansadamente los ojos y, pese a los cambios que había experimentado el rostro de su hijo, más de veinte años ausente, lo reconoció en el acto.

—Por fin has venido. Ahora me podré morir tranquilo.

—Nada de eso, papá. He venido para verte salir de aquí.

Y señalando a su mujer, agregó:

—Ella es Karin, papá.

El enfermo volvió sus ojos hacia la joven e intentó sonreír, pero sólo logró que una mueca desfigurara su pálido rostro. Respetando las instrucciones del médico, permanecieron sólo unos minutos dentro del cuarto. Al momento de darle el beso de despedida, Bruno escuchó que su padre le decía:

—Dentro de unos días, hijo, saldremos juntos de aquí.

La ciudad de Santiago del Nuevo Extremo fue fundada en 1541 en la falda del pequeño cerro Huelén, que los españoles bautizaron Santa Lucía. A medida que Santiago fue creciendo se fue transformando en una ciudad escindida. El día en que Bruno y Karin llegaron, las diferencias de todo tipo que existían entre el barrio alto y las barriadas marginales, eran notables.

El barrio alto, llamado así no sólo porque en él vive la clase alta sino, además, porque se extiende en los primeros faldeos de la cordillera de los Andes, lo que lo ubica varias decenas de metros por encima de los barrios marginales, comprendía varias comunas, con Alcaldes y todo, con bellas y amplias avenidas que exhibían cuidados jardines con césped, árboles, arbustos de adorno y hermosas flores.

Los habitantes más ricos y acomodados de la ciudad estaban construyendo sus mansiones en lugares cada vez más altos de la primera cadena de cerros de la cordillera de los Andes, dejándole a las familias de ingresos medios sus casas de los sectores que iban dejando abandonados. En estos barrios, las verjas de las casas, otrora normales y confiadas, habían sido reemplazadas por altas rejas de hierro reforzadas en lo alto con alambres de púas electrificados o por muros de ladrillos coronados con amenazantes restos quebrados de botellas de vidrio empotrados en el cemento, proclamando sin pudor el temor de sus habitantes a los ladrones y los asaltantes. No eran temores sin fundamento, ya que los medios de comunicación de masas informaban continuamente de los robos y asaltos que ocurrían en la ciudad a todas horas del día y de la noche. En estos sectores los vecinos también habían contratado guardias que vigilaban el paso de los transeúntes desde sus casetas ubicadas en las esquinas. Por estar acostumbrados a verlos, para los santiaguinos aquellos guardianes formaban parte del paisaje, como los árboles, pero a Bruno y Karin la inesperada presencia de esos personajes les había causado sorpresa.

El crecimiento de las barriadas populares también había sido impresionante. No sólo se habían extendido en todas direcciones sino que, además, sus habitantes se habían multiplicado, lo que era perceptible en los vehículos de transporte público a la hora de mayor afluencia de pasajeros.

El Metro de Santiago, cuya construcción había comenzado durante el gobierno anterior a Salvador Allende con los créditos de un consorcio francés, tenía tres líneas en funcionamiento y se estaba construyendo una cuarta. Prestaba un servicio rápido, limpio y cómodo, salvo en las horas pico. Los santiaguinos se sentían orgullosos de su Metro, donde no se veían los rayados ni las basuras que eran comunes en casi todos los metros del mundo.

Una poderosa cadena de distribución y venta de productos de consumo al por menor había construido grandes supermercados, tanto en el barrio alto como en los sectores populares, que los santiaguinos, siempre afanados por mostrar los adelantos de su ciudad, exhibían orgullosos a los visitantes.

El problema que parecía preocupar a todo el mundo era el de la contaminación del aire. Para combatirlo, las autoridades habían restringido la circulación de los vehículos sin catalizador dentro del radio urbano, durante catorce horas un día a la semana. Los días lunes no podían circular los vehículos cuyas patentes terminaban en los números 3 y 4; los martes, los automóviles con patentes terminadas en 6 y 7; los miércoles, en 0 y 2; los jueves, en 1 y 9, y los viernes, en 5 y 8. Pero al mismo tiempo, nadie se privaba de hacer parrilladas con carbón de leña, durante los fines de semana, ni de mantener el motor de su vehículo en marcha, todos los días por lo menos durante diez minutos antes de partir al trabajo.

La polémica entre los partidarios de extender las líneas del Metro de Santiago, en combinación con buses con motores no contaminantes, y aquellos que preferían mejorar los accesos para automóviles privados al centro de la capital, haciendo grandes inversiones en estacionamientos subterráneos, se había inclinado en favor de éstos últimos por decisión de un ministro con desmesuradas ambiciones políticas, que habilmente transformaba

los proyectos estatales de infraestructura y las concesión a las empresas privadas de los puertos y carreteras, en puntos en favor de su candidatura.

En Chile se había privatizado los teléfonos, la electricidad y el agua potable y se preparaba la privatización de la recolección de la basura y de algunas avenidas de las grandes ciudades. Con liviana y poco previsoramente alegrían los chilenos comentaban los aportes de capitales privados a la construcción de carreteras, dejando para el futuro sus quejas por el pago de los peajes. El grave problema de las aguas servidas, que en ninguna ciudad del país se descontaminaban, había sido aplazado hasta el próximo milenio, por falta de fondos.

Un día Bruno comentó la información aparecida en el diario más importante del país, de que de los diez mil niños que cada año se prostituían en Chile, sólo mil quinientos recibían atención del Servicio Nacional de Menores, su primo Matías, el hijo mayor del tío Herman, quien por alguna desconocida razón estaba convencido de que Bruno era comunista, le dijo:

—¿Qué son diez mil niños prostituídos ante los millones de personas que mandó matar Stalin, a fin de evitar que los niños rusos se prostituyeran?

—¡Por favor, Matías! Yo estaría por un sistema social donde no se produzca ni lo uno ni lo otro.

Aprovechando la mejoría que había experimentado la salud de su padre, Bruno llevó a Karin a conocer el barrio de su niñez. En la Avenida Simón Bolívar subieron a un vehículo de la locomoción colectiva privada, que los santiaguinos llaman «micros». Las micros las construyen montando una carrocería hecha en el país

sobre un chasis con motor importado. En la parte trasera colocan un tubo de escape vertical que lanza los gases de la combustión a tres metros del suelo y en las latas de la carrocería imprimen bajo relieve las palabras «Petrohué Ecológico» con lo cual, «hokuspokus», el vehículo se convierte en no contaminante del aire.

En el interior de las micros había varios letreros. Uno decía: «Velocidad máxima: cuarenta kilómetros por hora». Pero ninguno de los conductores respetaba esta norma. Los choferes ganaban un sueldo basado en un porcentaje del dinero recaudado por concepto de venta de pasajes y por eso las micros de la misma línea o de los recorridos que coincidían en algunos tramos, se disputaban los pasajeros con ardor, lo cual se traducía en carreras a exceso de velocidad, con arriesgados esquivés, virajes y angustiosas frenadas.

Bruno le comentó a su esposa que los aficionados a lanzarse de los puentes amarrados de los tobillos a una cuerda elástica o de un avión para caer un par de kilómetros sin abrir el paracaídas o a bajar en frágiles botes de goma por los rápidos de los ríos, en Santiago de Chile, por sólo 180 pesos, menos de 30 centavos de dólar, podrían disfrutar con las enormes cantidades de adrenalina que genera el evidente peligro de muerte súbita que se experimenta al viajar en los primeros asientos de una micro, mientras ésta corre a gran velocidad por las calles de la ciudad, haciendo complicadas maniobras que con toda seguridad serían incapaces de imitar los mejores corredores suicidas de autos de otros lugares del mundo. «En caso de peligro, rompa el vidrio con el martillo», decía otro letrero pintado junto a una ventana, en las micros. Sin embargo, ellos jamás vieron aquella herramienta junto al dichoso letrero. Karin llegó a pensar que para viajar en micro en Santiago había que llevar un martillo. «Prohibido fumar», se leía en otro letrero y al parecer aquella ordenanza era respetada por los pasajeros, pero no por los choferes aficionados al tabaco y, por supuesto, por sus

amigos que se sentaban junto a él a fumar. Al letrero «Baje por la puerta de atrás», sencillamente nadie le hacía el menor caso.

La micro en la que fueron al centro de la ciudad, después de una colosal exhibición de manejo temerario a lo largo de toda la ruta, les dejó en la Avenida Bernardo O'Higgins, frente a la Casa Central de la Universidad de Chile. Una vez calmados los temblores de las piernas, por un túnel del Metro Karin y Bruno cruzaron bajo la Alameda hasta la calle Ahumada, que había sido transformada en un paseo peatonal. Por aquella arteria caminaron en dirección a la Plaza de Armas, el centro histórico de la ciudad.

En la segunda cuadra del paseo Ahumada, una multitud de negociantes, abogados, especuladores, traficantes y funcionarios, se congregaba a las puertas de los cafés. En estos negocios, como una forma de atraer clientes, las esculturales muchachas que atendían al público estaban obligadas a vestir cortísimas faldas u otras mini indumentarias más parecidas a trajes de bataclanas que a uniformes de trabajo para servir café exprés. Al verlas no quedaban dudas de que los empresarios chilenos habían adoptado el «estilo americano». El paseo Ahumada estaba lleno de gente modesta procedente de los barrios marginales de la ciudad, quienes eran entretenidos por grupos de artistas callejeros, entusiastas propagandistas de la Palabra del Señor y fanáticos anunciadores ambulantes de la pronta Llegada del Mesías, todos ellos provistos de potentes equipos de altavoces electrónicos. El centro tradicional de Santiago había cambiado.

Una cuadra más adelante, Bruno detuvo a Karin de un brazo para dejar pasar a dos guardias de seguridad que iban con sus armas desenfundadas. El que trotaba adelante llevaba un maletín de cuero, con la apariencia de ir repleto de dinero, y en su mano libre

empuñaba un enorme revólver, listo para ser disparado. Su acompañante, que lo seguía a dos metros de distancia, llevaba en su mano derecha un arma similar. Ambos eran guardias de una importante tienda que se dirigían a un banco cercano a efectuar un depósito. Según Bruno se enteró posteriormente, sus precauciones no eran desproporcionadas, puesto que aquella misma mañana, al comenzar la jornada uno de los más importantes bancos del sector había sido asaltado a mano armada.

En el costado sur de la Plaza de Armas recorrieron el Portal Fernández Concha, donde funcionaban restaurantes, fuentes de soda y diversos otros negocios. En los tiempos en que Bruno había sido estudiante, servían allí los mejores «chacareros» y «lomitos» de la ciudad, y los más contundentes. También visitaron la Municipalidad y el Correo Central que funcionaban en construcciones provenientes del tiempo de la colonia. A continuación entraron a la Catedral y luego fueron a mirar los jardines y el edificio del antiguo Congreso Nacional. En aquellos días el nuevo Parlamento funcionaba en Valparaíso, a donde había sido trasladado por los militares.

En la calle Bandera subieron a una micro con destino a la Plaza Chacabuco que hasta el río Mapocho se fue adelantando a sus competidoras y en varias ocasiones estuvo a punto de chocar. Los pasajeros iban todos mudos, aferrados al respaldo del asiento que tenían delante.

A la entrada de la Avenida Independencia estaba la orgullosa y vigilante iglesia Artesanos y un par de cuadras más al norte, resistiendo el paso del tiempo, se erguía la iglesia y monasterio Carmen Bajo de San Rafael, cuya edificación fue autorizada en 1766, por el Rey Carlos III, quien dio licencia para construir y

alhajar a sus expensas un monasterio de Carmelitas Descalzas en la ciudad de Santiago. A lo largo de la Avenida destacaban la Iglesia de La Estampa; el «Teatro Nacional», convertido en barraca; la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, y el Liceo Experimental Gabriela Mistral.

La Avenida Independencia lucía flamante, recién asfaltada y engalanada con rayas blancas, desde el río Mapocho hasta la mismísima Plaza Chacabuco. Pero en las calles adyacentes, los responsables municipales del mantenimiento del pavimento, sólo habían rellenado de emergencia los hoyos más peligrosos.

Mientras viajaban en la micro, Bruno le contó a Karin que en el tiempo en que su familia recién había llegado a vivir a Santiago, la Avenida Independencia tenía sus primeras diez cuadras pavimentadas con adoquines, desde el río Mapocho hasta la calle Bezanilla. A partir de allí, la doble vía de los tranvías que iba por el centro de la calzada, continuaba hasta la Plaza Chacabuco por un amplio terraplén de tierra flanqueado por dos calles de adoquines. Aunque la Avenida Independencia penetraba hacia el norte atravesando los campos de Conchalí y Huechuraba, parecía terminar en la Plaza Chacabuco porque hasta allí llegaban los tranvías eléctricos. En aquellos tiempos, muy pocos habitantes de Santiago conocían los extensos potreros que había más al norte, debido a que la mayoría sólo llegaba hasta el Hipódromo Chile, al estadio de la Universidad Católica o al estadio Santa Laura de la Unión Española, recintos ubicados en las cercanías de la plaza.

La Plaza Chacabuco, que lleva el nombre del lugar histórico donde el Ejército Libertador del general San Martín derrotó por primera vez a los soldados españoles, fue hecha de forma oval para que a su alrededor los tranvías pudieran dar la vuelta y retornar al centro

de la ciudad. Antes de iniciar el camino de regreso, los tranvías se detenían frente a la garita de los inspectores que controlaban los horarios, la venta de boletos y el aseo del personal de los carros. Maquinistas y cobradores tenían la obligación de portar el «Papel de Baño», un certificado que debían renovar cada diez días en el depósito de tranvías ubicado en la calle Mapocho frente a García Reyes, donde estaban las duchas para el personal de la empresa.

Una vereda de baldosas daba forma a la plaza por el interior de los rieles de acero. Luego se extendía una franja de jardines con césped y árboles de sombra. El resto de la superficie era de maicillo y en el centro de la plaza se erguía una fuente, con una columna central de granito coronada con cabezas de leones de piedra. De las fauces de los felinos surgían chorros de agua que caían en una redonda y pulida pileta, donde flotaban nenúfares entre los cuales nadaban pececillos de colores. En torno a la plaza había una farmacia, un cine (el «Teatro Valencia»), un almacén, una ferretería, una bella casa habitación, una entrada para automóviles del Hipódromo Chile y una sucursal de «Las Cachás Grandes».

En los tiempos en que Bruno era aún un niño, desde la plaza salían dos cortas líneas de tranvías complementarias de la Línea 36. Un carrito eléctrico hacía el trayecto de ida y vuelta hasta la entrada del Hipódromo Chile y el otro avanzaba cuatro cuadras por la Avenida Independencia, al norte de la plaza. Aquellos tranvías eran pequeños, destartados y gratuitos.

El «Teatro Valencia» era la mayor atracción de la plaza. En su frontis se anunciaban las películas con grandes carteles pintados a mano, ilustrados con fotografías que mostraban a los actores y algunas escenas de las películas. El local tenía tres clases de aposentaduras: la platea, el balcón y la alegre y bulliciosa galería. El chorro de luz que proyectaba las películas en el telón ubicado

arriba del escenario, salía de dos huecos que había en la pared del fondo del balcón, los que se iluminaban por turno, a medida que los rollos se iban acabando. A veces el orden de los carretes venía cambiado y si los espectadores no estaban atentos para gritar a coro: “¡Cojo, Cojo, Cojo de mierda!”, se corría el riesgo de ver trastocado el argumento de la película. La platea era el lugar más cómodo para ver las películas, pero no el más seguro, porque la ira fácil o la malsana diversión del público de galería, sobre todo en las matinées infantiles, solía ser la causa de un nutrido bombardeo de porquerías.

El «Teatro Valencia» había sido levantado por un emigrante español de comienzos de siglo y su tardío competidor, el «Cine Libertad», fue construido en la Avenida Fermín Vivaceta por un grupo de exiliados republicanos. En ambos cines se proyectaban interminables seriales de vaqueros en las que los bandidos, después de asaltar una diligencia o el banco de un pueblo invariablemente raptaban a la niña de la película, huyendo con ella. Después de innumerables peripecias entregadas por capítulos y de disparar más balas que en una guerra, los bandidos terminaban sus días vencidos por el héroe solitario, el jovencito de la película.

Una «Feria Libre» de vendedores ambulantes funcionaba una vez por semana en la calle Santa Laura, a partir del costado del costado del «Teatro Valencia», al oriente. Allí era posible adquirir productos de chacarería, frutas, pescados, mariscos, carne, pollos, conejos silvestres, ropa, zapatos y todo tipo de baratijas. En los primeros tiempos, aquella Feria abarcaba las dos primeras cuadras de la calle Santa Laura, pero luego se fue extendiendo por la Avenida México, hasta llegar a Recoleta. Como para instalar sus puestos los feriantes debían pagar un permiso a la Municipalidad, ésta no veía ningún motivo para renunciar a esos ingresos.

Durante los años de mayor esplendor de la Plaza Chacabuco, los días domingos una banda de música tocaba junto a la pileta. No era una banda con vistosos uniformes, sino simples musicastros que el azar había reunido en aquel barrio de Santiago. Tampoco tocaban como el Orfeón de Carabineros, que en aquellos tiempos el pueblo aún aplaudía, pero los más o menos desafinados compases de sus marchas y pasodobles eran seguidos con entusiasmo por las bandadas de pelusas. En aquellos días festivos, la plaza se llenaba de vendedores ambulantes de chupetes helados, manzanas con una boina de azúcar coloreada, barquillos, berlines rellenos de dulce de membrillo, turrón, algodón de azúcar, mote con huesillos, maní confitado, huevos duros, pan amasado, empanadas, churros y cuchuflés. Durante aquel tiempo glorioso de la plaza, el año nuevo se celebraba con fuegos artificiales.

Desde sus campamentos de tiendas instalados en los potreros de Negrete, en el tranvía gratuito solían llegar los gitanos a la Plaza Chacabuco. Mientras los hombres se ubicaban en los bancos, a negociar entre ellos y proteger desde lejos a sus mujeres, éstas se desparramaban como mariposas entre el gentío adivinando el futuro a bajo precio. Los únicos que se atrevían a alejarlas de la plaza sin miramientos, a pesar de sus protestas y maldiciones, eran los Carabineros, quienes creían estar protegidos de sus conjuros y maleficios.

En una ocasión llegaron unos juegos «Diana» que a los pocos días levantaron sus instalaciones porque no pudieron hacer girar el carrusel ni las sillas voladoras, y nunca más regresó a la plaza. Se habló de un boicot que pasó a la leyenda como una historia sin confirmar. Al parecer el Alcalde había escuchado el reclamo del dueño del «Teatro Valencia», retirando el permiso que había dado uno de sus subalternos.

Pasado el brillante período de gloria, la Plaza Chacabuco vino a menos. Dejaron de dar la vuelta los tranvías a su alrededor, las líneas de microbuses rebasaron el lugar internándose hacia el norte en demanda de las poblaciones obreras que se extendían por los potreros de Conchalí, y en los alrededores de la plaza, todo cambió: cerró la sucursal de «Las Cachás Grandes», agobiada por las pérdidas que le ocasionaban los reiterados «perros muertos»; el viejo almacén desapareció a causa de un incendio y un posterior terremoto que derribó los desamparados muros de adobe obligando a los atribulados propietarios a levantar una tapia provisoria rodeando el sitio, que duró muchos años, hecha con las oxidadas y ennegrecidas planchas de zinc que se salvaron de la hoguera; el solar, lleno de escombros y abandonado, pasó a formar parte del inmutable paisaje, y el rojo buzón de correos que estaba ubicado en una desprotegida esquina de la Avenida Independencia, después de ser embestido reiteradamente por las micros fue trasladado frente al «Teatro Valencia» donde, mostrando aún en su gordo cuerpo las huellas de los accidentes ocurridos en la esquina fatal, comenzó a tragar las escasas cartas que depositaban los habitantes del sector.

El día en que Bruno y su esposa llegaron a la Plaza Chacabuco, ésta había sido recientemente remozada con baldosas de color rojo y adoquines. Los viejos escaños y los faroles habían sido reemplazados y se habían instalado garitas para los vigilantes municipales, bebederos de agua para los sedientos, basureros para que la gente echara en ellos papeles y pequeñas vallas interiores para proteger el césped y exteriores para evitar que los niños pequeños saliesen a la calzada por donde no debían. La fuente había sido reacondicionada con luces de colores y setenta salidas de agua. La Plaza Chacabuco tenía el aspecto de una vieja vestida de jovencita y con exceso de colorete.

Integrando el Ejército Libertador del General San Martín, en 1817 llegó a Chile un soldado argentino de apellido Vivaceta quien, una vez licenciado al término de su misión, se quedó a vivir en el país. Como estudiante nocturno, su hijo Fermín Vivaceta logró recibirse de arquitecto y como tal levantó las iglesias San Francisco, El Carmen, San Rafael y Recoleta Franciscana. Además de éstas y otras construcciones, dio término al edificio de la Casa Central de la Universidad de Chile. En 1862, Fermín Vivaceta fundó la «Sociedad de Artesanos La Unión», por lo cual se le considera el padre del mutualismo chileno. Como una forma de honrar su memoria, en 1901 la Municipalidad de Santiago le dio su nombre al «Callejón de las Hornillas», que nace en la ribera del Río Mapocho y se extiende hacia el norte en forma paralela a la Avenida Independencia. Luego de un recorrido independiente de treinta y seis cuadras, en su extremo norte la Avenida Fermín Vivaceta se une a la Avenida Independencia.

El «Callejón de las Hornillas» era tristemente célebre por la falta de urbanización, las viviendas provisionales y la gran cantidad de cantinas, fondas, quintas alegres y malandrines. A medida que fue pasando el tiempo y con los trabajos de urbanización, de los terrenos aledaños con esta Avenida fueron desapareciendo las construcciones irregulares; se construyeron un par de iglesias, un convento, varias casas de putas dudosamente controladas por el Servicio Nacional de Salud, que instaló un consultorio «ad hoc» en la calle Artesanos casi esquina con la Avenida Independencia; un molino de trigo; diversos talleres artesanales primitivos; almacenes de menestras, y una colección de restaurantes de quinto orden. Entre estos establecimientos pronto y justicieramente destacó «El Barril Encantado», afamado por la calidad de sus cazuelas de ave y de cabeza de vaca; sus sabrosas prietas y longanizas de cerdo con puré de papas; sus deliciosos péures con ají picante; sus perniles y arrollados de chanco, y las despiadadas reyertas de las bandas de maleantes que allí se daban cita para dilucidar sus oscuros pleitos,

saciar el hambre y la sed y matarse. La Avenida llegó a ser muy conocida por la presencia en ella del Hipódromo Chile y de la casa, de niñas alegres y maricones prostituídos del «Ballet Azul», regentada con experta mano por «La Carlina», la cabrona con argumentos de gerente más popular que ha existido en el país.

En el barrio de su niñez, Bruno comprobó que no había nuevas construcciones, tan sólo algunas ampliaciones en una u otra vivienda. Casi todas las antiguas casas del sector, por falta de pintura, cuidados y un adecuado mantenimiento, se veían sucias y envejecidas. En la atmósfera de las calles se respiraba una sutil y casi palpable tristeza. La mayoría de las veredas, con su roto pavimento de baldosas, estaban intransitables. En muchos sitios el embaldosado había sido levantado y quebrado por las raíces de los árboles. En otros lugares los hoyos para hacer reparaciones bajo tierra no habían sido debidamente tapados, ni el embaldosado restablecido. También había sectores de las veredas de los cuales las baldosas habían desaparecido sin dejar rastros. Sentados en los escaños de una plaza, contemplando los gorriones y las palomas, estaban unos viejos taciturnos y silenciosos. A pesar de que los colegios estaban de vacaciones, se veía muy pocos niños.

Algunas viejas damas de pelo blanco y pausado andar, casi todas pequeñas y con sus pobres huesos deformados por los años y las enfermedades, iban camino a la «Feria Libre» o venían de regreso cargadas con bolsas o arrastrando sus carritos metálicos para las compras, colmados de frutas y verduras. A Bruno se le ocurrió llevar a Karin a conocer la «Feria Libre». Por el camino, le contó a su mujer que aquellos mercados de tiendas móviles se habían iniciado muchos años atrás, como una forma de darle a los pequeños agricultores la oportunidad de vender directamente sus frutas y verduras pero que rápidamente se habían apropiado de

ellos los pequeños vendedores ambulantes profesionales, los que jamás habían pisado un campo de cultivo. Los mercados para los chacareros se habían transformado en algo muy diferente donde se podía comprar, en competencia con el comercio establecido, todo tipo de mercancías. Las «Ferias Libres» se establecían en días fijos dos veces por semana en el mismo lugar y eran un conjunto abigarrado de pequeñas tiendas con o sin techo de lona en las que sobre plataformas montadas en caballetes de madera, se exponían los objetos a la venta. Los feriantes se habían especializado en uno o varios tipos de productos y las tiendas se instalaban unas al lado de las otras sin tener para nada en cuenta la naturaleza de los artículos que ofrecían.

En la «Feria Libre», alegremente mezclados a ambos lados de la calzada había puestos que vendían tomates, pollos, huesillos, orejones de manzana, cacharros de greda y de latón, lechugas, repollos, zapatos, pescados, artículos de plástico, mariscos, cinturones de cuero y de lona, duraznos, coliflores, papas, plátanos, vestidos, géneros, huevos, paltas, sombreros, tunas, zapallos, blusas, conejos, harina tostada, yerba mate, uvas, choclos, pantalones, brevas, arvejas, porotos granados, calcetines, aliños, porotos verdes, albahaca, hierbas medicinales, carne, ajíes, pañuelos, sandías y melones. Así, a lo largo de seis o siete cuadras. Lo más pintoresco de la feria era la algazara que formaban con sus gritos los vendedores, usando algunas palabras que Bruno no pudo entender. Los precios de las frutas y de las verduras, en comparación con lo que ellos acostumbraban a pagar en Suecia, resultaban increíblemente bajos.

De la polvorienta calle José Bisquert, ubicada a un costado del ex cine Libertad, transformado en templo de Dios por una secta evangélica durante la dictadura militar, había desaparecido la casa

donde vivía la anciana que tenía un ciruelo en el patio. Cuando Bruno llegó con Karin a ese lugar, ya no existía la casa de aquella mujer y el ciruelo tampoco había sobrevivido a la embestida de los años. Al otro lado de una fea pandereta de ladrillos sin estucar, el terreno se veía seco y vacío. No quedaba ningún vestigio donde se hubiesen podido refugiar los recuerdos.

Mientras estaban allí, mirando a un vecino que regaba los árboles de la vereda frente a su casa, una leva de perros pasó a la carrera detrás de una perra en celo. Entonces Bruno recordó un hecho inexplicable que le había ocurrido cuando niño y se lo contó a Karin: en aquella apacible calle se le había convertido en realidad una pesadilla en la cual él, por defender a sus primas del ataque de una jauría de perros vagabundos, le había asestado un machetazo a uno de ellos, cortándole en diagonal parte del hocico. Una semana después de aquel sueño se había encontrado en esa misma calle con un grupo de quiltros vagabundos entre los cuales estaba el perro del sueño, con el horrible corte diagonal en el hocico aún sin cicatrizar.

A continuación, Bruno le mostró a su mujer la casa de la Avenida Francia donde él había vivido durante su niñez. Más adelante llamó a la puerta de la vivienda de un amigo que le había escrito a Suecia. La anciana desconocida y medio sorda que se asomó al antejardín, sin abrir la reja le dijo que su amigo ya no vivía en aquel lugar y que ella no tenía idea adonde se había ido. En la otra casa que visitaron estaba sólo la hermana de un amigo ya fallecido y con ella estuvieron conversando unos momentos. Así Bruno se enteró de que la mayoría de sus amigos se había ido del barrio, sin dejar sus nuevas direcciones. Ante eso decidió ubicar sus nombres en la guía de Teléfonos. Después pasó con Karin frente a los galpones donde había funcionado la fábrica de los hermanos Matthei, antes de irse al barrio industrial.

Antes de regresar al centro, Bruno le mostró a su mujer la casa que llevaba el número 1226 de la Avenida Fermín Vivaceta, donde había funcionado el famoso lenocinio de «La Carlina». La fea vivienda de adobes de un piso, con techo de planchas de zinc, como sus vecinas, habría pasado completamente desapercibida si los homosexuales que la habían heredado de su ex cabrona no la hubiesen pintado de un estridente color violeta. «La Carlina», después de retirarse de la vida activa, tal como lo habían hecho otros distinguidos hombres de negocios chilenos, se había ido a Miami a disfrutar de sus millones.

7

## **EL LITORAL DE LA ZONA CENTRAL**

Bruno había estado yendo diariamente a la clínica a ver su padre, hasta que el anciano salió de la unidad de cuidados intensivos. Junto al alivio que le produjo aquel hecho, sintió el agotamiento acumulado durante aquellos días vividos en constante tensión. Por eso, y además para que Karin aprovechara de conocer algo del paisaje del país, aceptó la invitación que le hizo su tío Herman a pasar un fin de semana en la costa del océano Pacífico, en la casa de verano que él tenía en el balneario de El Quisco. Herman y Angélica, su bella mujer, les pasaron a recoger a media mañana del viernes siguiente, que había amanecido caluroso y despejado. Cuando Karin y Bruno subieron al automóvil, el sol ya había recalentado la ciudad de Santiago y la reseca comarca que la rodeaba. Atravesaron la ciudad por una avenida diagonal alejada del centro y salieron hacia el poniente, rumbo al litoral.

Hicieron un tranquilo viaje por una moderna carretera semi desierta, que interrumpieron sólo para echar una rápida mirada a la artesanía local que se exhibía en el poblado de Pomaire y probar las famosas empanadas de horno de medio kilo. Luego llegaron sin contratiempos al punto donde la carretera se bifurcaba: un ramal iba hacia El Quisco y el otro seguía hacia el puerto de San Antonio. Allí el tío Herman decidió aprovechar la ocasión para mostrarle el puerto a Karin.

Aparcaron el automóvil en una de las calles principales del puerto y luego se fueron caminando hasta los malecones donde se embarcaba el mineral de cobre extraído de El Teniente, la mina subterránea más grande del mundo de este metal y una de las mayores del país. Había sido precisamente el cobre el que le dio auge al puerto de San Antonio, y continuaba siendo el principal producto que se exportaba por allí. Bajando por la calle principal llegaron hasta unos edificios levantados junto al mar, donde los pescadores artesanales vendían los pescados y mariscos capturados por ellos mismos. Bruno estaba admirado del reducido tamaño de los pescados.

—¿Por qué son tan pequeñas las merluzas?

—Por culpa de los japoneses, patrón.

—¿De los japoneses?

—¡Claro! Ellos pescan en barcos y con sus tremendas redes nos están dejando sin pescado.

—Y el gobierno, ¿no hace nada?

—¡Les da permiso a los japoneses, éso es lo que hace!

Resultaba imposible soportar la pesadez del aire, impregnado de los olores provenientes de los restos de pescados que se estaban pudriendo dentro de los tarros para los desperdicios, que nadie

había sacado del lugar. Bruno se vio obligado a decirle a su tío que deseaba salir cuanto antes de aquella zona del puerto.

—Ahora que vives en Europa te has vuelto delicado.

—Pero, tío. ¿Es que usted no siente el olor?

—Así huelen todos los puertos del mundo.

—Tal vez, pero a mí me da náuseas.

El camino hacia El Quisco pasaba por unas alturas, detrás de Cartagena. Aquel balneario había sido el más popular entre los santiaguinos hasta que las autoridades militares suspendieron el funcionamiento del ferrocarril que lo unía con la capital del país.

La construcción de la línea férrea que unía la capital con el puerto de San Antonio y su ramal al balneario de Cartagena, hizo posible a los agobiados habitantes de la metrópoli viajar con rapidez a la costa, a pasar los fines de semana. Los veraneantes de escasos recursos sólo podían viajar los domingos temprano por la mañana, para regresar cansados por la tarde, riñendo o cantando, borrachos y quemados por el sol.

Bruno había ido por primera vez al mar a los seis años de edad, cuando sus padres lo llevaron junto a sus hermanos al balneario de Cartagena donde había dos playas: la Chica y la Grande. No olvidaba aquella mañana en que su madre le despertó muy temprano, obligándolo a salir aún dormido de la cama. Luego toda la familia viajó en una micro a la Estación Central donde subieron a un tren repleto de bulliciosos y alegres pasajeros, que a los pocos minutos salió hacia la costa. Como se trataba de un tren directo, pasó sin detenerse por las estaciones de Talagante y El Monte y sólo se detuvo en Melipilla, la estación intermedia más importante. Allí el andén se llenó de «palomitas», vendedoras vestidas con

blancos delantales y tocas de enfermeras en la cabeza, que vendían pan amasado recién salido del horno que llenaba el fresco y puro aire matinal con su apetitoso perfume. Ellas también vendían emparedados de arrollado de cerdo en tortillas de rescoldo; empolvados y dulces chilenos rellenos con nueces y manjar blanco; dulces de camote confitado en forma de gajos de naranja; dulce de membrillo empaquetado en celofán; botellas de chicha dulce de uva, y diversos tipos de refrescos. En el Puerto de San Antonio no se bajó nadie porque todos los viajeros iban a la playa. El tren siguió por un acantilado, bordeando el mar, hasta una larga e inclinada pendiente por la cual descendió a la estación de Cartagena. No bien el tren se detuvo, los pasajeros se bajaron como espantadas hormigas. De prisa, todos se dirigieron hacia la Playa Grande, donde estaba permitido acampar. Iban cargados con canastos con pollos cocidos, huevos duros, pan amasado, cebollas, tomates, humitas y todo tipo de aliños. Los más precavidos, llevaban con cuidado las damajuanas de vino y las bolsas con botellas de refrescos y leche para los niños. De los más pequeños se ocupaban sus madres, sus abuelas, sus tías, sus hermanas mayores y las vecinas. Los veraneantes estaban exitados con el salino perfume del mar que les había recibido al bajarse de los vagones del tren. El espumoso espectáculo de las olas reventando en la playa, los había puesto alegres y bulliciosos. Caminando con dificultad en la arena suelta, las familias se internaban en la playa, tomando posesión de los mejores lugares. Sin que pareciera importarles, los retrasados caminaban hacia el extremo más alejado de la entrada. Prevalecía la alegría y el optimismo. A pesar de que aún no se había despejado de nubes matinales el cielo, algunos veraneantes ya estaban con el traje de baño puesto corriendo hacia las olas.

Bruno iba nervioso porque veía que el gentío llevaba mucha prisa por llegar al mar y en cambio sus padres avanzaban con toda calma. Tampoco se atrevía a soltar la mano de su madre y echar a

correr, porque el lugar le era desconocido. Pero sus padres no fueron a la Playa Grande, sino que entraron a un edificio. Era un hotel construido frente a la Playa Chica, a la cual se llegaba bajando las gradas de piedra que había al borde de la amplia terraza del establecimiento. Pero eso Bruno sólo lo descubrió después. Lo primero que hizo fue ir junto a sus padres a dejar las maletas a la habitación donde iban a pasar la noche. Allí dejaron a Sofía, que se había dormido, y él y su hermano Hans se vistieron el pantalón de baño y bajaron a la terraza del hotel. Aunque la nubosidad todavía no desaparecía, su madre les embetunó el cuerpo con aceite y luego los dejaron bajar a la playa. Allí se acercaron con curiosidad a la espuma de las olas. Les sorprendió el frío del agua y huyeron dando gritos. Pero regresaron, para de nuevo escapar. A los pocos minutos habían perdido el miedo inicial, pero seguían mirando con respeto la línea donde rompían las olas. El frío del agua, el acompasado estruendo de las olas y el olor yodado del aire, fueron las sensaciones marítimas que Bruno no olvidaría jamás. Tampoco olvidaría a los dos bañistas que entraron al mar bebidos y recién almorzados, quienes se acalambraron y fueron arrastrados por el oleaje. Cuando los sacaron a la playa, ambos ya habían fallecido.

Dejaron atrás las playas de El Tabo y unos kilómetros más al norte llegaron a Isla Negra. Del mismo modo como el nombre de Chile se hizo conocido en el mundo debido a Salvador Allende, Isla Negra lo fue gracias a Pablo Neruda. En aquel lugar, mirando hacia el mar, Neruda construyó una casa estrafalaria muy a su gusto de poeta. Luego del fallecimiento del vate, ocurrido sólo unos días después del alzamiento militar de 1973, la vivienda fue convertida en un museo que recibía la visita de miles de personas, ávidas por conocer y admirar los objetos que el poeta reunió a lo largo de su inspirada vida.

Bruno comentó que existía un personaje que andaba por el mundo jactándose de haber sido amigo de Neruda, que cometió el error de escribir que Isla Negra era una isla, arrojando serias dudas sobre la autenticidad de su autoproclamada amistad con el poeta.

—Como tú puedes ver, Karin, Isla Negra no es una isla sino un apacible caserío a la orilla del mar.

Aquel poblado marítimo constaba de una veintena de casas y sus habitantes estaban luchando, tal vez sin muchas posibilidades de éxito, para evitar que el lugar fuese contaminado con la plaga de edificios de departamentos que se extendía por todo el litoral, sin que nadie se preocupara de regular tal avalancha.

Tras cancelar una modesta suma entraron en la casa-museo de Pablo Neruda. Admiraron los mascarones de proa; la colección de botellas con formas humanas, de botas y de animales; las bellas caracolas, y el pasillo adornado con máscaras indígenas. Leyeron los nombres de los amigos del vate que le habían precedido en su partida hacia las tinieblas de la muerte, que el propio Neruda había escrito en las vigas del techo, y por las ventanas contemplaron el oleaje estrellándose contra los roqueríos de la playa. Después bajaron a caminar por la arena, entre las rocas, y tomar contacto con el agua del mar. Desde aquella perspectiva admiraron la casa donde el poeta escribía sus versos, regularmente todas las mañanas, para luego compartir con sus amigos los succulentos y deliciosos platos que había ordenado, con minuciosa gula, para el almuerzo.

Un poco más al norte, arribaron al balneario El Quisco, donde los tíos de Bruno tenían su casa de verano. Allí les esperaba Gabriela,

la menor de los hijos de Herman y Angélica, que estaba junto a Juan, su marido y sus dos hijos, pasando unas semanas de descanso en la casa de sus padres. Para que se refrescaran, Gabriela les sirvió jugo de huesillos cocidos y dulces y fragantes chirimoyas. Luego Karin y Bruno bebieron café, mientras los demás se servían té, la infusión preferida de los chilenos, quienes no se cansaban de destacar que aquella bebida era “también” la preferida de los ingleses.

Durante las horas de mayor calor descansaron en la frescura de la casa y luego Juan les acompañó a recorrer el simpático pueblo costero. Llegaron hasta una hermosa playa que, como todas las de aquella región, era de suave y fina arena. Al atardecer, Herman y Angélica les llevaron a comer a un restaurante del cercano balneario de Algarrobo y, de paso, a conocer aquel lugar. Allí estaban rellenando un pantano a la orilla del mar y levantando lujosos edificios de departamentos. Bruno preguntó de dónde iban a sacar el agua potable que se necesitaría cuando la zona estuviese habitada, pero no supieron responderle. Tampoco sabían qué iba a pasar con las aguas servidas.

Al día siguiente, después de desayunar, Bruno, Karin y sus primos fueron a bañarse en el mar. A causa de la delgadez de la capa de ozono en aquella región del litoral chileno, las autoridades recomendaban no asolearse en las playas entre las once y las dieciséis horas, por lo que Karin se dio prisa por meterse al agua. El mar estaba tranquilo, con olas pequeñas. La sueca entró al agua corriendo, tal como lo hacía en Mallorca, y frente a la primera ola se zambulló en piquero. Sólo alcanzó a dar cuatro brazadas antes de salir huyendo del mar, muerta de frío. Debido a la corriente de Humboldt, que desde la Antártida sube durante todo el año a lo largo de las costas chilenas, el agua del mar es siempre helada. Durante aquel fin de semana y hasta el miércoles siguiente, Bruno y Karin tomaron el sol y se bañaron con precauciones en el mar,

porque no creían que las playas estuvieran descontaminadas, tal como aseguraban las autoridades locales, ya que en ninguna parte habían podido ver una planta purificadora de aguas servidas.

El jueves por la mañana Herman los llevó a Viña del Mar, la «Ciudad Jardín», distante a una hora de camino. Al comenzar el descenso de los cerros de la cordillera de la Costa, casi al borde del mar, tuvieron una fugaz vista panorámica de la bahía de Valparaíso y, a la derecha, de los cerros de Viña del Mar internándose en tierra firme, cubiertos por miles de casas construídas durante los años en que Bruno había permanecido fuera del país. En la parte baja de la ciudad, al otro lado de la vía férrea, por un amplio puente cruzaron sobre el estero Marga Marga, en cuya desembocadura las autoridades habían construído un dique de arena, por lo que sus aguas, verdes, espesas y nauseabundas llenaban la canalización hasta muy cerca del borde. En la ribera opuesta llegaron a los bellos jardines del parque que se extendía por la costanera donde estaba el Casino Municipal.

—Viña del Mar debe su nombre a una viña que existió en unos terrenos que ahora están ubicados en el centro de la ciudad —explicó Bruno—. Una vez terminado el ferrocarril que unió Valparaíso con Santiago, este valle se hizo accesible a los porteños. Los comerciantes adinerados comenzaron a construir sus casas de verano en terrenos arrendados a la hacienda propietaria, fundando en forma indirecta esta ciudad. Posteriormente se construyeron hoteles y residenciales que les permitieron a los santiaguinos pasar sus vacaciones en Viña del Mar. Además, durante el verano muchos vecinos de la ciudad arrendaban sus casas amobladas para obtener ingresos extras. Cuando la fábrica proporcionó utilidades, mi padre empezó a arrendar durante los meses de enero y febrero, en conjunto con el tío Herman, una casa

en Viña del Mar. Durante el día todos íbamos a la playa o a la piscina de Recreo, por las tardes a los niños nos llevaban al cine, a la plaza o al circo. Por las noches, mis padres y mis tíos comían en distintos restaurantes y los días sábado iban cenar y bailar al Casino Municipal, donde además los hombres jugaban al punto y banca y las mujeres, a la ruleta. En los días nublados recorríamos Valparaíso, donde subíamos a los cerros en los destartalados ascensores. En una ocasión fuimos a ver los fuegos artificiales con los que el puerto celebraba la llegada del Año Nuevo. Los días domingo asistíamos al servicio religioso en la Iglesia Luterana del cerro Concepción.

Desde El Quisco Bruno había consultado por teléfono los precios que cobraban algunos hoteles, sin hacer ninguna reserva porque antes de decidirse quería ver el aspecto de ellos. Los hoteles que Bruno deseaba conocer se encontraban muy próximos unos de otros, por lo que pasar delante de ellos en el automóvil sólo les tomó unos minutos. En la misma puerta del hotel que les pareció el mejor se despidieron del tío Herman, quien tenía prisa por regresar a El Quisco.

Se inscribieron en la recepción del hotel, subieron a dejar sus bolsos de viaje en la habitación y luego Bruno llevó a su esposa a conocer la ciudad. Durante los años que había durado su ausencia, Viña del Mar había cambiado. Existían nuevos hoteles y edificios de modernos departamentos. Los jardines del parque, a lo largo de la costanera, exhibían como siempre sus hermosas flores. El césped y los árboles se veían muy bien cuidados. Recorrieron el sector céntrico hasta la Plaza de Armas, arriba de una victoria tirada por un cansado y flaco caballo, sin lugar a dudas un pariente pobre de Rocinante. Por la noche fueron a cenar a un restaurante cercano al hotel, especialista en asados de vacuno. La carne que les sirvieron fue de primera y muy bien guisada. Las porciones fueron tan abundantes, que Karin no pudo comerse ni la mitad del bife

chorizo. De regreso en el hotel Bruno preguntó por la limpieza de las aguas del mar, porque antes de viajar a Chile había leído que la contaminación en Viña del Mar era muy alta. Le respondieron que las playas estaban descontaminadas.

—¿Y cómo lo lograron? ¿Instalaron una planta de aguas servidas?  
—Fue más sencillo: se alargó el tubo de desagüe mar adentro y así las porquerías van a dar más lejos.

En atención a aquella respuesta y en previsión de posibles contratiempos con su salud, decidieron ir a la playa sólo a tomar el sol, pero no a bañarse.

En aquellos días las autoridades dieron a conocer que se iba a inaugurar un colector de cerca de cuarenta kilómetros de largo que recogería las aguas servidas de Villa Alemana, Quilpué, Reñaca, Viña del Mar y Valparaíso. El colector iba a descargar los desechos en Loma Larga, al sur de la bahía de Valparaíso, a cuatrocientos metros mar adentro y a sesenta metros de profundidad, pero sin ningún tratamiento purificador. La obra había terminado costando veinte veces el presupuesto original pero todos estaban contentos, convencidos de que así eliminaban para siempre la contaminación de las playas. Por su parte, Bruno dudaba.

Antes de la construcción del Canal de Panamá, Valparaíso había tenido gran importancia en el tráfico marítimo. Los barcos que transportaban mercaderías entre Europa y los puertos de la costa oeste del continente americano debían pasar por el temido Cabo de Hornos en el extremo austral del continente sudamericano, donde el océano Atlántico se une al Pacífico, y recorrer toda la costa hasta el puerto de Valparaíso para reabastecerse y dar un corto

descanso a sus tripulaciones. Los marineros aprovechaban para bajar a tierra a beber y acostarse con las prostitutas, cosa que algunos de ellos hicieron por última vez antes de perder la vida en un naufragio. Entre aquellos rudos hombres de mar, la justa fama del puerto de Valparaíso no provenía tanto de las fragantes comidas de las tabernas, ni del incomparable sabor del vino navegado, ni de sus pintorescas y entreveradas calles, ni de las casas multicolores que a duras penas colgaban de los cerros, ni de sus caletas de sufridos pescadores artesanales, como de la ternura proverbial de sus meretrices. Valparaíso, que tuvo notoriedad mundial en 1866 a raíz de haber sido bombardeado con total impunidad por la Escuadra española, el 11 de septiembre de 1973 se inscribió definitivamente en la historia porque allí la Armada de Chile inició la sublevación de los militares en contra de la democracia, con el respaldo de la Sexta Flota del Pacífico Sur de la Marina de Guerra de los Estados Unidos de América.

El domingo por la mañana fueron al puerto de Valparaíso. Cerca del hotel donde se hospedaban subieron a una micro cuyo recorrido llegaba hasta Playa Ancha, un barrio ubicado en el extremo más alejado del puerto, donde las casas se encaramaban unas sobre otras aferradas a los cerros, sin orden ni concierto, dejando entre ellas estrechos pasajes para peatones y algunos más anchos que han sido habilitados como calles. La micro trepó resoplando por las inclinadas calles. Cuando llegaron en la cumbre del cerro a una zona de viviendas de aspecto miserable por cuyas retorcidas calles de tierra transitaban escasas personas, ellos eran los únicos pasajeros del vehículo que entró a un recinto rodeado totalmente por una alta verja de malla de alambre, donde estaba el terminal de la línea de microbuses.

—¡Hasta aquí nomás llegamos! —anunció el chofer.

Karin y Bruno se levantaron para bajarse.

—Perdón: ¿A dónde van ustedes?

—A ninguna parte. Le estoy mostrando Valparaíso a mi esposa.

—En ese caso mejor será que esperen aquí la hora del regreso, sin bajarse de la micro.

Bruno comprendió de inmediato que los temores del chofer se debían al peligro que corrían de ser asaltados si abandonaban el vehículo y salían del recinto del terminal.

—Le agradezco su advertencia.

—A mí la gente del barrio me conoce, yo siempre les estoy haciendo gauchadas. Pero a ustedes se les ve de lejos que no son de aquí, que son turistas. Y en este barrio, mi amigo, a los turistas los cogotean de día claro.

El camino de regreso por la inclinada pendiente, el vehículo lo hizo rápidamente. Ellos se bajaron en la parada del Mercado Municipal. El antiguo edificio estaba en ruinas y parecía a punto de desplomarse. En la planta baja todavía funcionaban, aunque en muy malas condiciones, algunos antiguos locales de venta. Los pisos superiores, debido a los hoyos que se podían ver en el techo, se encontraban completamente deteriorados por la lluvia y las escaleras estaban clausuradas. Desde el Mercado fueron a la Plaza Echaurren, de cuyos alrededores habían desaparecido los edificios donde funcionaban los principales lenocinios del puerto, afamados en todo el mundo a causa de la gran afluencia de marineros que allí disfrutaban de la ternura de las prostitutas. Los inexistentes edificios había dejado tristes espacios vacíos en el sector, que semejaba el hocico semi desdentado de un monstruo gigantesco. El otrora barrio alegre de Valparaíso, se veía muy venido a menos.

Caminando por una calle bordeada de edificios, que a todas luces estaban esperando a los obreros que los irían a demoler, arribaron a la Plaza Sotomayor, donde se encuentra el monumento al Combate Naval de Iquique.

—Este es el monumento a Arturo Prat.

—¿Quién fue Arturo Prat?

—Durante la guerra del Pacífico, que enfrentó a Chile con Perú y Bolivia, el 21 de mayo de 1879 tuvo lugar un combate naval en Iquique, un puerto del norte del país. El Capitán de Corbeta Arturo Prat, de treinta y un años de edad, casado y con dos hijos pequeños, murió en la cubierta del buque enemigo al que abordó al ser espoloneado su barco. Siendo el oficial más brillante de su generación, aquella mañana Arturo Prat comandaba la corbeta «Esmeralda», un viejo navío de madera casi inservible y de escaso valor militar.

—Pero si era un oficial tan brillante, ¿por qué estaba al mando de un buque inservible?

—Para la mayoría de nosotros los chilenos, siempre ha sido un misterio por qué Arturo Prat comandaba el barco más viejo de la Escuadra chilena de la época. Yo lo he sabido en el exilio. Un historiador chileno exiliado en Inglaterra, me contó que Arturo Prat había sido destinado a la corbeta «Esmeralda», como una forma de castigo.

—¿Por qué fue castigado?

—Esta es una historia en la cual jugaron un papel importante la ley, la política y el amor. Arturo Prat ingresó a la Escuela Naval a la edad de diez años. A los diecisiete años combatió en la guerra contra España, participando como guardiamarina en la captura de la corbeta «Covadonga». A los veintisiete años, cosa muy poco corriente en Chile, sin abandonar la Marina se recibió de abogado. En su memoria de prueba «Observaciones a la Ley Electoral Vigente», Arturo Prat defendió el principio democrático de que la voluntad popular, expresada en votos, debía ser la soberana

conductora de los destinos del país, eligiendo a sus mandatarios directamente no en la forma indirecta, a través de Colegios Electorales, como lo establecía la Ley Electoral vigente. Estas ideas de Prat no gustaron a los marinos conservadores, que eran mayoría dentro de la Armada. La persecución que Arturo Prat comenzó a sufrir, por sus ideas políticas, fue una de las causas de su presencia en la corbeta «Esmeralda».

—¿Y qué tuvo que ver el amor en esta historia?

—Los miembros de la Marina de Guerra deben solicitar permiso para casarse. Esta solicitud se hace ante la Comandancia en Jefe por conducto regular, adjuntando los antecedentes familiares de la novia. El mando superior tiene la facultad de otorgar o denegar la autorización. Encontrándose en Inglaterra, el Teniente Luis Uribe se enamoró de Elizabeth Morley, hija de una familia inglesa, y solicitó permiso para casarse. El Teniente formaba parte de la misión naval, encabezada por el Almirante Anacleto Goñi, que había ido a buscar dos buques de guerra construidos en los astilleros ingleses. Montando en una inexplicable cólera, el Almirante Goñi le negó el permiso.

—¿Y por qué se oponía el Almirante?

—Ese punto ha permanecido oscuro. Pero se sabe que el Almirante andaba fuera de sí, diciéndole a todos que él no le iba a permitir al Teniente casarse con “esa gringa deslavada tal por cual”, con “esa gringa atea”. Como el Teniente insistiese en su solicitud, el Almirante le dijo: “De una bendita vez quiero que me entienda que no quiero que se case con la gringa. No es la esposa para usted. Pídale, si quiere, el permiso a la Comandancia en Jefe de la Armada en Valparaíso, pero yo haré todo lo posible para que le digan que no.”

—¿Y qué hizo el Teniente?

—El Teniente Uribe elevó su solicitud a la Comandancia de la Armada y a pesar de la oposición del Almirante logró el permiso y de inmediato contrajo nupcias con su amada.

—¿Cómo reaccionó el Almirante?

—Cuando el Almirante se enteró que el Teniente se había casado, exclamó: “Este matrimonio no es válido ante la ley chilena.” Desesperado con la actitud de su superior, el Teniente Uribe lo increpó: “Señor Almirante”, le dijo delante de varios de sus compañeros, “usted me ha calumniado haciendo desgraciada a una familia antes de formarse...” Pero el Almirante, reaccionó golpeando al Teniente con su paraguas y gritando algunas frases, que hasta hoy son parte del secreto del sumario, no lo dejó continuar. Nunca se han aclarado las verdaderas razones por las cuales el Almirante se opuso al casamiento de su joven subalterno. En vista de aquella situación, el Teniente Uribe quiso renunciar a la Armada, pero el Ministro de Chile en Londres, don Alberto Blest Gana, a quien le había dirigido su solicitud de dimisión, no quiso darle curso.

—¿Qué sucedió a continuación?

—El Teniente Uribe dio parte de enfermo y no se embarcó en la cañonera «Magallanes», como le había ordenado el Almirante, sino que regresó a Chile a bordo del blindado «Cochrane», escondido por sus compañeros en un camarote. A su llegada Uribe fue arrestado, acusado por el Almirante Goñi de “insubordinación en el extranjero.” El teniente fue destituido de inmediato de la Marina y se le mantuvo en prisión hasta la celebración del juicio en su contra.

—¿Qué tuvo que ver Arturo Prat en este embrollo?

—Luis Uribe era hijastro de un tío de Arturo Prat, habían sido compañeros de curso en la Escuela Naval y eran muy amigos. Cuando tres meses después se inició el «Consejo de Guerra», en calidad de abogado Arturo Prat se hizo cargo de la defensa de su primo. En la primera parte de su alegato, Prat se centró en la inconstitucionalidad de la destitución y en la ilegalidad de las actuaciones del Almirante Goñi. Al comenzar a referirse a los ocultos motivos del Almirante, el Tribunal, integrado por oficiales que conocían los entretelones del asunto, sorprendentemente le dio la razón a Arturo Prat y cerró el juicio.

—¿Absolvieron al Teniente?

—Efectivamente, el Teniente Uribe fue repuesto en su grado y cargo dentro de la Marina y se le cancelaron los sueldos devengados y no pagados durante el tiempo en que estuvo detenido y alejado del servicio. Este fue otro de los hechos que motivaron la presencia de Arturo Prat y del Teniente Luis Uribe en la inservible corbeta Esmeralda. De aquella nave de madera ambos pasaron a la historia como héroes, merced a su heroico comportamiento en el combate naval de Iquique.

—¿Y el Almirante?

—Cayó en el más completo anonimato y hasta hoy la Marina de Guerra ha mantenido en secreto el expediente del juicio que restituyó en su carrera al Teniente Luis Uribe.

En el malecón del puerto, Karin y Bruno fueron asaltados por los vendedores de pasajes de las lanchas de distintos tamaños que, por diferentes precios, llevaban a los turistas a navegar por la bahía, pero ellos prefirieron sentarse a contemplar el mar, mientras escuchaban a un conjunto de jóvenes músicos ambulantes argentinos, con aspecto de mochileros o turistas a dedo, que llenaba aquel espacio con música cuyana. Al sentir hambre se levantaron y antes de ir al restaurante que les habían recomendado entraron a la estación de ferrocarriles. El edificio había sido parcial y torpemente remodelado en su interior. Los trenes que aún circulaban hacían un recorrido que, pasando por Viña del Mar, Quilpué y Limache, llegaba al cercano pueblo de Quillota. El trayecto de trenes entre Santiago y Valparaíso estaba suspendido y la Estación Mapocho de Santiago, declarada monumento nacional, había sido convertida en una especie de centro cultural donde se celebraban las ferias del libro, se hacían exposiciones y se representaban obras de teatro.

Se dirigieron hasta el ascensor Turri, que les elevó hasta la cumbre del cerro Concepción. Desde un mirador contemplaron la extensa bahía de Valparaíso, extendida en toda su belleza. En la terraza del restaurante especializado en pescados y mariscos, que su tío Herman les había recomendado, bajo un gran toldo multicolor que les protegía del sol, almorzaron disfrutando de una espléndida vista de la ciudad y del mar. La comida estuvo deliciosamente preparada y a ellos la cuenta no les pareció muy alta, pero a simple vista se podía ver que los clientes de aquel lugar eran chilenos adinerados y turistas extranjeros. Después estuvieron largo rato saboreando el café, sin decidirse a abandonar aquel lugar, debido a la espectacular belleza de la vista panorámica. Antes de abandonar el lugar visitaron los templos de las iglesias anglicana y luterana de Valparaíso. En el ascensor en el que habían subido bajaron al plano del puerto y se encaminaron a la Plaza de la Victoria. Aquel domingo, además de los frondosos árboles, los jardines y los miles de gorriones y palomas, en la plaza había una gran cantidad de vendedores ambulantes de refrescos, helados y globos y numerosos niños jugando bajo la atenta mirada de sus madres.

Karin y Bruno se sentaron en un banco a la sombra, rodeados de aquellas sonoras criaturas. Sus manos se buscaron a ciegas y sus dedos se entrelazaron al encontrarse. Al mirarse, sin decir palabra comprendiendo que había sido el recuerdo de su pequeño hijo el que les había llenado los ojos de lágrimas. De regreso a Viña del Mar, el microbús en que viajaban pasó delante del ostentoso edificio del Congreso Nacional en el cual funcionaban la Cámara de Diputados y el Senado de la República. En esta última rama del poder legislativo, los senadores elegidos por votación popular debían sesionar con los senadores designados por los militares y el propio ex dictador, quien se había investido a sí mismo como «Senador Vitalicio».

## LA PROVINCIA DE LLANQUIHUE

Bruno llamó por teléfono a su primo Rolf Matthei, que vivía en Puerto Varas, porque quería viajar con Karin a la región de los lagos. Pensaba viajar en avión a Puerto Montt y al regreso visitar algunas ciudades del sur de Chile. Rolf estuvo encantado con la idea del viaje y de inmediato le ofreció recibirlos en su casa y llevarlos a los famosos saltos del río Petrohué. Le aconsejó que hicieran el viaje en el «Tren Rápido a Puerto Varas». Bruno, que había viajado en aquel tren en los tiempos en que aún llegaba a Puerto Montt y recordaba los coches dormitorios, la comida que servían en el coche comedor y la belleza del paisaje a través del cual había sido construída la vía férrea a comienzos del siglo, se entusiasmó con el consejo de su primo y de inmediato compró los pasajes.

—¡Será nuestro viaje de luna de miel! —le dijo a Karin.

Viajar en tren, existiendo las líneas aéreas y de buses que prestaban un servicio muchísimo más rápido, fue una elección que se debió a razones del corazón y no a cálculos de velocidad. Bruno quiso viajar en aquel tren para refrescar el recuerdo de aquel trayecto y, de paso, volver a gozar con algunas de las recordadas prestaciones de los viejos tiempos, como servirse en el coche comedor una apetitosa y abundante cena, regada con buen vino; dormir con comodidad en las acogedoras literas individuales de un departamento, mientras el monstruo de acero avanzaba rugiendo y traqueteando hacia el sur, sin importarle la oscuridad de la noche ni

las condiciones del tiempo; ducharse a la mañana siguiente para refrescar el cuerpo y ahuyentar las últimas hebras de sueño; desayunar con jugo de frutas, huevos revueltos con jamón y una humeante taza de café con leche; deleitarse con los hermosos paisajes de las comarcas campesinas que el convoy atravesaba durante su marcha, y estirar de vez en cuando las piernas por los pasillos del tren mientras éste, penetrando intrépidamente en las lluvias torrenciales del sur, corría raudo hacia su destino. Con todas aquellas sensuales expectativas, Bruno había terminado por entusiasmar a su racional compañera escandinava, quien era partidaria decidida de ir de un lugar a otro en avión, en vez de arrastrarse penosa y sonoramente por los rieles o rodar con peligro sobre una carretera.

El «Tren Rápido a Puerto Varas» tenía anunciada su salida de Santiago a las diecisiete horas y quince minutos, por lo que Bruno y su esposa llegaron a la Estación Central a las cuatro y media de la tarde, con cuarenta y cinco minutos de antelación, porque llevados del espectante entusiasmo que Bruno había creado no querían perder aquel viaje y debido también a que hasta aquel momento creían en las resueltas y un tanto agresivas afirmaciones de los chilenos quienes les habían asegurado, con un indisimulado chovinismo, que en Chile las cosas marchaban puntualmente, «no como antes», dando a entender maliciosamente de ese modo que ellos se referían a los tiempos que habían precedido a la dictadura militar, aquella época en la que Bruno y todos los chilenos habían vivido en libertad en el país.

Al llegar a la Estación Central les había llamado la atención el andén repleto de viajeros, la mayoría jóvenes con aspecto de excursionistas, y cerros de maletas, mochilas y bultos de todas clases. Pero al llegar la hora prevista de su partida, el «Tren Rápido a Puerto Varas» no había llegado. Por los altavoces de la estación, que de tarde en tarde anunciaban las llegadas y salidas de los trenes

locales, pasadas las 18 horas advirtieron a los jóvenes pasajeros que se encontraban jugando entre los rieles o sentados al borde del andén donde se iba a colocar el «Tren Rápido», que subieran a la plataforma porque el convoy estaba próximo a llegar. Pese a tal anuncio, el tren no apareció y no dijeron ni una sola palabra respecto de aquel nuevo atraso.

A juzgar por la enorme cantidad de pasajeros que lo esperaba, el «Tren Rápido a Puerto Varas» era el más popular aquella tarde. Curiosamente, como Bruno le hizo ver a su esposa, no obstante los treinta grados a la sombra y el treinta y cinco por ciento de humedad del aire, ninguno de sus ocasionales compañeros de viaje exteriorizaba su molestia ni protestaba. Después habrían de comprobar que aquella sumisa actitud, que los chilenos llamaban «flema inglesa», de quedarse callados cuando los trenes no llegaban a la hora a las estaciones, de no protestar cuando las colas frente a las ventanillas inexplicablemente no avanzaban o de permanecer con los ojos bajos ante un abusivo y prepotente funcionario público, era una de las nuevas virtudes aprendidas por los chilenos en los largos años de dictadura.

Minutos antes de las diecinueve horas, una pequeña, sucia y oxidada locomotora entró al andén arrastrando por la cola una fila de doce viejos y descoloridos carros de pasajeros. Era el «Tren Rápido a Puerto Varas» que llegaba en busca de sus pasajeros. El convoy se componía de cuatro coches dormitorio, un coche comedor, tres coches de la clase «pullman» con asientos reclinables y cuatro coches de la clase «turismo» los que fueron tomados por asalto por los jóvenes excursionistas con mochilas. Entre el coche dormitorio en el que iban a viajar Karin y Bruno, que era el primer carro de pasajeros, y la locomotora diesel que tenía la colosal tarea de arrastrar aquel tren hasta su austral destino, acoplaron cuatro vagones de carga repletos de automóviles.

El coche dormitorio, así como todos los demás carros que componían el «Tren Rápido a Puerto Varas», eran auténticos veteranos sobrevivientes de tiempos lejanos y mejores. A pesar del óxido que emergía en diversos puntos donde se había descascarado la pintura jamás renovada y de las manchas de grasa y polvo que se habían acumulado con el paso de los años, Bruno reconoció con emoción y de inmediato, aquellos vagones. Su impresión fue como haber reencontrado viejos amigos. Un atento ayudante del tren, al parecer consciente de los puntos en contra del confort que tenía aquel coche dormitorio bajo su cuidado, se apresuró a subir los bultos hasta el departamento. Pero su empeño por prestar un buen servicio fracasó al equivocar el lugar y subir las pesadas bolsas de viaje a las repisas para equipajes del compartimento vecino. Al corregir su error a indicación de Bruno, cansado por el esfuerzo anterior sólo subió al portamaletas la bolsa más liviana. Bruno no reclamó porque le daba lo mismo que el equipaje viajase arriba de aquella tarima o sobre el piso. El barniz de las bellas maderas de las paredes, principalmente allí donde no se afirmaban los viajeros, había resistido en buenas condiciones el paso del tiempo. Sólo faltaba una percha de bronce para colgar los abrigos, que tal vez había caído al vencerse sus tornillos o algún nostálgico viajero se la había llevado de recuerdo. Mirando con atención, Bruno pudo descubrir que algunos de los tornillos de bronce originales, que sujetaban las lámparas, habían sido reemplazados por tornillos comunes de acero. Las lámparas, bellas y gráciles antigüedades con pantallitas de cristal algo descoloridas, eran las auténticas. Al sentarse en los sillones se hundieron los cojines de resortes. Uno de ellos estaba tan desvencijado, que cayó hacia adelante. Al bajar las ventanas Bruno vio que los cristales estaban rayados y opacos. A través de ellos era casi imposible ver el paisaje. Entonces tomó una toalla de papel, la empapó con agua y trató de limpiar uno de los vidrios por fuera. Comprobó que no era sólo suciedad la que tenía el cristal, sino que además estaba rayado y las manchas que tenía era imposible quitarlas con papel mojado.

El «Tren Rápido a Puerto Varas» inició finalmente su marcha unos minutos después de las diecinueve horas. Acomodándose en los asientos del coche dormitorio, Karin y Bruno dieron un suspiro de satisfacción y se miraron sonrientes. Ambos habían tomado con buen humor el atraso de la partida y no les había importado mayormente el lamentable aspecto que la falta de cuidados había impreso en el departamento que ocupaban y en los vagones del ferrocarril en general. Poco antes de la hora de la cena, un mozo del coche comedor pasó ofreciendo reservas de mesas y Bruno se inscribió para el primer turno. En el coche comedor no pudieron encontrar la mesa que habían reservado, porque en ninguna de ellas había números, de modo que optaron por sentarse a una de las tres mesas que estaban vacías.

Dos mozos atendían a los comensales, sin orden ni concierto, y sólo diez minutos después de haber llegado, uno de ellos se acercó a tomarles el pedido. Dado que el menú sólo ofrecía dos platos, ellos ordenaron lomo a la plancha con arroz, porque les pareció lo más sencillo de preparar, y media botella de vino tinto. El mozo tomó el pedido de memoria y se fue. Comenzó a pasar el tiempo y las personas que llegaron posteriormente a las mesas vacías, recibieron antes que ellos sus platos con comida. Bruno pensó que aquella gente había encargado la comida al momento de hacer la reserva de sus mesas, pero cuando vio que a las tres personas que habían llegado al lado de ellos, que hicieron ahí mismo su pedido, les habían traído sus platos, se decidió a reclamar. El mozo se disculpó arguyendo que se había olvidado. Finalmente les trajeron la comida y la media botella de vino. El trozo de carne que llegó en el plato de Bruno era demasiado pequeño y estaba tan mal preparado, que se vio obligado a reclamar. El mozo se llevó el plato y al cabo de unos minutos regresó con un trozo de carne apenas mayor que el anterior, con el agravante de que estaba quemado y el arroz frío.

Cuando pidieron la cuenta, el mozo les trajo un trozo de papel con la lista de lo que les habían servido y sus precios. A Bruno le llamó la atención que por la media botella de vino le habían cobrado un precio apenas inferior al de una botella entera y se lo dijo al mozo. Visiblemente contrariado y con malos modales, el hombre fue a buscar una lista con los precios de los vinos que tenían en la caja y volvió a mostrársela, pero resultó que los valores indicados en ella tampoco coincidían con los que les estaban cobrando. Bruno, que ya estaba molesto, le pidió al mozo que le trajese la cuenta en una boleta de compraventa. Esta exigencia produjo un revuelo en la caja. Cuando ya se habían ido todos los comensales del primer turno y estaban comenzando a llegar los del segundo, el hombre encargado del coche comedor llegó hasta la mesa.

—Señor: lamentablemente no le puedo dar una boleta porque el talonario se nos quedó ayer en Chillán. Pero si usted me da su dirección, se la enviaré por correo. Además, por las molestias que han pasado, les ofrezco atención gratuita durante el resto del viaje.

—Nosotros sólo queríamos comer bien y pagar lo justo.

—De todas maneras, le insisto en mi oferta. ¿Hasta dónde viajan ustedes?

—Hasta Puerto Varas.

En la cara del hombre apareció un gesto de arrepentimiento, porque su oferta le iba a significar dos desayunos y dos almuerzos gratuitos. Pero como ya era tarde para arrepentirse, sólo se atrevió a musitar:

—Mañana les serviremos café, por cuenta nuestra.

—Muy bien. Hasta mañana y muchas gracias.

Para desayunar, como acompañamiento del café pidieron emparedados de carne a la plancha con queso derretido, en tostadas

de pan de molde. Lo que les sirvieron, no se podía comer. Las rebanadas de pan estaban quemadas por ambos lados y el queso derretido iba mezclado con hilachas de carne quemada y otros restos imposibles de reconocer. Al pedir la cuenta el mozo les dijo que el desayuno era por cuenta de la casa. Entonces Bruno, que apenas podía contener su indignación, ayudó a su esposa a levantarse y regresó con ella al coche dormitorio.

Durante el resto del trayecto tampoco pudieron admirar el paisaje. El abandono en que había estado la línea del ferrocarril durante los últimos años había permitido a los arbustos de ambos lados de la vía crecer formando compactos muros vegetales. Con el tren en movimiento era imposible ver a través de ellos.

Al mediodía llegó el mozo del comedor a ofrecerles una mesa para el almuerzo, pero Bruno le dijo que no irían a comer porque se habían enfermado del estómago. Durante la detención del tren en la estación de Osorno, cerca de las cuatro de la tarde, Bruno bajó a comprar comida. Para él compró una empanada de horno y un emparedado de queso para Karin.

Antes de llegar al pueblo de Llanquihue, el tren se detuvo sobre una loma. Enseguida se produjeron misteriosos ruidos debajo de los carros. Bruno se asomó a mirar por la ventana y vio a unos jóvenes que estaban vaciando a la orilla de la vía los contenedores con detergentes y excrementos de los servicios higiénicos del tren. Después, los muchachos subieron a asear los vagones mientras el tren reiniciaba la marcha hasta su ya cercano destino.

Los primeros inmigrantes que llegaron a Chile, después que el país se hubo emancipado de España, procedían del continente europeo. Los alemanes, austríacos y suizos de habla alemana que fueron

llevados a colonizar las tierras de «La Frontera», recién arrebatadas a los mapuches, no tuvieron más remedio que crear sus propias escuelas para educar a sus hijos, dado que en aquella región el gobierno chileno de la época no tenía escuelas rurales ni siquiera para los niños chilenos. Las condiciones de aislamiento en que tuvieron que vivir estos inmigrantes en el sur de Chile, reforzaron los lazos entre ellos dando lugar a la formación de comunidades de hecho segregadas de los chilenos.

En las márgenes del lago Llanquihue, el más extenso de Chile, se establecieron muchos de los tres mil colonos alemanes que se vieron obligados a viajar a Chile huyendo de las represalias por haber participado en la revolución de 1848, unos, y a raíz de las crisis económicas propias del capitalismo industrial de la época, los otros. Los campos en torno al lago estaban cubiertos por un espeso bosque nativo que los colonos quemaron para despejar de árboles la tierra y sembrar en ella trigo y avena. En el bosque natural crecían valiosas especies de árboles autóctonos como alerces, araucarias, avellanos, canelos, cipreses, coigües, laureles, lengas, lingues, lumas, notros, olivillos, quineos, raulíes, pellines, mañíos, tepas, tepús y fragantes ulmos.

Al comienzo de la colonización, el lago Llanquihue fue la única vía de comunicación entre los colonos, y de éstos con el mundo exterior. Con ese objetivo se crearon los puertos lacustres de Puerto Octay, Puerto Varas y Frutillar. Muchos años después se construyó la línea longitudinal del ferrocarril y, más tarde, la Carretera Panamericana. Por su ubicación, en relación a estas vías de comunicación y su cercanía a Puerto Montt, Puerto Varas se transformó en la ciudad más importante del lago. Engañadas por la extensión del lago Llanquihue y la similitud de sus aguas con las de la bahía de Puerto Montt, muchas personas se han imaginado que Puerto Varas es un puerto marítimo. Para comunicarse con el resto del país, proveerse de insumos y comercializar sus productos,

los colonos utilizaron el puerto marítimo de Puerto Montt, construido en el golfo de Reloncaví al comienzo de la inmigración

A la estación de Puerto Varas, el tren rápido llegó con tres horas de retraso. El primo Rolf, que les había estado esperando desde la hora oficial de llegada del tren, sin perder su buen humor los llevó de inmediato a su casa. Allí les esperaba Ester, su esposa. La vivienda estaba ubicada en una colina desde la cual se veía el lago Llanquihue en toda su magnífica extensión, con la imponente figura del volcán Osorno como telón de fondo.

—¿Qué significa Osorno en mapuche? —preguntó Karin.

—Nada. Osorno es el nombre de un condado español de propiedad del abuelo materno de García Hurtado de Mendoza, el fundador de la ciudad.

Durante la apetitosa cena intercambiaron comentarios acerca de Suecia y de Chile. Rolf y su mujer habían estado en varias oportunidades en Alemania y ambos hablaban alemán, lo que Karin aprovechó para practicar ese idioma.

Al día siguiente, en cumplimiento de la oferta hecha por teléfono, Rolf llevó a sus primos al lago Todos los Santos, ubicado en un lugar enmarcado de altas montañas, al oriente del volcán Osorno. Aprovechando que sus hijos estaban de vacaciones donde sus abuelos maternos, que tenían un fundo en La Unión, Ester también fue de la partida.

—Almorzaremos liviano —anunció Rolf—, porque vamos a tomar onces donde unos amigos.

El camino de regreso lo hicieron con calma, deteniéndose en todos los lugares que les llamaron la atención. Uno de ellos fueron los Saltos del Río Petrohué, creados por una erupción del volcán Osorno que depositó en el lecho del río una plataforma de basalto cristalizado. A lo largo del tiempo, las aguas del caudaloso torrente formaron entre las rocas una seguidilla de pequeñas cataratas de gran belleza, por las que las aguas del río, de un intenso tono esmeralda, se precipitan formando remolinos de blanca espuma. Frente al lago Llanquihue pasaron a una posada cuyos dueños eran amigos de Rolf y su mujer, que ofrecía a su clientela una novedad entroncada en la tradición de los antiguos colonos europeos: auténticas onces alemanas. Las onces consistían en café; té; leche; pan de molde de receta alemana tradicional cuya masa al hornearse rebasa el molde y le da al pan su forma característica; mermelada de cerezas; mermelada de frambuesas; queso fresco y maduro de leche de vaca; queso agrio fabricado según el antiguo procedimiento de los colonos alemanes; salame; pasta de huevo; pasta americana; pasta de salmón; crema dulce batida; mantequilla casera; torta de chocolate con merengue; torta de bizcocho relleno con fruta y crema, y kuchen de frutas de la estación. Todos estos productos, en abundantes porciones para cada comensal, les fueron servidos junto a las amplias ventanas del comedor que permitían admirar el lago Llanquihue y la siempre imponente figura del volcán Osorno. A las espaldas de aquella posada se extendía la falda norte del volcán Calbuco, cuya imponente y cercana mole coronada de nieve, se veía al salir del comedor.

Mientras las mujeres iban a acariciar un cachorro de puma que tenía en sus brazos el dueño de la hostería, Bruno le preguntó a su primo por los parientes que vivían en la zona.

—Muchos de los viejos han muerto y a los que quedan vivos les ha ido más o menos. Sólo a unos pocos les ha ido bien.

—¿Crees tú que debería ir a saludar a alguno de ellos?

—Mira, Bruno: tú y yo se puede decir que hemos crecido juntos, somos primos, yo te quiero como a un hermano y te he recibido en mi casa. Pero eso no quiere decir que me haya olvidado de lo que nos separó en el pasado, pues aquello creo que nos sigue separando hoy en día. Por lo que sé, el resto de la parentela no quiere saber nada de tí.

Al día siguiente, fueron a Puerto Montt. En Angelmó pasaron donde un posadero conocido de Rolf a pedirle que les preparara mariscos frescos para el almuerzo. Aprovecharon aquella rápida detención en Angelmó para saborear dos delicias del lugar: empanaditas fritas de mariscos y tortillas de rescoldo. Almorzaron al más puro estilo chilote: entrada de lenguas de erizos frescos al matico, con limón, pan amasado con mantequilla y vino blanco, y de fondo un mariscal que incluyó choros maltones, almejas, machas, piures y picorocos.

Mientras estaban en Angelmó, el cielo se oscureció y luego, entre cegadores relámpagos y truenos ensordecedores, cayó el segundo diluvio universal. Bajo la intensa lluvia, mezclada con formidables granizadas, Rolf les llevó a conocer los primeros kilómetros de la Carretera Austral Presidente Pinochet. En acongojado silencio, Bruno contempló el camino que se internaba hacia el sur en Chiloé continental, orillando los volcanes Apagado y Hornopirén. El sabía que los militares habían iniciado ese camino obligando a trabajar como esclavos, en un régimen de campos de concentración, a centenares de presos políticos desaparecidos, pero no hizo ningún comentario.

Al día siguiente recorrieron la costa del golfo de Reloncaví hasta el canal de Chacao, estrecho que separa Chile continental de la legendaria Isla Grande de Chiloé, por cuyos mares navega aún El

Caleuche, el buque fantasma. Rolf les contó que estaba en estudio la construcción de un puente carretero en aquel lugar, que terminaría definitivamente con el aislamiento de Chiloé, a lo que muchos chilotes se oponían.

En el año 1558, Alonso de Ercilla y Zúñiga junto a un grupo de soldados llegó hasta el golfo de Reloncaví y en una barca que los indígenas le facilitaron cruzó un brazo de mar con sus soldados y desembarcó en una isla que se cree fue Puluqui. Según cuenta la leyenda, en el tronco de un árbol escribió:

—*“Aquí llegó donde otro no ha llegado  
Don Alonso de Ercilla que el primero  
En un pequeño barco deslastrado,  
Con sólo diez pasó el desaguadero.”*

## 9

### LA «PERLA DEL RIO RAHUE»

La ciudad de Osorno, la «Perla del río Rahue», es la capital de la Provincia del mismo nombre y está situada a novecientos cincuenta kilómetros al sur de Santiago y a noventa kilómetros al norte de Puerto Varas. Dado que las líneas de buses interurbanos prestaban un servicio cómodo y rápido, Bruno no aceptó que su primo les fuera a dejar a Osorno y no quiso que Roberto, a quien iban a visitar en aquella ciudad, les fuese a buscar a Puerto Varas. Mientras el bus avanzaba por la Carretera Panamericana, Bruno le contó a su esposa:

—Cuando llegaron a Osorno los primeros colonos alemanes, el gobierno chileno les entregó las tierras del valle central, dejando algunos enclaves en manos de los indígenas huilliches, sus primitivos habitantes. El trabajo tesonero de los colonos y su mayor desarrollado cultural y tecnológico, sumado a la feracidad de la tierra, pronto dieron excelentes resultados. Aquellos que realmente se sentían a gusto con las labores agrícolas hicieron fortuna y estuvieron en condiciones de acrecentar sus predios. Algunos les adquirieron sus parcelas a los colonos que abandonaban el duro trabajo en el campo para dedicarse a otras actividades. Otros sencillamente se apropiaron de las tierras de los indígenas.

—¿Qué se produce en esta zona?

—Al comienzo de la colonización, las praderas osorninas producían trigo y avena en abundancia. Al crecer los fundos fueron dejándose de lado las siembras para reemplazarlas por la ganadería extensiva. Esta es la forma más sencilla y menos complicada de hacer producir un fundo. Una vez establecido el pasto en las praderas, se necesitan pocos trabajadores para efectuar las faenas del campo. Los remunerativos precios de la carne y la leche, gracias a la protección de las barreras arancelarias, hicieron muy rentable la actividad de los ganaderos osorninos.

—¿Cuándo conociste esta Provincia?

—En la época en que estábamos estudiando en el liceo, mis hermanos y yo vinimos en varias ocasiones con nuestros padres a veranear a Osorno. No en la ciudad sino en el fundo de mi tío Erwin, el padre de Rolf, que está ubicado en la ribera norte del lago Llanquihue. En sus praderas mi tío engordaba novillos flacos y baratos que adquiriría en las ferias de ganado, en el invierno, para venderlos gordos y a buen precio durante el verano.

—¿En qué se entretenían?

—Con nuestros primos andábamos a caballo, pescábamos en el lago y también íbamos a acampar a Las Cascadas, en las primeras estribaciones del volcán Osorno. En un par de ocasiones ascendimos al volcán. En la primera oportunidad llegamos al comienzo de las nieves, pero no pudimos seguir por la falta de zapatos adecuados. Lo intentamos de nuevo al año siguiente, subiendo hasta la cumbre.

Los potreros de pastoreo antes de llegar a Osorno, a ambos lados de la carretera, habían sido transformados en terrenos industriales en los que había diversas construcciones de reciente data. En la ciudad el bus llegó hasta el terminal de buses donde Roberto y Julia, su mujer, les esperaban para llevarlos a su casa a almorzar. Después salieron en automóvil a recorrer la ciudad. Karin y Bruno pudieron admirar la increíble belleza de las flores de los jardines, muchas de las cuales crecían casi sin ningún cuidado. Entre poéticas hortensias, aristocráticas rosas, dulces magnolias, exuberantes dalias y magníficas buganvillas, destacaban los fantásticos rododendros de diversos colores con sus corimbos encendidos en todo su esplendor.

A pedido de Bruno fueron al barrio de Rahue, donde viven los trabajadores. Las poblaciones obreras habían crecido, pero sus calles eran estrechas y las pequeñas casas de delgadas paredes de madera se habían extendido siguiendo las ondulaciones del terreno, por lo que al mirarlas desde la distancia daban la impresión de estar amontonadas. Recorrieron aquel sector de la ciudad y de regreso al centro pasaron a cenar a un restaurante.

—Se ve muy tranquila la ciudad —comentó Bruno.

—La procesión va por dentro. La matanza de dirigentes que hicieron en esta Provincia los latifundistas, después del golpe militar, fue una de las más encarnizadas en comparación con el

resto del país. Sin duda crearon el terror en la población, pero también dejaron sus enseñanzas.

El día siguiente amaneció despejado y con sol. Por la mañana Roberto acompañó a sus visitas a recorrer a pié el centro de la ciudad. A Karin le llamó la atención, lo mismo que ya habían visto en Puerto Montt, que los semáforos de las esquinas no tuvieran luces dirigidas hacia los peatones.

Bruno encontró que la Plaza de Armas se veía igual que antaño. La pileta central, los jardines con magnolios y rosas, la glorieta para el orfeón militar, las veredas embaldosadas arboladas de tilos y el árbol que había plantado Gabriela Mistral, estaban allí. La única novedad eran las tiendas de lona donde vendían sus baratijas los comerciantes ambulantes llegados de todo el país. En los costados de la plaza permanecían aún, en sus mismos edificios, el hotel, el Correo, la Intendencia, el cine transformado en templo evangélico, la Municipalidad y la inconclusa Catedral de Osorno mostrando que los bingos del Comité de Construcción de la Catedral no habían podido o querido alcanzar su propósito. Al pasar frente a un edificio de departamentos, ubicado en una esquina frente a la Plaza de Armas, Bruno comentó:

—De manera que «El Libanés» terminó su edificio. ¿Con qué plata?

—Nadie lo sabe con certeza, pero «El Libanés» fue nombrado Alcalde por los milicos y en unos pocos años se llenó de plata.

—¿Buenos negocios?

—Se hizo millonario comprando billetes premiados de la Lotería.

—¿Engañando a los favorecidos?

—No. Al contrario, bajo cuerda les pagaba un recargo sobre el valor del premio obtenido en el sorteo.

—¡Pero así, nadie se hace millonario!

—Tal vez, pero él decía que aplicaba una fórmula de números aleatorios con raíces cuadradas de logaritmos y álgebra tridimensional, de su invención, con la cual podía transformar en ganancia cualquier pérdida. Los milicos le creían y él daba conferencias en la Universidad sobre sus teorías matemáticas. Incluso la prensa informó que la Junta Militar lo había propuesto oficialmente para el Premio Nobel de Matemáticas. Después se supo que no se le daba ese premio a los matemáticos. Fue una gran desilusión para el país, porque él ya era mencionado como el Tercer Premio Nobel de Chile.

—Y tú, ¿qué piensas?

—Se decía que andaba metido en el contrabando de armas y de drogas y de que en esos negocios le servía de pantalla a los capos de la «DINA».

Caminando llegaron a un costado del puente San Pedro, que atraviesa el río Rahue. Sobre un promontorio estaban las ruinas del fuerte español que los indígenas habían destruido. Los restos del fuerte eran unas cuantas piedras que yacían desparramadas sobre el terreno, sin orden ni concierto. La imaginación y la buena voluntad no alcanzaban para reconstruirlo mentalmente.

—García Hurtado de Mendoza fundó aquí la villa de Osorno. Como ustedes pueden ver, ahora la ciudad se extiende en ambas riberas del Rahue. Este río desagua el lago Rupanco y después de un recorrido de cien kilómetros a través de las praderas osorninas, desemboca como tributario del río Bueno, que es el límite natural entre las provincias de Valdivia y Osorno.

—¿Sigues pescando aquí?

—Ahora no se puede pescar porque el río está contaminado. ¿Ves aquellas industrias del sector Ovejería? Pues todas ellas botan sus residuos directamente en el río. Además aquí se vierten las aguas servidas de la ciudad y un poco más allá llega el río Damas,

totalmente contaminado por las industrias del sector oriente de Osorno. Y por si esto fuera poco, todo el alcantarillado de Rahue, desemboca directamente en el río.

Cuando regresaron a la casa de Roberto, Julia ya tenía listas una ensalada de lechuga y otra de tomates con cebollas cortadas a la pluma y estaba preparando una tercera de papas y zanahorias cocidas con trocitos de apio y arvejas al vapor, todos aquellos ingredientes mezclados con mayonesa. Esta última era la ensalada preferida de Bruno. Roberto salió al patio de la casa acompañado de Bruno, a encender carbón en un fogón contruido con un tambor de lata de doscientos litros partido a lo largo por la mitad.

—Aquí hacemos las parrilladas de carne, pero ahora vamos a preparar medio corderito asado al palo.

Roberto, que se había puesto los pantalones de lona que usaba para hacer aquel trabajo doméstico, cuando el carbón estuvo encendido ensartó medio cordero en el fierro del asador y lo colgó de unos ganchos a cierta altura sobre las brasas. Luego comenzó a girar el asador para que el cordero se asara por sus cuatro costados. Bebiendo vino tinto sin prisa, ambos amigos comenzaron a ventilar sus recuerdos. En la conversación surgieron los nombres de algunos amigos comunes y profesores de la Universidad. Entre éstos don Eduardo, el maestro preferido de ambos.

—¿Qué es de él?

—Regresó al país, pero se mantiene alejado de la política. Tampoco ejerce como abogado. Se encuentra retirado.

Bruno anotó el número de teléfono de su ex profesor, con la intención de llamarlo al regresar a Santiago.

—¿Has sabido de Rebeca?

—Sí, está divorciada. Si la vieras no la reconocerías. Aunque gasta mucha plata en pinturas, peinados y arreglos, se ve ajada. A su único hijo lo mató un coronel de la Fuerza Aérea que se había enamorado de él. Le disparó en el casino de oficiales, pero al asunto le echaron tierra. A Rebeca le dieron una casa como indemnización y tuvo que cerrar la boca. Ella está trabajando en el Ministerio de Justicia.

—¿A pesar de la democracia?

—Los militares exigieron que no se tocara a los mandos medios de la Administración Pública, que siguen apenados en sus puestos.

¿Por qué querías saber de ella?

—Por nada, me acordé de repente. ¿Sabes qué es lo que quiero hacer? Saludar a mi tío Erwin.

—Listo, nomás, yo te puedo llevar a su fundo.

Bruno llamó por teléfono a su tío Erwin Matthei y quedó de visitarlo al día siguiente. Durante el almuerzo, respondiendo a las preguntas de los dueños de casa, Karin describió algunas de las costumbres suecas más interesantes. Después de los postres, Roberto ofreció llevarles al lago Puyehue.

La mañana había estado calurosa y por la tarde sólo unas escasas y algodónadas nubes flotaban sobre la cordillera de la Costa. Un tibio vientecillo agitaba las ramas de los árboles, anunciando que el buen tiempo iba a continuar, al menos por aquella tarde. Al salir de la ciudad pasaron frente a una escuela que había sido arrasada por un incendio.

—¿Cuándo se quemó esta escuela?

—La incendiaron los grupos fascistas al final de la campaña electoral municipal. Le lanzaron cócteles molotov por los cuatro costados.

—¡Bandidos!

—También intentaron quemar otra escuela, pero los vecinos apagaron a tiempo aquel incendio.

Camino hacia la cordillera de los Andes pasaron por la desviación hacia el aeropuerto de Cañal Bajo.

—Me imagino que ahora los aviones aterrizan con mayor frecuencia en Osorno.

—Así era, pero las líneas aéreas han suspendido sus vuelos a Osorno, debido a las fallas que tiene este aeropuerto.

—¿Qué fallas?

—El «hidroplaning». Cuando está lloviendo se forma una película de agua en la losa que hace patinar a los aviones cuando aterrizan.

—¿Y es muy difícil solucionar ese problema?

—No lo sé. Pero es que además el aeropuerto carece de control de tráfico aéreo y de sistemas de radioayudas. Los aviones no pueden operar de noche ni en los días de lluvia.

El trayecto hasta el lago Puyehue lo hicieron deteniéndose en algunos lugares para admirar el paisaje. Uno de aquellos puntos fue el Salto del río Pilmaiquén.

—Los latifundistas de este sector asesinaron a todos los dirigentes sindicales y regidores de la Unidad Popular de la Comuna de Entre Lagos. Sólo escapó con vida la ex Alcaldesa, quien denunció los crímenes.

—¿Y condenaron a los asesinos?

—Ninguno de ellos ha sido detenido.

Al este de Entre Lagos se detuvieron a contemplar las tranquilas aguas del lago Puyehue. De una mata de maqui Bruno cortó para Karin una ramita con frutos maduros.

—¿Qué frutos silvestres hay en esta zona?

—Avellanas, calafates, zarzaparrilla, murtilla, chilco, boldo, chauchau, copihues, coigües, frutillas y chupones. Además de digüeños, chaguales y champiñones que son hongos comestibles.

Después de servirse café con kuchen de manzana en el hotel de las Termas de Puyehue, regresaron a Osorno.

A la mañana siguiente, Roberto llevó a sus amigos al fundo de Erwin Matthei, el menor de los hermanos del padre de Bruno.

—En todas las ocasiones que vine al fundo de mi tío Erwin, con mis primos salíamos de excursión, recogíamos jugosos tallos de nalcas y pololeábamos con las jóvenes que veraneaban en este lugar. Cuando disponíamos de un vehículo íbamos al lago Todos los Santos, deteniéndonos a medio camino en los saltos del río Petrohué. Pero nuestra entretención favorita era la pesca de truchas arcoiris en los afluentes del lago Llanquihue.

Las casas del fundo lucían remozadas con nuevos techos de tejuelas de alerce. El tío Erwin y Beatriz, su mujer, les esperaban en la vivienda principal.

—¡Bienvenidos! Qué bueno que nos hayan venido a visitar.

Como Roberto era conocido de sus tíos, Bruno sólo les presentó su esposa y luego todos se sentaron en los confortables sillones de cuero que había frente a la gran chimenea forrada en piedra laja.

—Por intermedio de Marta nos hemos mantenido más o menos informados de tus progresos en Suecia. Sabemos que eres padre de un niño y que te recibiste de economista, lo mismo que tu esposa. Ella habla castellano, ¿no es cierto?

—Karin habla español, tío. Primero lo estudió en la escuela y luego lo ha venido practicando conmigo. Por suerte para mí, ella no ha sido como las otras jóvenes suecas que luego de haber aprendido el idioma abandonaron a sus novios latinoamericanos.

Después de aquellas palabras introductorias, Karin respondió las preguntas sobre Suecia que le hicieron los tíos de Bruno. En un momento en que Bruno quedó a solas con su tío, el viejo le dijo:

—Sentí mucho lo ocurrido a tu hermano. Me imagino que tu madre te contó todos los esfuerzos que hicimos después que sufriste el atentado.

—Sí, tío. Ella me contó que usted fue una excepción dentro de la familia. Esa es una de las razones por las que he venido a saludarle.

—Tratamos de ayudarte, pero sin resultados. A mí me resultó muy duro que nuestros parientes de las Fuerzas Armadas se negaran a interceder por un miembro de la familia. “Yo no me involucro, porque algo habrá hecho”, decían.

—Lo que me ocurrió a mí, tío, no tuvo nada que ver con política. Una persona quiso vengarse de mí. Eso fue todo.

—En aquellos tiempos yo también estaba ofuscado, aunque aún sigo pensando que el señor Allende estaba equivocado. Sin embargo, no quisiera que las cosas que hicieron los militares volvieran a suceder.

—No creo que la historia se repita, tío.

—Eso espero.

**LA «PERLA DEL RIO CALLE CALLE»**

Rechazando con agotadoras explicaciones la fraternal insistencia de Roberto y su esposa, que les invitaban a quedarse unos días más en Osorno, Karin y Bruno subieron a un bus interurbano con destino a la ciudad de Valdivia, llamada «La Perla del río Calle Calle» por sus orgullosos vecinos. Había llovido torrencialmente durante la noche, pero el cielo estaba despejado al amanecer. En algunas de las verdes lomas del campo pastaban grupos de vacunos y recientes plantaciones de espárragos, frambuesas y manzanos interrumpían de vez en cuando la regularidad del paisaje.

—¿Por qué se llama Valdivia la ciudad?

—Porque fue fundada por Pedro de Valdivia, el noble español que conquistó Chile.

—Y si era noble, ¿por qué vino a conquistar Chile?

—Porque era noble, pero no rico. Miles de nobles españoles vinieron a América a hacer fortuna. Cuando Valdivia llegó al Perú, aún no había logrado grandes riquezas, por lo cual, ante lo esquivo que se portaba con él la diosa fortuna, decidió conquistar fama y honores. Esta ciudad que vamos a visitar ahora, como ocurrió con todas las ciudades y fuertes levantados en esta región, fue destruída por los indígenas y reconstruída posteriormente. Como una consecuencia de la llegada de los emigrantes alemanes a Chile, en la segunda mitad del siglo diecinueve Valdivia llegó a ser un importante centro de la colonización del sur del país. Mis antepasados se instalaron en esta región y aquí nacieron mis abuelos, mis tíos y mis padres. Mi hermano mayor también nació en Valdivia, pero al año siguiente nuestros padres se trasladaron a

vivir a Santiago, por lo que mi hermana Sofía y yo nacimos en la capital.

—Pero tú conoces bien esta zona.

—Por cierto. Durante mi niñez y mi juventud, pasé muchos veranos en Valdivia. Durante las vacaciones del colegio, nuestra madre venía con nosotros a Valdivia. Aquí vivían mis dos abuelas y con ellas pasábamos toda la temporada de verano. Fueron fantásticos aquellos meses en esta región. La casa de nuestra abuela paterna estaba en la misma ciudad, por lo que teníamos ocasión de ir al cine, tomar helados en la plaza y hacer viajes en lancha por el río Calle Calle.

—¿Y tu abuela materna?

—Ella vivía cerca del lago Riñihue. A mediados de enero, en la época de las cosechas, íbamos al fundo de nuestra abuela. Para nosotros los niños, en el campo había muchas entretenciones. Lo que más nos gustaba a mis hermanos y a mí era andar a caballo. Junto con nuestros primos y primas íbamos a bañarnos al lago y salíamos de madrugada a pescar truchas en los esteros. Yo recuerdo los juegos en los galpones repletos de oloroso pasto seco recién guardado y en los muelles de paja. En los días de lluvia, bastante frecuentes en esta zona, a mí me gustaba sentarme a leer junto a una ventana, lo más cerca posible de una salamandra encendida.

En atención a que ellos sólo iban a estar de paso en la ciudad, Bruno había preferido visitar a su amigo Elías, ya que la mayoría de sus parientes valdivianos vivían en el campo. En el terminal de los buses interurbanos éste les estaba esperando. Elías, que en Suecia se había doctorado en educación, había retornado al país radicándose en Valdivia.

—¡Bienvenidos, amigos! Por mi humilde intermedio, la cuna de Camilo Henríquez os recibe y os saluda.

—¿Quién es ese señor? —quiso saber Karin.

—Fue un cura patriota igual que yo. Un partidario de la independencia de Chile de principios del siglo pasado quien, tal como le ocurrió a este servidor, se vio obligado a huir de Valdivia, su ciudad natal.

En la casa de Elías dejaron los bolsos de viaje y luego fueron a almorzar.

—¿Cómo te ha ido, Elías?

—Aquí me tienes, viviendo de mis deudas.

—¿En qué trabajas?

—Como nunca pude encontrar un trabajo en la educación, junto a otro retornado montamos un taller de artesanía que quebró porque nos lo incendiaron en tres ocasiones. Nosotros habíamos montado la empresa con un crédito del Banco del Estado, que gestionaba el aporte del gobierno alemán destinado a facilitar la reinserción de los retornados. Ahora estamos en la ruina, esperando que nos metan en la cárcel o nos condonen la deuda. Yo, por el momento, estoy dedicado al comercio de baratijas.

—¡Qué lástima! Después de todos tus estudios.

—Los chilenos le tienen pánico a los retornados con títulos. Mi título sólo me ha traído problemas. Cada vez que lo muestro, pierdo un posible trabajo o un amigo.

Después de almorzar, Elías llevó a sus amigos a hacer un recorrido por el centro de la ciudad con la intención de mostrarle a Karin los lugares más interesantes. Imitando con gracia el tono profesional de los guías de turismo europeos, fue explicando:

—Desde aquí vemos el renombrado río Calle Calle; en aquel vetusto edificio funciona la mundialmente famosa curtiembre Stolzenbach; al otro lado del río se puede ver la fábrica de los

incomparables licores Feremberg, apreciados en todo el mundo; aquél es el monumental puente Calle Calle, por el que pasa la carretera más larga del mundo que va desde Punta Arenas hasta los helados territorios de Alaska; estos torreones de piedra son los restos de un fuerte español; aquél es el bello parque Harnecker, donado a la ciudad por el benefactor del mismo nombre; en este punto nace el incomparable río Valdivia, formado por los ríos Cau Cau y Calle Calle, cuyas aguas se mezclan aquí mismo ante nuestros ojos; aquél es el puente Pedro de Valdivia que lleva hasta la famosa isla Teja, que es un gran triángulo de tierra formado por los ríos Valdivia, Cau Cau y Cruces; al otro lado del río, en la isla Teja, podemos ver aquella casona de color amarillo donde funciona el magnífico museo Van de Maele, de la Universidad Austral; en aquellas ruinas estuvo ubicada la fábrica de cerveza Anwandter, fundada en 1851, que le diera renombre y justa fama a la ciudad de Valdivia, y en este edificio que veis aquí, funcionaba la reputada curtiembre y fábrica de calzados Rudloff, que en otros tiempos surtía de bototos a los milicos del país.

—Se nota la presencia de los alemanes en esta ciudad y por lo que se ve, muchos tuvieron éxito —expresó Karin.

—Especialmente los fabricantes de cerveza y licores. Tanto fue su éxito, que los productores de vinos de la zona central exigieron a los gobiernos de la época que pusieran barreras comerciales a los licores valdivianos.

—A esta región llegaron mis antepasados. Aunque muchos de ellos se establecieron en los campos de La Unión, Osorno y Llanquihue.

Recorriendo la costanera a lo largo del río llegaron cerca del puente Pedro de Valdivia, Elías estacionó el coche y se fueron caminando hasta el Embarcadero Schuster, en el puerto fluvial. En aquel lugar se les ocurrió dar un paseo en barco. Los había de tamaño pequeño y mediano, todos dedicados a pasear turistas por el río. De la hora de salida y el tamaño de la embarcación dependía la longitud del viaje. Algunos de los barcos de tamaño medio iban

hasta Niebla, el balneario ubicado en la desembocadura del río Valdivia en el océano Pacífico. Estos salían por la mañana, proporcionaban un servicio de almuerzo a bordo y regresaban por la tarde. Por lo avanzado de la hora, ellos abordaron un barco pequeño que les llevó hasta la desembocadura del río Cruces, frente al lugar donde había existido el Palacio de los Presidentes de Chile, desaparecido a consecuencia del terremoto de 1960. Aquel cataclismo terrestre produjo un hundimiento de más de dos metros de los terrenos sobre los que estaba construída la ciudad. De regreso, pasando bajo el puente Pedro de Valdivia, el barquichuelo fue hasta el punto donde confluían los ríos Calle Calle y Cau Cau, para desde allí regresar al embarcadero.

El paseo fluvial terminó a la hora de cenar y para ello fueron a un restaurante ubicado cerca de la Plaza de Armas. Después de la cena recorrieron la plaza. Bajo los enormes tilos centenarios paseaban centenares de jóvenes procedentes de todo el país, que habían viajado a participar en las Semanas Valdivianas. Karin constató que los semáforos del tránsito también tenían luces para los peatones.

Aquella noche pernoctaron en la casa de Elías y al día siguiente, después de desayunar, fueron al balneario de Niebla.

—Por lo menos una vez cada verano íbamos a este balneario. Allí alojábamos en una posada, aunque también había algunas pensiones más baratas. Era divertido recorrer el camino hasta las ruinas del fuerte, donde íbamos a merendar, para luego regresar al atardecer al caserío. Aquellos anocheceres en Niebla, junto a una estufa encendida, forman parte de mis recuerdos inolvidables.

Camino al balneario pasaron por la isla Teja y aprovechando que estaba en el camino, visitaron el Museo de la isla, ubicado en una hermosa casona donada por una pudiente familia de colonos alemanes, con la finalidad de que allí se estableciera un museo que preservara la memoria de los primeros inmigrantes de aquella nacionalidad. Al parecer el museo no contó con la aceptación ni la colaboración de todas las familias alemanas, de modo que la idea no prosperó como debió haber sido y al final terminó convertido en Museo de la Universidad Austral de Valdivia. Lo que se podía ver allí, además del árbol genealógico de la familia donante de aquella mansión y de algunos muebles antiguos llevados desde Europa en el siglo diecinueve, eran unas vidrieras con insignificantes y escasos vestigios de la cultura huilliche, algo de la historia de la ciudad y una exposición internacional de fotos. A Bruno y Karin les pareció que el museo, tal vez por falta de una adecuada dirección, no había logrado sus metas.

Luego de atravesar el puente sobre el río Cruces, bajo una fina y persistente llovizna, recorrieron por una carretera asfaltada los quince kilómetros que separaban Valdivia de Niebla. Antes de bajar a la playa se detuvieron a contemplar el paisaje. El pequeño balneario, lamido por el anchuroso y tranquilo río, conservaba su entorno natural gracias a las escasas edificaciones. Haciéndole honor a su nombre, una espesa niebla, que se levantaba desde el centro del río, cubría como un fantasmal velo la ribera opuesta. A medida que fueron transcurriendo las horas de la mañana, la niebla se fue replegando hasta dejar al descubierto las arboladas montañas que completaban el paisaje. Entonces pasó volando una bandada de bandurrias.

—En mi niñez aprendí a conocer casi todas las especies de pájaros. Todavía puedo distinguir las taguas de los pidenes; los peucos de los guairavos; las garzas de los flamencos; las churretas de las taguas; los cernícalos de los aguiluchos; las lechuzas de los

chunchos; los tiuques de los queltehues; las becacinas de las perdices; los chucaos de los chercanes; las diucas de los zorzales; los mirlos de los choroyes; las gaviotas de los cormoranes y los chincoles de los jotes.

Decidieron almorzar en una vieja hostería que tenía una fenomenal vista al río. En la sala de entrada del recinto había una enorme chimenea de piedra, una rústica mesa de centro y un aparato de televisión en el que alguien estaba viendo un partido de fútbol. En una de las murallas, dentro de un gran fichero con cubierta de vidrio, se exhibía una colección de antiguas fotografías en las cuales habían quedado retratados algunos eventos de la historia de los dueños de la hostería. Al ver sus nombres, Bruno apenas pudo ocultar su sorpresa: su prima Gertrud era la actual dueña. Pero no quiso dar a conocer su descubrimiento, dejándolo para el término del almuerzo.

Al finalizar la comida, la dueña de la hostería realizaba una ceremonia que facilitó el plan que Bruno había concebido. La propietaria del local, acompañada de una camarera que traía una bandeja con vasitos, llegó a ofrecerles un bajativo, por cuenta de la casa. Cuando Gertrud les preguntó qué les había parecido la comida y si estaban satisfechos de la atención recibida, Bruno le dijo:

—Nos hemos sentido como en Europa.

—¿De dónde vienen ustedes?

—De Suecia.

—¡Oh! ¿En Suecia hablan alemán?

—No —le respondió Karin—. Hablamos sueco.

—Te voy a dar una sorpresa, Gertrud: soy Bruno Matthei, tu primo.

—¿Bruno? ¡Qué sorpresa!

—Parece que estoy muy cambiado.

—De verdad, no te había reconocido. Pero es que yo no te veía desde hace tantos años. ¿Por qué no me saludaste al llegar?

—Me enteré que estabas aquí cuando leí tu nombre y ví tu foto a la entrada. Esperé hasta ahora para darte una sorpresa.

—¿Has retornado al país?

—Sólo estamos de visita. Gertrud, esta es Karin, mi esposa, y este es mi amigo Elías.

Terminadas las presentaciones, Gertrud les hizo pasar a una salita privada donde prosiguieron la conversación. Al despedirse, Gertrud les dijo:

—Creo que deberían visitar a mi madre. Ella está viviendo en Valdivia, en la casa paterna. Estoy segura de que se va a alegrar al verles.

Helga Schultz vivía con su hija Margarita, la única mujer de la familia con un nombre no alemán, quien había sido la menor de las hermanas y la más consentida. Pero también había sido la más bonita, independiente e inteligente. Se había graduado de enfermera universitaria y no se había casado. Y aunque durante años sus muchos pretendientes fueron a darle serenatas por las noches frente a su casa y a suspirar de amor bajo su ventana, ninguno de ellos consiguió de Margarita lo que anhelaba.

Elías dejó a sus amigos frente a la casa.

—Llámame, Bruno, y les vendré a buscar.

—No hará falta. Nos iremos en un taxi a tu casa.

Margarita abrió la puerta de la vieja mansión.

—¡No me vas a creer, Bruno! ¡Anoche soñé que te abría la puerta, tal como ahora está ocurriendo! Esta belleza es tu mujer, ¿no es cierto? Tú también estabas en el sueño, querida.

Bruno reía y abrazaba a Margarita, sin darle crédito, porque ella siempre había sido una reconocida bromista. Ambas mujeres se saludaron, simpatizando de inmediato. Margarita seguía siendo una belleza y tía Helga, a pesar de sus noventa años, mantenía intacta su esbelta figura, su femenina agilidad, su proverbial memoria y, sobre todo, su aguda claridad mental. A Bruno, le dijo:

—Estaba segura de que vendrías a visitarnos, aunque tú no estabas interesado.

—Yo pensaba que usted vivía en el fundo y allá no íbamos a poder ir, pero en Niebla nos encontramos con Gertrud y ella me dijo que usted estaba viviendo en la ciudad.

—Siempre hay que contar con las casualidades.

Las mujeres insistieron en que se quedaran a cenar. Tía Helga parecía una computadora: recordaba el nombre y la fecha de nacimiento de toda su parentela: de sus hijos, nietos y biznietos; de sus hermanos, sobrinos y sobrinos nietos, incluyendo a los respectivos consortes y la fecha de las bodas. Pero también sabía la edad de todas sus amigas y la de los hijos respectivos. Por si todo aquello fuera poco, conservaba en la memoria todas las direcciones.

—¿Usted también recuerda el número de los teléfonos?

—No, ese invento no me interesa, nunca lo he necesitado. Cada vez que ha ocurrido una desgracia o ha nacido un niño en la familia, yo lo he sabido de inmediato, sin necesidad del teléfono.

Después de cenar tuvieron una amena sobremesa recordando los veranos pasados en el fundo junto al lago Riñihue.

—Años atrás tuve un sueño que no he olvidado. Íbamos por una calle de Santiago y una jauría de perros nos salía al encuentro. Cuando el más agresivo de los canes nos atacaba, tú le dabas un machetazo cortándole el hocico en diagonal. Con los dientes al aire y sangrando, el animal huía aullando de dolor. Fue un sueño horrible.

—No me vas a creer, Margarita, si te digo que yo soñé lo mismo. Pero lo más increíble fue que un par de semanas después de aquella pesadilla, en la misma calle del sueño me encontré con un perro que tenía aquella horrible herida. A Karin ya le conté esa experiencia.

—Estoy asombrada. No sé qué decir.

—Esto de soñar lo mismo dos personas es algo que ha ocurrido siempre en nuestra familia —dijo tía Helga—. A mi madre y a mí nos ocurría a menudo. Una noche soñé que se accidentaba mi padre. Recuerdo que desperté en la noche y me fuí a su pieza desconsolada. La encontré sentada en su cama. Ella también estaba llorando. Antes de que yo le contara mi sueño, ella me consoló: “No llores, tu padre está bien, sólo fue un sueño.” Cuando un mes después nos fueron a avisar que mi padre había fallecido en un accidente, nosotras nos miramos sin pronunciar palabra. A partir de entonces, cada vez que soñábamos algo divertido nos lo contábamos y nos reíamos, pero teníamos un pacto de silencio para los sueños que anticipaban desgracias.

Al despedirse, tía Helga dijo:

—A tu padre, Bruno, le queda poca vida. Le hizo muy bien que tú vinieras a verle, pero su fin está cercano. Pero tú te irás de Chile con el consuelo de haber podido estar con él antes de su muerte. A

tu regreso, en Europa ocurrirán cosas que repercutirán en Chile. Pero será para mejor.

### **La Capital de «La Frontera»**

Una vez terminada la guerra contra Perú y Bolivia, el gobierno chileno decidió despojar de sus tierras al pueblo mapuche. El Ejército fundó el fuerte de Temuco el cual, junto a los fuertes de Curacautín, Lautaro, Pillánlelbún, Nueva Imperial y Carahue, formaba parte del plan estratégico de aquella intervención militar en el territorio de los indígenas. La región, que había sido bautizada Araucanía por los conquistadores españoles, también era conocida como «La Frontera». Tras aquella campaña militar, matizada de tratados o parlamentos incumplidos, los mapuches fueron concentrados en reducciones que sumaban un poco más de trescientas mil hectáreas en total. El resto de las tierras fueron vendidas a particulares o entregadas a los colonos europeos, entre los que destacaron alemanes, suizos, franceses e italianos. El fuerte de Temuco pronto se transformó en un poblado y luego en una ciudad la que, como resultado de la construcción del ferrocarril longitudinal, de la carretera panamericana y de la red vial de la Provincia de Cautín, quedó ubicada como el centro de las comunicaciones locales, lo cual sentó las bases para su desarrollo comercial.

El bus en que viajaban Karin y Bruno, entró a la ciudad de Temuco de improviso, al término del largo puente carretero por el que cruzaron el río Cautín. En Santiago sus conocidos les habían comentado los grandes avances de esta ciudad en los últimos años, de modo que cuando se bajaron en el terminal del bus, Bruno se sintía defraudado. Desde el vehículo había podido ver que el centro de la ciudad, salvo unas pocas construcciones recientes,

conservaba la mayoría de sus viejos edificios, aquellos que Bruno mantenía en su memoria de las ocasiones que pasó por aquella ciudad camino al fundo que uno de sus tíos tenía en Villarica.

El paradero del bus interurbano quedaba cerca de la antigua y venida a menos estación de los ferrocarriles, en un galpón sin ningún tipo de comodidades. Desde allí se fueron caminando en dirección a la Plaza de Armas, cerca de la cual estaban ubicados los más centrales hoteles de la ciudad. Después de inscribirse en la recepción del hotel, Bruno comentó:

—Nos habían dicho que Temuco estaba muy cambiado, pero veo que el centro de la ciudad está casi igual que hace treinta años.

—Tiene toda la razón, señor, aunque los barrios de la ciudad se han extendido bastante y se han instalado nuevas empresas. Le sugiero que se tome la molestia de hacer un recorrido por la ciudad. Así se formará una impresión más completa.

—Esa es una buena idea.

En la Plaza de Armas abordaron un taxi.

—¿A dónde les llevo, señor?

—Queremos recorrer los barrios nuevos de la ciudad y también la zona donde se han instalado las nuevas empresas. Por un recorrido así, ¿me podría hacer un precio fijo?

—Un recorrido como ese se lo puedo hacer por..., digamos..., unos diez mil pesos, señor.

El hombre dijo esa cifra pensando que le iban a pedir una rebaja. En Chile aquella cantidad de dinero era un poco alta, pero Bruno la comparó mentalmente con las tarifas que cobraban los taxis en Estocolmo, y no la encontró exagerada.

—De acuerdo.

Durante el extenso circuito seguido por el taxi, dentro del casco urbano de la ciudad, vieron que al sur la antigua ciudad Padre Las Casas, prácticamente se había transformado en un barrio de Temuco; que los sectores populares efectivamente se habían extendido al poniente; que al norte del cerro Ñielol había surgido un barrio residencial con edificios de departamentos y villas rodeadas de jardines, y que se había creado una zona industrial donde habían levantado sus galpones algunas empresas distribuidoras de maquinaria y de productos para la agricultura. Regresaron satisfechos al centro de la ciudad.

—¿Qué lugar nos recomienda para ir a cenar?

—Si desean comer bien y sabroso, les recomiendo dos lugares: el Mercado Municipal y el Centro Español.

Fueron a cenar al Centro Español, donde Bruno había estado muchos años atrás, dejando el Mercado Municipal para ir a almorzar al día siguiente. El Centro Español funcionaba en un sobrio edificio de varias plantas construido por la colonia española residente. Cenaron espléndidamente en un hermoso comedor decorado al estilo ibérico donde, sin esforzarse demasiado se tenía la impresión de estar en España. Tal era el efecto que producían las decoraciones del cielo raso y de las murallas, junto a los objetos de adorno y las lámparas.

La habitación del hotel era amplia y confortable, con grandes ventanas mirando a la calle. Las mullidas camas, las sábanas, las frazadas y las cubiertas, eran de calidad y estaban impecablemente limpias. Las cuidadas instalaciones del baño escrupulosamente aseadas y las toallas recién salidas de la lavandería, producían una

agradable sensación de bienestar. Aquella noche durmieron como ángeles y al día siguiente, después de desayunar fueron al terminal de una línea de buses interurbanos donde adquirieron pasajes a Concepción y dejaron sus bolsos de viaje en custodia. Los billetes los compraron para la salida de las tres de la tarde, con la idea de tener tiempo para almorzar antes de partir.

En el Mercado Municipal, junto a los puestos que vendían artículos artesanales, muchos de ellos presuntamente hechos por los indígenas mapuches, había decenas de pequeños restaurantes que ofrecían los platos típicos de la región: cazuela de pava, de gallina y de cordero; costillar asado de cordero con puré de papas; lomo a lo pobre con papas fritas; longanizas, prietas, arrollado y pernil de cerdo con ensaladas surtidas; queso de cabeza; chupe de mariscos; carbonada de verduras y pastel y humitas de maíz. Se sirvieron humitas: una pasta de choclo tierno molido mezclado con diversos aliños y albahaca, empaquetada en las hojas de la mazorca y cocida en agua hirviendo. Sólo Bruno fue capaz de servirse una porción de pastel de choclo, horneado en una paila de greda. Debido a la contundencia del almuerzo y el sopor de la tarde, durante el viaje a Concepción no pudieron mantenerse despiertos para contemplar el paisaje, como era su deseo.

## **11**

### **LA «PERLA DEL RÍO BÍO BÍO»**

Pedro de Valdivia llegó hasta las márgenes del ancho río Bio Bío al mando de doscientos soldados españoles y de un gran número de

indios «yanaconas» de Michimalonco quien había encabezado la insurrección que destruyó la recién fundada ciudad de Santiago del Nuevo Extremo. Este cacique, después de ser vencido por Valdivia y siguiendo la costumbre de los indígenas, se había puesto a sus órdenes. Valdivia derrotó a los mapuches de la desembocadura del río Bío Bío y fundó la ciudad de Concepción. Después reunió a todos los caciques de la comarca y les dijo:

—¡He venido a gobernaros con justicia!

En demostración de que no le creían los mapuches callaron pero el conquistador, equivocadamente, tomó aquel hosco silencio por asentimiento. Los caciques no podían creer las palabras del conquistador, porque ante sí tenían la porfiada evidencia de los hechos: sus tierras les habían sido arrebatadas y a cuatrocientos mocetones Valdivia les había mandado amputar la mano derecha. Estas realidades les daban a los indígenas una idea muy concreta del contenido de la palabra «justicia» en boca del gobernador.

En el barrio Andalién de la ciudad de Concepción, «La Perla del río Bío Bío», precisamente en el sector donde Valdivia había librado su primera gran batalla con las huestes mapuches, en 1550, el bus en que Bruno y Karin viajaban se detuvo en el «rodoviario», que es el nombre que en Chile le daban a los terminales de buses interurbanos.

Para no crearle problemas a su amigo Iván con su hospedaje, desde el terminal Bruno llamó por teléfono a una pensión que Roberto le había recomendado. Se trataba de una residencial para estudiantes universitarios que durante los meses de verano daba alojamiento a los turistas. A los pocos minutos, el dueño de la pensión les fue a buscar en persona al terminal. Por un módico precio arrendaron un

cómodo departamento con baño y ducha caliente. Una vez instalados, Bruno llamó por teléfono a Iván para decirle dónde se encontraban y quedaron de acuerdo en reunirse al día siguiente.

Iván era un antiguo amigo de Bruno que durante su exilio en Inglaterra se había recibido de arquitecto y casado con Elsie, una joven inglesa profesora de idiomas. En Concepción Iván ejercía de profesor de arquitectura y ella trabajaba como profesora de inglés en la misma Universidad. A la mañana siguiente Iván los pasó a buscar en su coche a la residencial y los llevó a conocer el puerto de Talcahuano. Debido a la extensión que habían alcanzado las polvorientas poblaciones obreras del puerto, prácticamente se había unido a Concepción. Antes de llegar a Talcahuano, a la izquierda del camino se divisaba el cerro Los Perales.

—Allí O'Higgins redactó y firmó la Declaración de la Independencia de Chile, en enero de 1818. Aquel histórico documento se ha extraviado. Las dos copias que O'Higgins firmó posteriormente, cuando ya se encontraba exiliado en el Perú, también han desaparecido. La que se exhibía en un salón del Palacio de La Moneda fue destruida por uno de los militares que asaltaron el Palacio Presidencial el 11 de septiembre de 1973. No obstante que la secretaria del Presidente Allende, que la había rescatado del incendio provocado por los cohetes, le advirtió de qué documento se trataba, el Sargento la rompió.

Un poco más adelante, un hedor insoportable penetró en el automóvil. Aquellos nauseabundos gases procedían del canal «El Morro», uno de los lugares más contaminado del mundo, cuyos efectos malsanos se habían propagado a la bahía de Concepción, debido a lo cual las autoridades sanitarias habían prohibido el consumo de los peces y mariscos extraídos de sus aguas.

En el Apostadero Naval de Talcahuano, luego de pagar por la entrada, subieron al Monitor Huascar, tal vez el primer buque de guerra, construído totalmente de acero, que participó en una guerra en América del Sur.

—En esta cubierta murió Arturo Prat.

—¡Qué pequeño es este barco! —exclamó Karin.

—Y pensar que en su tiempo fue un temido rey del océano Pacífico.

—¿Y por qué está aquí si es peruano?

—Era peruano, pero fue capturado por los chilenos en el transcurso de la Guerra del Pacífico.

Al regreso, antes de llegar a Concepción, por un puente carretero cruzaron el río Bío Bío, rumbo al sur. Unos minutos después arribaron a Lota, donde se encuentran las minas de carbón más importantes de Chile.

—Siguiendo las negras vetas de carbón, los mineros han excavado extensas galerías subterráneas que se adentran por kilómetros bajo el fondo del océano.

—El dueño de las minas le habilitó a su esposa, sobre aquel peñón a la orilla del mar, un palacio importado íntegramente de Francia, un parque y un jardín botánico. Karin, ¿quieres conocerlo?

Karin recorrió aquellos hermosos parajes admirándose a cada paso de la belleza y exhuberancia vegetal. Luego siguieron hasta el pueblo de Arauco, donde Iván había estado dirigiendo la construcción de unas casas levantadas por una firma de arquitectos retornados que había obtenido un préstamo del Banco del Estado, el que a su vez administraba los aportes hechos por los alemanes para facilitar la reinserción de los retornados en Chile. En aquel pueblo almorzaron en un pequeño restorante. Terminado el almuerzo recorrieron las playas del sector. Una vez de regreso en

Concepción, Iván fue a dejar a sus amigos a la residencial prometiéndoles regresar al anochecer para llevarlos a cenar a su casa.

A la hora convenida Iván recogió a sus amigos y los llevó al departamento donde vivía con su esposa. Allí le presentó sus amigos a Elsie y después de beber unos piscosour, pasaron al comedor.

—Ustedes me tienen que perdonar pero recién aquí en Chile estoy aprendiendo a cocinar.

Los temores culinarios de Elsie estaban infundados. Los platos típicos de la zona que había preparado estuvieron bien condimentados y Bruno y Karin los elogiaron sinceramente.

—Estaba muy nerviosa, porque lo poco que sé hacer de comer lo he aprendido aquí en Concepción. En mi país, como estudiante, nunca tuve necesidad de preparar comida, salvo aquellas cosas simples que todo el mundo hace.

—A mí me ocurrió lo mismo —reconoció Karin.

Durante la sobremesa, la conversación versó sobre el trabajo de la pareja en la Universidad; las dudas que ellos habían tenido antes de irse a vivir a Chile; los problemas que tuvieron durante los primeros tiempos, y de cómo las cosas se habían ido enrieland.

—Lo más complicado para mí fue demostrarle a mis colegas arquitectos de que yo no venía a quitarle el trabajo a nadie. Pero creo que al fin han comprendido que aquí hay lugar para todos.

La inserción de Elsie en el medio universitario había sido más sencilla porque entre la gente joven había gran interés por aprender inglés y ella, además de sus méritos profesionales y de su manejo

del castellano, tenía la ventaja de que aquel idioma era su lengua materna.

Después de la sobremesa salieron a dar un paseo nocturno por el centro de la ciudad. En la Plaza de Armas, luego de admirar la hermosa fuente de mármol, se sentaron en unos cómodos bancos bajo los frondosos árboles que, durante el día, protegían con su sombra las amplias veredas embaldosadas. A continuación fueron a servirse una tragos en un local del ramo donde agotaron diversos temas de conversación. Finalmente se despidieron y Bruno y su mujer regresaron a su alojamiento en un taxi.

Al día siguiente almorzaron con Iván y después fueron a conocer la Universidad de Concepción y la laguna de Las Tres Pascualas.

—Curioso el nombre de esta laguna —comentó Karin.

—Cuenta la leyenda que en la ribera de la laguna vivían tres hermosas jóvenes lavanderas, todas de nombre Pascuala

—comenzó Iván a contar—. Desde la profundidad de las aguas las había visto crecer el hijo del dios de la laguna quien, finalmente, como les suele ocurrir a los dioses adolescentes, se enamoró al mismo tiempo de las tres doncellas. Insistentemente le pidió a su padre que lo transformara en hombre para presentarse ante las muchachas, pero su padre se negaba. Tan grande era el amor que las Pascualas habían despertado en el joven dios que con el tiempo enfermó gravemente. El dios de la laguna consultó con sus congéneres más sabios y poderosos el problema que aquejaba a su hijo y éstos le dijeron que tratándose de una enfermedad de amor, sobre todo al afectar a un dios, el caso no tenía sino un remedio: acceder al pedido del joven. Pero hubo una condición: si el joven dios hecho hombre llegaba a poseer a una de aquellas muchachas, jamás recobraría su antigua condición divina, incorporándose

definitivamente al triste mundo de los mortales. Resignándose, el dios de la laguna cedió a los deseos de su hijo y una tarde éste apareció en la ribera de la laguna transformado en un apuesto joven de ágil y esbelto cuerpo, negro y ensortijado cabello y hermosos ojos verdes, que el amor hacía brillar como esmeraldas. Las tres doncellas, con sólo mirar aquellos luminosos ojos se enamoraron perdidamente de su dueño. El joven dios de la laguna metamorfoseado en hombre, dándose cuenta del impacto que había causado en las doncellas, y como estaba enamorado por igual de las tres, las cortejó a cada una por separado. Desde un comienzo todas ellas, que no tenían la menor sospecha de que el mancebo era hijo del dios de la laguna y que como tal no tenía la moral de los hombres de bien, confiaron en las dulces frases de amor, las cálidas miradas y las veladas referencias a un futuro de felicidad, que el joven de ojos luminosos deslizaba en sus enamorados oídos. Por último, una noche el hijo del dios de la laguna consiguió que una de las tres Pascualas saliese subrepticamente de la pobre rancho donde ellas vivían juntas y fuese hasta el bosque cercano donde él la estaba esperando para consumir su irrefrenable deseo. En las noches siguientes, el mancebo logró que las otras dos muchachas hicieran otro tanto. Las tres Pascualas se ocultaban entre sí el amor que las unía al joven que por la noches las encontraba por separado en el bosque que en aquel entonces había al borde de la laguna. Pero llegó el día en que las jóvenes se dieron cuenta del engaño. Hubo una terrible explosión de celos. De las disputas: “él es mío, yo fui suya, yo también”, pasaron, como suele ocurrir cuando las mujeres engañadas son más de dos, al odio hacia el que ellas consideraban su burlador. Las tres expresaron terribles deseos de venganza y quisieron salir de inmediato en busca del seductor para matarlo. El mancebo parecía que se había marchado, pero en realidad estaba sufriendo los dolores físicos y psíquicos, que le provocaba su irreparable transformación en un simple mortal. Una tarde, las tres Pascualas lo divisaron desfalleciente en la ribera opuesta de la laguna. La menor de las tres, que era la más

impetuosa, se lanzó a las aguas de inmediato, dispuesta a matar al dueño de los ojos color esmeralda. Pero el dios de la laguna, que vigilaba todos los acontecimientos que ocurrían en sus dominios, se percató del peligro que corría su hijo y esperó a que la menor de las Pascualas llegase al centro de la laguna para asirla de las piernas y llevársela hasta el fondo. Al ver desaparecer a su amiga, la mayor de las Pascualas nadó en su auxilio, yendo también a parar al fondo de las aguas, llevada de los cabellos por el dios de la laguna. La tercera Pascuala también intentó ayudar a sus amigas, pero corrió la misma suerte.

Terminada la narración, se produjo un silencio. Iván tuvo la impresión de que a Karin le había conmovido la leyenda por eso, a modo de consuelo, agregó:

—Todavía hay quienes aseguran que las tres Pascualas aún viven en el fondo de las aguas, en el palacio del dios de la laguna. Además, cuando en esta zona nace una criatura con los ojos verdes, la gente sostiene que se trata de un descendiente del hijo del dios de la laguna que, según se comenta, ronda aún enloquecido de amor, preñando durante el sueño a las muchachas que él encuentra parecidas a las tres Pascualas.

Karin miró a Iván y, reparando en el color de sus ojos, se sonrió. A continuación Iván acompañó a sus amigos a la residencial, donde éstos retiraron sus pertenencias, y luego les fue a dejar al terminal de buses Camilo Henríquez, desde donde salían hacia Santiago los buses nocturnos. Bruno había adquirido pasajes para un bus dormitorio, cuyas butacas reclinables se transformaban en cómodas camas.

El viaje duró toda la noche y al amanecer, media hora antes de llegar a Santiago, el bus se detuvo en un solitario paradero a la orilla del camino, donde una suave música despertó a los pasajeros.

Luego de enderezar los asientos, el auxiliar del bus les sirvió café con un emparedado de queso y galletas. Después el bus reinició la marcha, llegando al terminal a la hora exacta. Resumiendo su conformidad, Karin dijo:

—Como en Suecia.

## 12

### DE NUEVO EN LA CAPITAL

Mientras estuvieron viajando por el sur de Chile, Bruno se mantuvo permanentemente informado del estado de salud de su padre, lo que le permitió visitar las ciudades que había pensado dar a conocer a su esposa, sin apresurarse. A su regreso a la capital, su padre se encontraba en su casa de la Avenida Simón Bolívar. El único problema que tenía en aquel momento su familia, era la factura de la clínica. Al momento de ingresar Walter en la unidad de cuidados intensivos, su hermano Herman había tenido que entregar un cheque en blanco como resguardo. Cuando lo dieron de alta, el contador de la clínica le envió a Herman la cuenta por la atención médica que había recibido su hermano. Herman llamó al contador:

—Aquí tengo su factura. Salió una cantidad considerable.

—Es cierto, pero usted la puede cancelar en seis cuotas mensuales, más los intereses, si lo prefiere.

—¿Cuándo tengo que responder?

—El próximo viernes, señor Matthei. Si usted decide pagar en seis cuotas, el viernes tendría que cancelar la primera. Pero también ese día usted podría cancelar el total de la factura.

—¿No hay otra alternativa?

—No la hay, señor Matthei. Lo siento.

Herman no quiso comentar este asunto de inmediato con su hermano, pero le informó a su cuñada.

—Sólo tenemos dos opciones, Marta: vender la parte de mi hermano en la fábrica o vender vuestra casa. A mí no me gustaría dejar entrar capitales extraños a la fábrica.

—Pero vender la casa, Herman. Me cuesta aceptar la idea.

—La fábrica le seguirá pagando el sueldo a mi hermano, como si estuviera trabajando y ustedes podrían vivir en un departamento. Tenemos muy poco tiempo para tomar una decisión.

En tanto Bruno regresó de Concepción, su madre le puso al corriente del problema.

—Tú y tu hermana tienen que participar en la decisión que se tome, ya que ambos son herederos de nosotros.

—Yo apoyo lo que usted decida, mamá. Mientras ustedes estén vivos, pueden disponer de sus bienes como les parezca.

Dado que Sofía fue de la misma opinión que su hermano, Marta quedó de informar a su marido del problema económico que les había creado la cobranza de la clínica, para tomar una decisión juntos. Walter fue partidario de vender la casa, porque compartía el temor de su hermano respecto a la presencia de capitales extraños a la familia dentro de la empresa.

A su regreso del sur, familiares y amigos bombardearon a Bruno con preguntas acerca de cómo había encontrado al país después de tanto tiempo, y si pensaba retornar. Él respondió que no pensaba retornar, agregando algunas críticas a la situación del país. Ante su sorpresa, sus interlocutores saltaron como tigres en defensa de Chile, diciéndole:

—Desprestigias al país al tergiversar la realidad nacional. No puedes negar que la política económica de los militares ha levantado al país.

—Los ingresos del cobre permitieron sufragar gran parte de los gastos del Estado, sin cobrarle impuestos razonables a las empresas privadas y además el Estado canceló las deudas de los bancos privados en los años ochenta. Todo eso fue posible gracias a la nacionalización del cobre que se realizó durante el gobierno de Salvador Allende.

—Chile ha diversificado su economía.

—Mientras no se exporten productos industriales, a mi juicio no hay diversificación de la economía.

—Pero ahora exportamos pulpa de papel, frutas y pescados.

—Las frutas, el papel y los pescados, son materias primas. Y también la infraestructura para hacer posible esas exportaciones se levantó durante los gobiernos de Frei y de Allende.

—Lo que pasa es que tu vives en el pasado.

—No se olviden yo soy economista.

—Tú estás amargado con lo que te sucedió.

Bruno no quiso seguir la discusión, pero aquella experiencia lo dejó desconcertado. Unos días después, cuando otro grupo de personas le hizo las mismas preguntas acerca del país, intentó no responder para no volver a ser estigmatizado. Ante la insistencia de sus amigos y para que lo dejaran tranquilo, les respondió que la situación del país le había parecido maravillosa y que estaba pensando seriamente en regresar.

—Si de mí dependiera, me quedaría aquí ahora mismo y no regresaría a Suecia.

Entonces sus interlocutores le sorprendieron, al decirle:

—El país se ve bien a vuelo de pájaro, pero no es oro todo lo que reluce.

—Claro, hay muchas cosas que no caminan.

—La politiquería.

—La corrupción.

—La burocracia.

—¿Y el smog? Tienes que pensar en tu salud y en la de tu hijo, Bruno.

—Las verduras no se pueden consumir sin riesgo porque están contaminadas con metales pesados.

—Claro, cómo no va ser así si las riegan con aguas servidas que arrastran desechos industriales.

—Además, por culpa de los insecticidas hasta las frutas son un peligro. Las manzanas ya no se pueden comer con cáscara.

—Del agua potable no hay ni qué hablar, no se puede beber directamente de la llave.

—Sobre todo después que la privatizaron.

—¿Y tú qué nos dices de la prostitución infantil en Santiago?

—Y de la delincuencia. Lo peor para mí es la inseguridad que produce la delincuencia. Hoy, en cualquier esquina, a cualquier hora del día, te asaltan y te roban.

—Sin ir más lejos, la semana pasada entraron a robar en todas las casas de mi cuadra.

La ciudad de Santiago linda al este con la primera cadena de cerros de la cordillera de los Andes, cuya cumbre más alta es el cerro

Ramón. Contemplando aquella impresionante mole cordillerana desde la casa de sus padres, Bruno le contó a Karin que a esa montaña él y sus amigos iban con frecuencia de excursión.

—Para llegar hasta la quebrada de Peñalolén, por la que ascendíamos al cerro, tomábamos una micro en la Avenida Fermín Vivaceta la que después de atravesar toda la ciudad de Santiago nos dejaba en la Plaza Egaña. Por el camino de Lo Arrieta íbamos hasta la quebrada de Peñalolén. En aquel tiempo ya existía, al comienzo de aquel camino enripiado, la solariega casona llamada Villa Grimaldi, que durante la dictadura militar pasaría a formar parte de la historia negra del país por haber sido transformada en un tenebroso centro de detención y de tortura, del cual desaparecieron centenares de prisioneros políticos. En la cordillera, hasta los ochocientos metros de altitud, había una vegetación compuesta de arbustos autóctonos, entre los que predominaban litres, espinos y bailahuenes. A mayor altitud sólo sobrevivían a los cambios de temperatura entre el día y la noche y entre el verano y el invierno, los espinosos cactus y las chasconas matas de chaguales, las que culminan su vida y su maduración desarrollando un enorme y espectacular tronco pletórico de flores, que semillaban al morir la planta. Por la quebrada de Peñalolén bajaba, saltando entre las rocas, un riachuelo cordillerano de frías y límpidas aguas, que tenían su origen en las nieves de la cima de la montaña. Los dueños del sector llamado Nido de Águilas habían entubado, en su curso medio, parte de aquel cantarino flujo de agua. Aquel estero era uno de los atractivos que nos ofrecía el cerro Ramón. A mil quinientos metros de altitud había unas grandes rocas, llamadas Casa de Piedra, que presentaban unas cavidades debajo y entre ellas, las que eran utilizadas por los excursionistas de escasos recursos, como nosotros, para pasar la noche y guarecernos del viento y las nevadas, cuando éramos sorprendidos por alguna tormenta. Unos trescientos metros más arriba había otras rocas de menor tamaño llamadas Casa Alemana.

Desde aquellos elevados miradores contemplábamos la puesta del sol, un espectáculo magnífico y extraordinario que al llegar la noche era reemplazado por una espectacular e insuperable vista simultánea de las luces de la ciudad extendidas por el valle y el cielo tachonado de millones de estrellas. Aquel impresionante espectáculo sólo era superado por la indescriptible maravilla de los rayos y truenos de las noches de tormenta, que nosotros mirábamos desde las cuevas entre las piedras. Una vez que se acallaban las tormentas eléctricas, la nieve comenzaba a caer, sin prisa y sin ruido, cubriendo de blanco el pétreo paisaje.

Una día Bruno llevó a Karin a contemplar Santiago desde la cumbre del cerro San Cristóbal, cuya cima se eleva a trescientos metros sobre la Plaza de Armas de la ciudad y a ochocientos cuarenta y siete metros sobre el nivel del mar. En un taxi llegaron al pie del cerro y en una ventanilla compraron los pasajes para el funicular. Durante la ascensión, Bruno le contó a su mujer que en su niñez, él y sus amigos del barrio solían hacer excursiones a ese curioso cerro.

—Para ir a la cumbre subíamos en línea recta, trepando a través de los matorrales, dejando de lado ex profeso el camino para vehículos que asciende, en la mayor parte de su trazado, por la falda occidental del cerro. Casi al pie del mismo, por aquella ladera pasaba un canal de regadío horadado en la roca, siempre lleno hasta los bordes por oscuras y rápidas aguas, que era una auténtica aventura cruzar.

El funicular se detuvo en el primer tercio de la ascensión para que se bajaran los pasajeros que iban a visitar el zoológico municipal. Ellos continuaron hacia la cima, porque a Karin le daba pena ver a las bestias salvajes metidas en jaulas.

—Sólo cuando veníamos con nuestros padres utilizábamos el funicular y visitábamos el Zoológico. Nos divertían los histéricos monos dentro de sus enrejadas jaulas, haciendo sus porquerías delante de la gente. Algunos se daban una vuelta en el aire, de espaldas, para recibir en recompensa algunas vainas de maní. También había un triste león africano, enloquecido de soledad, que consumía las horas del día dando vueltas dentro de su estrechísima jaula de barrotes de acero, sin molestarse siquiera en mirar a los curiosos agolpados contra la varanda de hierro que los mantenía a prudente distancia del rey de la selva. En una ocasión el león había logrado arrancarle un brazo a un visitante con unos tragos de más que tratando de imitar a Tarzán, se quiso pasar de listo. El oso polar nadaba haciendo piruetas en su diminuta piscina, a la espera de que algún niño travieso cayese al agua para comérselo, lo que según se decía había ocurrido un par de veces. Los únicos animales que parecían divertirse en aquel incómodo y antinatural zoológico eran las llamas, los guanacos y las girafas, que escupían a los curiosos que pasaban frente a sus corrales sin obsequiarles alguna golosina.

Desde la terraza donde les dejó el funicular contemplaron la ciudad de Santiago extendida en el valle. Los sectores del centro, así como los barrios de las faldas cordilleranas, se veían cubiertos por una densa neblina de smog.

Con los brazos abiertos, en la cumbre del cerro estaba la Virgen María mirando hacia la ciudad. Un santuario erigido en su pedestal tenía las paredes llenas de placas, ahumadas por el humo de las velas, en las cuales se podían leer los agradecimientos de los creyentes favorecidos con algún milagro.

—Hasta aquí llegan, los días ocho de diciembre, centenares de fieles que vienen a pagar sus mandas. Es un espectáculo muy

impresionante. Algunos suben arrastrándose con sus muletas, otros llegan caminando de rodillas. Los familiares traen a los enfermos en sillas de ruedas o en camillas tomadas en préstamo de los hospitales.

Para bajar del cerro, abordaron el telesférico. La línea tenía alrededor de dos kilómetros de largo y de ella colgaban más de cuarenta pequeñas y relucientes cabinas de metal y plástico de diversos colores. El recorrido desde la cumbre hasta la estación Tupahue, donde estaban la casa de la cultura Anahuac, el museo de vinos y las piscinas Tupahue y Antilén, tuvo una duración de 20 minutos. Hasta la estación Oasis, el final del viaje, se demoraron otros cinco minutos.

Cierta mañana en que Bruno se encontraba regando las plantas del jardín de la casa de sus padres, su hermana Sofía le dijo:

—Ayer me encontré con María Cristina, tu ex novia.

—¿Cómo está?

—Está estupenda. María Cristina se casó con un Oficial del Ejército que ahora está retirado. Le llaman el «Rey Midas», porque saca oro de todas partes. Y no creas que sólo unas pepitas, sino oro a montones.

—No me digas que está metido en el tráfico de drogas.

—Eso no lo sé. Comenzó vendiendo armas y ahora María Cristina es dueña de varias empresas. Su marido las administra, pero la dueña es ella. Nadie se explica por qué el «Rey Midas» ha puesto todas sus propiedades a nombre de su esposa.

—¿Y si se divorcian?

—Una vez, bromeando le dije eso mismo a María Cristina y ella palideció. “¡No me serviría de nada!”, me dijo. “Pero, ¿por qué?”

le pregunté. “¿Para qué le serviría todo el oro del mundo a un muerto?”, me respondió.

—¿Tienen hijos?

—Cinco.

Bruno llamó por teléfono a don Eduardo, su ex profesor, y tuvo la agradable sorpresa de que el anciano se acordaba de él y que de inmediato lo invitara a visitarle en su domicilio. Bruno aceptó encantado y a la hora convenida llegó a la portería del edificio de departamentos donde vivía el abogado. Al parecer el portero se encontraba avisado, porque en tanto Bruno le dio su nombre le indicó el ascensor, diciéndole:

—Sexto piso, señor.

La esposa del profesor le abrió la puerta del departamento y lo hizo pasar. Don Eduardo lo estaba esperando en su escritorio.

—¡Qué alegría volver a verte, Bruno! ¿Así que estás viviendo en Suiza?

—Sinceramente, profesor, el gusto es mío. Pero no estoy en Suiza, sino en Suecia.

—Perdóname, no te había oído bien. ¿Cómo estás? ¿Has retornado?

—Estoy muy bien, profesor. En Suecia cambié de profesión: estudié economía. Además me casé con una sueca y tenemos un hijo. Por ahora no voy a retornar. Tampoco creo que lo haga en el futuro.

—Es una desgracia para este país, que no puedan regresar todos sus valores. ¿Cuáles son tus razones, Bruno?

—Hay problemas familiares y profesionales, pero también porque he notado tensión en la gente, una cierta agresividad, algo que a mí no me gusta. Incluso tengo parientes que no quieren verme.

—No hay una verdadera reconciliación, porque no ha habido justicia, ni arrepentimiento ni tampoco, como es lógico, perdón. La gente esconde sus sentimientos en relación al pasado. De un lado están los que quieren imponer el olvido a la fuerza y del otro las víctimas y sus familiares a las que no se les ha hecho justicia. Entre ellos están los que se han acomodado y no desean recordar.

—Y usted, profesor, ¿cómo se encuentra?

—Yo, a mi edad, estoy pensando dejar de luchar. Mis libros están proscritos en la Universidad, las editoriales chilenas no los publican y los que me han publicado en México, la Biblioteca Nacional no los quiere recibir ni regalados.

—Sin embargo, un abogado de Osorno me informó que los alumnos de derecho los fotocopiaban por su cuenta y los seguían estudiando.

—Sí, eso es verdad.

—Además, su participación en la nacionalización del cobre, sigue siendo reconocida por todos.

—Cierto, hay cosas que me llenan de satisfacción,

—A veces me asalta la duda moral de permanecer en el exilio, siento como que estoy abusando de la hospitalidad del país que me ha brindado acogida.

—No estás abusando de nada, Bruno, porque en el fondo tu exilio se debió a los intereses internacionales que provocaron el golpe militar en Chile. Tu decisión de continuar tu vida en un país de Europa, en mínima medida ha sido responsabilidad tuya. Creo que te están devolviendo sólo una parte de lo que te han quitado.

Después de recordar a varias personas conocidas de ambos, el profesor dijo:

—El comportamiento de algunos compañeros que fueron mis colaboradores, me ha sorprendido. No me explico por qué ahora no están defendiendo los intereses de Chile.

—Yo creo que son oportunistas. Ellos no están a su altura, profesor. Usted es una persona honesta.

Antes de despedirse, el profesor le regaló a Bruno algunos de sus libros publicados en el extranjero.

—Te los voy a dedicar —le dijo—. ¿Los leerás?

—De eso tenga la plena seguridad, profesor. Le haré llegar mis comentarios.

En los últimos meses habían aumentado los delitos, especialmente los robos en las casas y los asaltos a las personas. Mucha gente vivía en la inseguridad más absoluta. Los vecinos se quejaban de que la mayoría de los antisociales autores de robos o venta de droga, que habían sido sorprendidos «in fraganti», volvían a estar demasiado pronto de vuelta en la calle. Aunque la sensación de desamparo era mayor entre la gente de escasos ingresos que vivía en las poblaciones, el temor también se estaba extendiendo a aquellos barrios donde los vecinos sufragaban guardias privados y las municipalidades mantenían servicios especiales de vigilancia. Los cuerpos policiales estaban demostrando que sólo eran capaces de actuar con éxito en la represión ciudadana, siempre que en aquellas tareas estuvieran autorizados a utilizar con total impunidad todos los medios a su alcance, como lo habían hecho durante la dictadura.

El ostensible fracaso de los organismos públicos encargados de la seguridad ciudadana proyectó el problema a las más altas esferas del Gobierno, obligándolo a concebir planes, leyes y hasta

reformas constitucionales para enfrentar el incremento de la delincuencia. Aunque un ministro afirmó: "Esto no puede seguir. No podemos convertir al país en un bunker". El Gobierno anunció su total apoyo a los «Comités de Protección Ciudadana», que ya se habían constituido por cientos en la Región Metropolitana, ligados a las juntas de vecinos, municipalidades, escuelas, universidades, industrias, comercios y empresas. La mayoría de los alcaldes de las comunas afectadas por el aumento de la delincuencia concordó en que la falta de medios de la policía uniformada, era la causa principal de este crecimiento. La única excepción fue el alcalde de La Cisterna para quien, en cambio, el problema de la delincuencia en su comuna se debía a la pobreza, al hacinamiento, a la falta de capacitación de la gente y a la carencia de oportunidades de trabajo.

Walter Matthei convalecía en su casa, sintiéndose débil y cansado, por lo que Bruno conversaba con él sólo cortos momentos. Se acercaba el día de su regreso a Suecia y aún no se había vendido la casa de sus padres, la única forma de cancelar la factura de la clínica. Este asunto tenía muy preocupada a toda la familia.

—Lo que son las cosas, hijo. Yo que trabajé toda mi vida pensando dejarle algo a mis hijos cuando me muriera, ahora me tendré que llevar todos mis ahorros a la tumba.

—No es culpa suya, papá. Así funciona la salud cuando se ha privatizado el sistema.

—¿Es igual allá en Suecia?

—Allá la gente aún se puede morir sin tener que gastar en sus últimos días los ahorros de toda la vida.

Una tarde, al regresar del centro comercial, Bruno encontró la casa revuelta. Karin le informó que su padre se encontraba nuevamente

en la unidad de cuidados intensivos de la clínica, donde los médicos luchaban por prolongarle la vida.

—¿Qué le pasó?

—Le dio otro ataque. Los médicos temen lo peor.

—Mientras hay vida, hay esperanza —dijo Bruno, pero la frase le sonó manida y hueca.

Fueron a la clínica en un taxi, pero una vez allí se dieron cuenta de que nada podían hacer. No obstante permanecieron sentados en un saloncito donde podían estar los parientes de los enfermos. Cerca de la medianoche regresaron a la casa. Al día siguiente, la situación del padre continuaba siendo grave, pero estacionaria. Aquel día llegó el tío Herman con la noticia de que la casa estaba a punto de ser vendida. El interesado en adquirirla era un conocido político de gran influencia. Gracias a sus importantes contactos internacionales el hombre seguía en primera fila, no obstante sus fracasos como candidato.

—Ofrece comprarla al contado, pero exige una rebaja en el precio.

—¿Es muy grande la rebaja que pide?

—Un treinta por ciento.

—¡El muy buitre!

—Yo le ofrecí un veinte por ciento de descuento. Creo que aceptará, porque esta casa vale mucho más y el hombre no tiene problemas de plata.

—¿Tiene algún negocio, fuera de la política?

—Su negocio es la política. Se comenta que perdió la primera elección porque no gastó en ella todo el dinero que le dieron los italianos.

El tío Herman tuvo razón: la casa se vendió al contado.

Un caluroso día en que los termómetros marcaban treinta y cinco grados a la sombra, falleció el padre de Bruno. Aquella misma tarde llevaron el féretro con su cuerpo a la capilla de una iglesia luterana. Al día siguiente, por la mañana se efectuaron las honras fúnebres. La capilla se había llenado de coronas de flores, enviadas por todos los parientes y amigos del difunto. Con el calor reinante y la combinación de todos aquellos perfumes, el aire dentro del recinto estaba irrespirable. Bruno se sentía sofocado y su madre sufrió un desmayo. La inhumación tuvo lugar a continuación. El padre de Bruno no había querido ser cremado, porque el horno del crematorio lo hacían funcionar con diez cuerpos a la vez y las cenizas que les entregaban a los parientes eran una mezcla de todos los difuntos.

—El papá nunca aceptó la promiscuidad —dijo Sofía.

El cortejo de automóviles precedido por los restos mortales de Walter Matthei, avanzó a regular velocidad hasta la Avenida La Paz, por donde se llegaba al Cementerio General. En casi toda su extensión, aquella arteria no había experimentado ningún cambio en los últimos años. Incluso las viejas palmeras daban la impresión de haber detenido su crecimiento. A la entrada del cementerio, el féretro fue colocado en un destartalado carrito de cuatro ruedas. Luego cubrieron el ataúd con coronas de flores y las restantes las acomodaron en dos carritos adicionales. Bruno y los varones de la familia encabezaron el cortejo fúnebre, ya que todas las mujeres, después de la ceremonia en la iglesia, habían sido llevadas a la casa. El recorrido hasta la tumba se hizo largo porque el implacable calor, a pesar de la sombra de los árboles, agobiaba a los concurrentes. Cuando los enterradores terminaron de colocar las coronas y ramos de flores sobre la sepultura, Bruno y su tío Herman recibieron las condolencias y después abandonaron el camposanto.

Antes de regresar a Europa, Bruno quiso visitar el lugar donde lo trataron de matar los Carabineros. Para ese propósito le pidió a su primo Matías que lo llevara en su automóvil. Atravesaron Santiago por la Alameda Bernardo O'Higgins, hacia el poniente hasta salir al camino a Valparaíso.

—Aquí está el río Mapocho.

A Bruno le pareció que el recorrido había sido mucho más corto que veinticinco años atrás. Antes de cruzar el puente, Matías detuvo el vehículo en la berma.

—Aquí no me puedo estacionar, pero me detendré durante unos momentos. Baja tú solo.

Al descender del vehículo, Bruno sintió el intenso hedor que emanaba de las estancadas aguas del río. “Si hubiese caído en estas aguas podridas, habría muerto por efecto de las infecciones”, fue lo primero que pensó. Sin poder evitar las náuseas que le provocaban los fétidos olores, hizo un corto recorrido por la orilla del camino tratando de reconocer el lugar, pero le fue imposible. En aquel instante, de la nada surgió un grupo de quiltros vagabundos entre los cuales destacaba uno con un horrible corte diagonal en el hocico, aún sin cicatrizar, que le dejaba los dientes a la vista. El perro herido miró a Bruno y asustado, retrocedió. Mudo de asombro, Bruno subió al automóvil y rápidamente cerró la puerta, pero la pestilencia del lugar entró impregnada en sus ropas.

—Gracias, Matías. Por favor vámonos de aquí.

Avanzaron hasta la estación del peaje y allí dieron media vuelta. Al cruzar de regreso sobre el río Mapocho, Bruno ya había perdido todo el interés por mirar el paisaje.

Bruno permaneció en Santiago una semana haciéndole compañía a su madre. El tío Herman le había arrendado un departamento en un moderno edificio y, mientras Marta se hacía cargo de su nueva situación y se procedía a la venta de los muebles que no le iban a ser necesarios, la llevó a vivir a su casa.

Después de despedirse de su hermana y de sus familiares, Bruno abrazó a su madre y le dijo:

—Espero que pronto nos vaya a visitar.

—Veremos, hijo, veremos.

—Su nieto se alegrará cuando la vea y nosotros, también.

En el aeropuerto de Pudahuel, Karin y Bruno abordaron directamente el avión a través de una pasarela extensible. Tras despegar y describir un amplio arco tomando altura, la aeronave se internó en la cordillera de los Andes. Era pleno verano y los cerros se veían desprovistos de nieve. Bruno sintió que regresaba a casa.

—Caramba, Karin —exclamó de pronto—, me olvidé de llamar por teléfono a mis amigos del barrio.

#### **EL AUTOR Y SUS OBRAS:**

**CARLOS BONGCAM WYSS**, Pitrufoquén, Chile, 1934.

- “CONSEJO DE GUERRA”, edición en sueco, Suecia, Rabén & Sjögren, 1978. Edición en español, Suecia, 1985.
- “LA EJECUCIÓN”, radioteatro en sueco, Radio Suecia, Estocolmo, 1979.
- “LATINOAMÉRICA AL ALCANCE DE TODOS”, primera edición, Suecia, 1980. Segunda edición, Suecia, 1983.
- “LATINOAMÉRICA PARA NIÑOS”, primera edición, Suecia, 1981. Segunda edición, Suecia, 1985.
- “APRENDIENDO A LEER LATINOAMÉRICA”, Suecia, 1982.
- “SINDICALISMO CHILENO: HECHOS Y DOCUMENTOS, 1973-1983”, Suecia, 1984.
- “LOS NIÑOS Y LAS DROGAS”, Suecia, 1985.
- “LATINOAMÉRICA, 500 AÑOS”, Tomo I, HISTORIA, Suecia, 1988.
- “LATINOAMÉRICA, 500 AÑOS”, Tomo II, ECONOMÍA, Suecia, 1990.
- “CONDENADO A MUERTE”, 1998.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2003 -2006